



Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Universidad del Perú. Decana de América

Dirección General de Estudios de Posgrado
Facultad de Letras y Ciencias Humanas
Unidad de Posgrado

**Las posibilidades de la autoficción: el caso de la novela
Esta casa vacía**

TESIS

Para optar el Grado Académico de Magíster en Escritura Creativa

AUTOR

Marco Antonio GARCÍA FALCÓN

ASESOR

Dr. Jorge Antonio VALENZUELA GARCÉS

Lima, Perú

2021



Reconocimiento - No Comercial - Compartir Igual - Sin restricciones adicionales

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Usted puede distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir del documento original de modo no comercial, siempre y cuando se dé crédito al autor del documento y se licencien las nuevas creaciones bajo las mismas condiciones. No se permite aplicar términos legales o medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier cosa que permita esta licencia.

Referencia bibliográfica

García, M. (2021). *Las posibilidades de la autoficción: el caso de la novela Esta casa vacía*. [Tesis de maestría, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Unidad de Posgrado]. Repositorio institucional Cybertesis UNMSM.

Metadatos complementarios

Datos de autor	
Nombres y apellidos	Marco Antonio García Falcón
Tipo de documento de identidad	DNI
Número de documento de identidad	07473584
URL de ORCID	0000-0001-7159-7316
Datos de asesor	
Nombres y apellidos	Jorge Antonio Valenzuela Garcés
Tipo de documento de identidad	DNI
Número de documento de identidad	08233474
URL de ORCID	0000-0001-8886-699X
Datos del jurado	
Presidente del jurado	
Nombres y apellidos	Marco Gerardo Martos Carrera
Tipo de documento	DNI
Número de documento de identidad	08783569
Miembro del jurado 1	
Nombres y apellidos	Juan Paolo Gómez Fernández
Tipo de documento	DNI
Número de documento de identidad	09649427
Miembro del jurado 2	
Nombres y apellidos	Jorge Adrián Terán Morveli
Tipo de documento	DNI
Número de documento de identidad	10103795
Datos de investigación	

Línea de investigación	E.2.8.1. Hermenéutica y retórica del discurso
Grupo de investigación	No aplica
Agencia de financiamiento	Sin financiamiento
Ubicación geográfica de la investigación	Universidad Nacional Mayor de San Marcos Latitud: -12.057108 Longitud: -77.081659
Año o rango de años en que se realizó la investigación	Octubre 2019 - octubre 2020
URL de disciplinas OCDE	Literaturas específicas https://purl.org/pe-repo/ocde/ford#6.02.05 Estudios de literatura general https://purl.org/pe-repo/ocde/ford#6.02.03

**UNIDAD DE POSGRADO
ACTA DE SUSTENTACIÓN DE TESIS DE
GRADO ACADÉMICO DE MAGISTER**

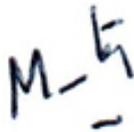
A los diecinueve días del mes de noviembre de dos mil veintiuno, siendo las 11.00 horas, vía virtual se reunió el Jurado de Grado integrado por los profesores Dr. Marco Martos Carrera (Presidente), Dr. Jorge Valenzuela Garcés (Asesor), Mg. Jorge Terán Morveli (Informante) y Dr. Juan Paolo Gómez Fernández (Informante) para calificar la sustentación de la tesis titulada *Las posibilidades de la autoficción: el caso de la novela Esta casa vacía*, presentada por el señor **Marco Antonio García Falcón** Bachiller en Humanidades con mención en Lingüística y Literatura, para optar el Grado de Magister en Escritura Creativa.

Hecha la exposición y absueltas las preguntas formuladas por el Jurado, éste acordó la siguiente calificación de acuerdo a lo establecido por el Reglamento General de Estudios de Posgrado.

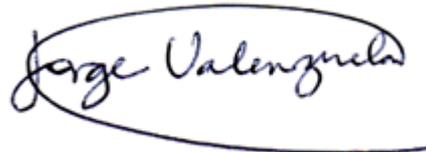
Excelente (19)

Habiendo sido aprobada la sustentación de la tesis, el Jurado recomendó que la Facultad proponga que se le otorgue el grado académico de Magister en Escritura Creativa al bachiller **Marco Antonio García Falcón**.

El acto académico de sustentación concluyó a las 12.30 horas.



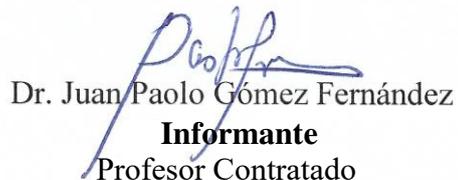
Dr. Marco Martos Carrera
Presidente
Profesor Principal T. C.



Dr. Jorge Valenzuela Garcés
Asesor
Profesor Principal T.C.



Mg. Jorge Terán Morveli
Informante
Profesor Asociado T. C.



Dr. Juan Paolo Gómez Fernández
Informante
Profesor Contratado

Para Nicolás

Resumen

Partiendo del *boom* de la autoficción registrado en la narrativa de los últimos cuarenta años, el presente trabajo expone las principales características de este tipo de discurso, así como los modelos teóricos más importantes que se han formulado para conceptualizarlo. Revisa su proceso de recepción, recogiendo las lecturas críticas que subrayan sus aspectos positivos y negativos. Desarrolla un análisis de la novela *Esta casa vacía* a partir del modelo narratológico sobre la autoficción propuesto por la investigadora Vera Toro. Presenta los elementos y recursos que, junto con las estrategias autoficcionales, participaron en la construcción de la novela.

Índice

Introducción.....	XI
CAPÍTULO I.....	15
El discurso autoficcional	15
1.1. La autoficción: su marbete y sus principales características.....	15
1.2. Doubrovsky y Lejeune.....	18
1.3. Colonna y la autofabulación	20
1.4. Alberca y el pacto ambiguo.....	21
1.5. Vera Toro y el “soy simultáneo”	25
CAPÍTULO II	33
Desarrollo y recepción de la autoficción.....	33
2.1. El protagonismo de lo autorreferencial y biográfico	33
2.2. El tránsito de lo autobiográfico a lo autoficcional	34
2.3. La autoficción como búsqueda de lo auténtico	36
2.4. La autoficción como espacio de diálogo y crítica.....	39
2.5. La autoficción como expresión de la vida	42
2.6. El solecismo exitista, la intimidad inofensiva y otros cuestionamientos	44
CAPÍTULO III.....	49
<i>Esta casa vacía</i> , una propuesta a partir de las posibilidades del discurso autoficcional	49
3.1. El gatillador	49
3.2. La historia.....	50
3.3. El relato	52
3.3.1. El narrador	52
3.3.2. El tiempo y la estructura	53
3.3.3. Estrategias narrativas.....	55
3.3.4. Estrategias autoficcionales.....	58
3.3.5. Los personajes.....	65
3.4. La dimensión simbólica.....	69
3.5. La dimensión social	70
3.6. El sentido de lo autoficcional	72
Conclusiones	75
Bibliografía.....	77
ANEXO.....	80
<i>Esta casa vacía</i>	81

PRIMERA PARTE.....	85
SEGUNDA PARTE.....	131

Introducción

Hace más de una década me encontré con la novela *Intimidad* del escritor inglés -de origen paquistaní- Hanif Kureishi. Fue una de las experiencias lectoras más decisivas que he tenido. Allí el narrador-protagonista, Jay, un escritor y guionista cinematográfico, cuarentón, talentoso y celebrado, escribe una especie de carta de despedida, pues ya no soporta su vida familiar. Quiere a Susan, la mujer con la que ha estado casado durante seis años, pero sus caracteres y proyectos de vida son incompatibles. Ama a sus dos pequeños hijos, pero siente que no es del todo un buen padre y que, de quedarse él con los niños, los llevaría al desastre. Tiene una joven novia, una pareja extramatrimonial, pero no sabe si lo que siente por ella va más allá del placer sexual. Es un hombre inmaduro, insatisfecho, dominado por su individualismo y su sensualidad, pero también por la culpa. Y todo eso, mezclado con reflexiones inteligentes y cargadas de una suerte de sabiduría, se va contando con una desencantada desinhibición, que por momentos provoca empatía y por otros, rechazo. El formato de la carta y el tono confesional me produjeron la sensación de que no solo el narrador-personaje se estaba desnudando en su intimidad, sino también el propio autor. Y bastaba con cotejar las edades de ambos y algunos datos biográficos del segundo para darse cuenta de que, por encima de los elementos ficcionales incorporados, por encima de la misma factualidad del autor, había quedado atrapada entre las palabras una verdad profunda.

Esa verdad, en apariencia individual, nos hablaba en el fondo de lo que ocurría generacionalmente con los hombres y mujeres de nuestra época. El matrimonio y la vida familiar eran una manifestación y a la vez una metáfora de los grandes problemas por los que atravesaba y atraviesa la sociedad contemporánea en materia de relaciones humanas. La incomunicación, las máscaras sociales, el lado oscuro de la pasión y la sexualidad, el tedio de la convivencia, las pulsiones individuales enfrentadas a los viejos mandatos colectivos eran temas que se mostraban desde adentro, con dolor e impudicia, pero sin perder valor literario, ganándolo más bien a través de ellos.

Con el tiempo fui encontrándome con otras novelas o textos de este tipo. Esa misma descarnada intimidad estaba en *El año del pensamiento mágico* y *Las noches azules* de Joan Didion, *El desierto y su semilla* de Jorge Barón Biza, *Patrimonio* de Phillip Roth, *Tiempo de vida* de Marcos Giralt Torrente, *Lo que no tiene nombre* de Piedad Bonnett, *Canción de cuna* de Julián Helbert o *La hora violeta* de Sergio del Molino, por citar algunos títulos. Eran libros

que habían nacido de la experiencia de sus autores -como la mayoría de los textos literarios, en verdad-, pero que estaban movidos por un principio de urgencia, no solo por el vértigo o el nervio que muchos de ellos tenían, sino por la necesidad expresiva que los había originado. Eran libros que sus autores *habían tenido que escribir*, que se habían sacado de encima como quien se despoja de un cuerpo que ya ha crecido demasiado y reclama un espacio propio para existir y cuyo distanciamiento les permitiría, a sus creadores, seguir llevando una vida propia. Los lugares geográficos de los que aquellos textos provenían eran los más diversos, lo cual señalaba que no se trataban de manifestaciones aisladas, sino que respondían a un espíritu de época, que eran un síntoma de algo que estaba ocurriendo entre los escritores de las últimas décadas y que, sin duda, debía tener alguna relación con los problemas y los modos de vida de la sociedad actual. Y un rasgo más en común: todos esos libros habían implicado un punto de quiebre en la trayectoria de sus autores, no solo en el plano estético, sino en términos editoriales: su impacto había sido mayor, habían alcanzado a un número más amplio de lectores y, sobre todo, lo habían hecho de una manera más íntima, pues esos lectores no solo se sentían identificados con las historias que allí se contaban, sino también interpelados en su propia experiencia.

En el verano del 2017, luego de terminar la Maestría de Escritura Creativa en San Marcos, una serie de hechos trastocaron mi vida. Y de un tirón, en menos de dos meses, escribí la novela *Esta casa vacía* que, al poco tiempo, sería publicada. En ella sin duda estaban aquilatadas un cúmulo de experiencias, sensaciones y recuerdos personales que pugnaban por salir, pero se hallaban procesadas también las técnicas y las estrategias que aprendí casi inconscientemente de los libros mencionados, a los cuales la crítica ha agrupado bajo el rótulo de autoficción. Por ello, al haber abordado este tipo de discurso, el objetivo que me propongo en este trabajo es esclarecer los mecanismos autoficcionales que subyacen a la escritura de mi novela. Y más concretamente, responder a la pregunta de si, con esos recursos, es posible escribir un texto narrativo con valor literario.

En las últimas décadas, como ya se ha dicho, los textos autoficcionales han proliferado aquí y allá, lo cual ha llevado a algunos críticos a manifestar que estamos frente a uno de los fenómenos más importantes de la literatura contemporánea. Así, José María Pozuelos (2005) afirma, en su ensayo “Autobiografía(s)”, que la autoficción es “el asunto quizá de mayor relieve que le ha ocurrido a la novela actual” (p. 24), mientras que Manuel Alberca (2018b) sostiene, en su artículo “La autoficción, cuarenta años después”, que este tipo de discurso ha significado una bocanada de aire fresco para la autobiografía, que “en muchos casos destilaba un lenguaje

estereotipado, grandilocuente o adocenado, y enfoques gastados en temas demasiado previsibles” (p. 4). Nuestro país no ha sido ajeno a este fenómeno. Textos que sin duda han sido representativos de la producción literaria de los últimos años como *La distancia que nos separa* de Renato Cisneros, *Nuevos juguetes de la guerra fría* de Juan Manuel Robles y *Contarlo todo* de Jeremías Gamboa tienen, más allá de su discutible valoración estética, una clara impronta autoficcional. Se habla de una moda, pero cabe preguntarse si ello es realmente así; si, por encima de una mirada prejuiciosa o superficial, no estamos ante una expresión y a la vez una respuesta literaria a problemas propios de nuestro tiempo. Se señala también que este tipo de discurso es de por sí problemático e incluso deleznable por prestarse al exhibicionismo, al juego mediático o a la movilización de sentimientos menores (como la venganza, la ridiculización o la infidencia), pero es innegable que él ha dado obras de calidad que, vistas a la distancia o bajo el cedazo del tiempo, han superado las suspicacias iniciales.

Sin ir muy lejos, uno de los textos precursores de la autoficción entre nosotros y que a la vez marcó un punto de inflexión en su narrativa -hasta antes de ella predominantemente orientada a la creación de frescos “totales” de la realidad- es *La tía Julia y el escribidor* de Vargas Llosa. Esta obra puede considerarse autoficcional porque, a pesar de ser etiquetada como novela a secas, plantea una relación indesligable entre autor y narrador-personaje y porque, curiosamente, recupera una experiencia de vida oscilante entre lo real y lo ficticio, al igual que en *Filt*, la novela que publicó el mismo año el francés Serge Doubrovsky (1977) y con la cual se dio origen a la denominación *autoficción*.

En este contexto nos parece pertinente emprender un trabajo de investigación como el que ahora presentamos. Primero, porque hace posible afirmar el necesario diálogo que debe existir entre el autor y la crítica, entre las elecciones más o menos intuitivas del primero y las observaciones razonadas y fundamentadas de la segunda. Segundo, porque permite que otros creadores se acerquen a la reflexión teórica sobre la autoficción desde la perspectiva de un autor y tengan, a su vez, un testimonio de parte a partir de sus búsquedas y descubrimientos.

La pregunta central que motiva nuestro trabajo es si es posible escribir una novela con valor literario empleando los recursos autofccionales. Nuestra hipótesis es que sí, siempre y cuando se aprovechen sus mejores posibilidades. De manera más específica, esto implica que el autor sea consciente de las dimensiones estéticas, críticas y de autoexploración de este tipo de discurso y las explote dentro de un marco general de profundo trabajo del texto, tanto en las cuestiones formales como de contenido. En el caso de la novela *Esta casa vacía*, al incorporar estrategias autofccionales como la ilusión referencial, la ilusión narrativa y la

metaficcionalidad, creemos que sus alcances y resonancias como obra literaria se han visto potenciados.

La metodología que emplearemos será de tipo crítico-textual. Así, realizaremos una revisión de la bibliografía dedicada a la autoficción y a la construcción narrativa con el fin de hallar categorías poetológicas que permitan entender la novela *Esta casa vacía* en tanto discurso autoficcional. Esto se complementará con mi reflexión como autor sobre el proceso creativo seguido.

Hay que decir que, en la bibliografía consultada, hemos encontrado análisis de textos narrativos de autoficción en artículos, libros y tesis. Sin embargo, estos análisis no son realizados por el propio autor de la obra, sino por terceros. Lo más cercano que hemos hallado a una reflexión teórica por parte de un autor sobre su propio proceso creativo con recursos autoficcionales aparece en entrevistas, prólogos y ensayos, no en una investigación académica.

En el primer capítulo, “El discurso autoficcional”, examinaremos los principales acercamientos realizados para caracterizar este tipo de discurso. En esa línea, daremos cuenta de las ideas de Serge Doubrovsky y Phillipe Lejeune, así como de las posteriores teorizaciones de Vincet Colonna, Manuel Alberca y, de manera especial, de Vera Toro, quien, a nuestro criterio, ha presentado a la fecha la modelización más completa y sistematizada, con “reglas” o procedimientos narrativos útiles no solo para analizar textos autoficcionales, sino para crearlos.

En el segundo capítulo, “Desarrollo y recepción de la autoficción”, analizaremos los factores que hicieron posible el surgimiento y la consolidación del discurso autoficcional en el contexto contemporáneo, especialmente en el ámbito hispánico, y revisaremos las principales líneas de lectura que se han construido en torno a él.

En el tercer capítulo, titulado “*Esta casa vacía*, una propuesta a partir de las posibilidades del discurso autoficcional”, reflexionaremos sobre la motivación y los aspectos técnicos considerados en la construcción de nuestra novela, poniendo énfasis en la presencia de estrategias autoficcionales y en el sentido que esta presencia tiene dentro de nuestra búsqueda creativa.

Finalmente, presentaremos las conclusiones de este trabajo.

CAPÍTULO I

El discurso autoficcional

En este primer capítulo revisaremos diversas aproximaciones a la conceptualización de la autoficción como forma discursiva. En un nivel descriptivo, nos centraremos en los rasgos estructurales de este tipo de textos y repasaremos los modelos más importantes que se han postulado sobre este tema.

1.1. La autoficción: su marbete y sus principales características

Tal como sostiene Alberca (2006), la autoficción como práctica discursiva dentro de las llamadas “escrituras del yo” se puede rastrear desde el siglo II, en la obra del griego Luciano de Samosata, quien solía emplear la primera persona con constantes referencias a su propia biografía, para componer sus escritos satíricos y críticos. En el ámbito hispánico, un punto de referencia similar sería *El lazarillo de Tormes*, donde un tal Lázaro, en una carta en clave aparentemente autobiográfica dirigida a un destinatario anónimo, cuenta a manera de confesión sus venturas y desventuras. A esta obra seminal de la autoficción en nuestras letras, Alberca (2016) suma muchas otras como *El libro del Buen Amor* de Juan Ruiz, *Niebla y Cómo se hace una novela* de Unamuno, *Trilogía de Antonio Azorín* de Azorín, *Oro de Mallorca* de Rubén Darío, *De sobremesa* de José Asunción Silva, *El hacedor*, “El otro” y “El aleph” de Borges, *Paradiso* de Lezama Lima o la ya citada *La tía Julia y el escribidor* de Vargas Llosa. En todos estos textos, el autor real aparece de algún modo en un texto donde hay claramente elementos ficcionales, lo que hace que su lectura fluctúe entre la interpretación autobiográfica y la ficcional.

Es posible afirmar entonces que la autoficción es un modo de escritura que ha sido sostenido a lo largo del tiempo en la literatura universal, pero que, en los últimos cuarenta años, un tiempo de exacerbado individualismo y mayor protagonismo de lo autorreferencial, se ha extendido entre autores y lectores al punto de ser considerado un *boom*. Su nacimiento “oficial” se remite al año 1977 cuando Doubrovsky acuñó el neologismo en su novela *Filts*. Hay quienes han querido proponer otras denominaciones para esta forma de escritura como *autobioficción*, *autonarración*, *autofabulación*, *heterobiografía ficcionalización del yo*, *escritura autorepresentativa*, etc. Sin embargo, el término creado por Doubrovsky ha terminado por imponerse, tanto en el ámbito editorial como en el de la academia.

Uno de los elementos centrales de la autoficción es su carácter híbrido o ambiguo: no entra plenamente dentro del terreno de los textos autobiográficos ni tampoco en el de los puramente ficcionales. Como veremos más adelante, hay quienes lo ubican en un punto intermedio, indeterminado, con inclinaciones variables hacia un extremo o el otro y hay quienes, en contraparte, lo ponen del lado de la ficción de manera irrenunciable; más aún, le atribuyen una clara consciencia de su ficcionalidad y de los recursos que utiliza para marcarla. En todo caso, este carácter ambiguo de la autoficción le viene dado por la ruptura o suspensión de la ficcionalidad a través de la presencia destacada del nombre del autor real o de caracteres que permitan identificarlo como el narrador o uno de los personajes. El lector, al saber este vínculo por la información proporcionada por el paratexto (título de la obra o de los capítulos, epígrafe, dedicatorias, notas, etc., así como gráficos como retratos, dibujos, croquis, ilustraciones, etc.), se enfrenta a una realidad compleja: el autor real aparece como un ente ficcional pero no puede serlo del todo porque hay un sujeto empírico más allá del texto, con el cual provoca cotejar la veracidad o fiabilidad de lo narrado.

Otro de los aspectos fundamentales de la autoficción es su cercanía con la autobiografía. La autoficción sería una prolongación de la escritura autobiográfica. Así, el escritor español Vila Matas (2005), en su ensayo “Autoficción”, la considera como una autobiografía alternativa: “Puede servir para construirnos nuestra propia personalidad y biografía. Podemos ...intentar autocrearnos, modelar nuestra propia biografía para el uso del lector” (p. 25). En consonancia, la investigadora española Ana Casas (2016) sostiene que, mediante esta forma narrativa, el autor establece una nueva forma de relación con la verdad, pues allí se expresa “una subjetividad que, a través de la ficción, accede a una verdad íntima, hecha de equívocos y contradicciones, como equívoca y contradictoria es la identidad del individuo” (p.17). Ahora bien, esta relación debe ser matizada: si bien toda construcción narrativa tiene un punto de artificialidad, en el texto autobiográfico la referencialidad y la veracidad general de los hechos narrados son independientes de las estrategias ficcionales, por lo que no se los pone en tela de juicio. Es decir, en el texto autobiográfico, hay una intención de sentido que es la pretensión de verdad. En cambio, en la autoficción, lo que se propone es un juego con la relación entre el narrador o los personajes y el autor.

Conjuntamente con lo anterior, es importante señalar que el discurso autoficcional se halla próximo también a la novela. Por un lado, el primero utiliza mucho de los procedimientos de la segunda, la que, como es sabido, se distingue por su carácter abierto, aglutinante y

proteico. Por otro lado, y justamente por lo último mencionado, la novela, en términos de comercialización editorial, pareciera incluir o subsumir al discurso autoficcional, por lo cual no es infrecuente oír la expresión *novela autoficcional*. Sin embargo, como veremos en este trabajo, la autoficción, a pesar de no contar aún con una modelización teórica definitiva, ostenta características propias que, sobre todo, son reconocidas por autores y críticos quienes, al momento de enfrentarse a un texto de semejante naturaleza, prefieren emplear la denominación *autoficción*.

En relación con esto, existe un debate sobre si la autoficción constituye un subgénero o un género nuevo dentro del ámbito de la narrativa. Para quienes abogan por la primera postura, ella sería una variante problemática de la autobiografía o de la novela. Para quienes defienden la segunda postura, se trataría de algo nuevo porque, si bien emplea estrategias y procedimientos que podrían ser adscritos a la novela o a la autobiografía, estos recursos adquieren un matiz nuevo al estar vinculados a la coexistencia de la realidad y la ficción en un pacto específico de lectura que Alberca (2006) ha denominado, con acierto, pacto ambiguo. Asimismo, el hecho de que las características de la autoficción provengan de la autobiografía o de la novela no necesariamente debe llevar a pensar que es un subgénero de estas, pues, como sostiene Todorov (2012, p. 61), “un nuevo género es siempre la transposición de uno o de varios géneros antiguos: por inversión, por desplazamiento o por combinación”.

A esta indeterminación “genérica” se agrega que algunos teóricos asocian a la autoficción solamente con la novela, mientras que otros prefieren incluir también al cuento y a otras formas narrativas. Por ello, y para no entrar en un terreno aún irresuelto, en los primeros capítulos de este trabajo optaremos por utilizar, junto con el marbete de *autoficción*, expresiones como *discurso ficcional* o *texto autoficcional*.

Un último elemento ligado a la autoficción es el de la confesión. Aunque no todos los textos de este tipo tienen este carácter, muchos de ellos lo presentan por el tono introspectivo en que están escritos y las reflexiones que los acompañan. Desde luego, la verdad que se moviliza no es fáctica sino metafórica, en tanto se realiza mediante esta construcción ambigua que está en la base de la voz narrativa y llega así al lector. Evangelista & Rivera (2016, p. 35) lo explican muy bien:

¿Puede entonces encontrarse la confesión entre las líneas del texto? Definitivamente, la confesión, la exposición, la catarsis del autor se inmiscuye en su obra. Autor, narrador, personaje son un sendero donde se siembra la verdad metafórica. El personaje es el lado oculto de la voz del autor. El diálogo entre autor y lector funge como confesionario. El autor crea el discurso literario, recrea su realidad o su visión de la misma; él, como protagonista, personaliza y actúa

cada detalle de su trama. Se contempla en la obra narrativa y camina sobre ella para vivirla, para lograr dentro y fuera de ella un cambio de juicios estéticos y morales. El lector, por medio de la refiguración, puede confundirse con el “yo” del escritor y el “yo” del personaje, cambia sus preceptos y su acercamiento a la literatura. Se realiza un encuentro dialógico de los “yo”, la expiación se da cuando la verdad metafórica surge en el confesionario.

1.2. Doubrovsky y Lejeune

Como también ha referido Alberca (2017, p.146), Doubrovsky crea el término *autoficción* en su novela *Filts* (1977), en cuya contratapa se lee: “¿Autobiografía? No. Ese es un privilegio reservado a las personas importantes de este mundo, en el ocaso de su vida, y con un estilo grandilocuente. Ficción de acontecimientos y de hechos estrictamente reales; si se quiere, autoficción”. El contenido de su libro va, en efecto, por ese lado: un narrador-personaje llamado Doubrovsky, trasunto del autor, relata una supuesta sesión de psicoanálisis, supuesta porque en realidad esta nunca se produce, pero la situación le permite contar recuerdos y experiencias reales (como su infancia, su vida de casado, su experiencia como docente y, en particular, su relación con su hijo), los cuales pueden cotejarse con la biografía del autor.

Filts ofrece así dos características propias de la autoficción: primero, la posibilidad de que cualquier persona, en cualquier momento (esto es, sin llegar al término de su vida o que esta sea especialmente importante), escriba un texto con tintes autobiográficos; segundo, el carácter en esencia ambiguo de esta forma discursiva, a caballo entre lo real y lo ficcional.

Con el nuevo término, Doubrovsky, además de nombrar a un grupo de textos, estaba respondiendo -al parecer sin saberlo- a la pregunta planteada por el profesor y ensayista francés Phillippe Lejeune, quien, dos años antes de la aparición de *Fils*, esto es, en 1975, en su libro *El pacto autobiográfico*, había graficado las siguientes posibilidades combinatorias de la narración en primera persona o autodiégética a partir de tres instancias (autor, narrador y personaje) y las nociones de ficción y no-ficción:

Nombre del personaje Pacto	\neq nombre del autor	= 0	= nombre del autor
	novelesco	1 <i>a</i> novela	2 <i>a</i> novela
= 0	1 <i>b</i> novela	2 <i>b</i> indeterm.	3 <i>a</i> autobiog.
		2 <i>c</i> autibiog.	3 <i>b</i> autobiog.

Las posibilidades combinatorias de la narración en primera persona o autodiégica según Lejeune (1975, p. 64)

En este cuadro figuran dos casillas vacías: una en que la obra sigue el pacto novelesco y el autor y el personaje tienen el mismo nombre; y otra en que se atiende al pacto autobiográfico sin que exista identidad nominal entre autor y personaje. Lejeune se preguntaba si el protagonista de una novela podría tener el mismo nombre del autor y, aunque su respuesta era que sí era factible, no se le ocurría ningún ejemplo. El ejemplo lo proporcionaría más tarde Doubrovsky con su novela *Fils*. Una propuesta nominal que no solo albergaría a su novela como tal, sino a toda una gama de posibilidades de escritura que, aún hoy, no parece esclarecida del todo.

Nos parece importante subrayar que en el término creado por Doubrovsky hay, como se mencionó al principio, una dimensión vinculada con el psicoanálisis. Así, en la contratapa de su novela *Flits*, leemos también lo siguiente: “La autoficción es la ficción que he decidido, en tanto que escritor, darme de sí mismo y por mí mismo, incorporándole, en un sentido pleno del término, la experiencia del análisis, no solo en la temática, sino en la producción del texto” (Casas, 2012, p.62).

De la cita se extrae ese otro aspecto consustancial a la autoficción: aquel en que el autor busca una forma de verdad sobre sí mismo, una verdad no verificable en el mundo empírico - cosa que correspondería a la autobiografía clásica-, sino una verdad personal, íntima, solo manifestable o asible en ese territorio ambiguo en que se cruza lo ficcional y lo real. Sobre esta pretensión de “verdad” vinculada a la autoficción insistiremos a lo largo de este trabajo.

En cuanto a la idea de autor, aunque Doubrovsky y Lejeune no se ocupan de este tema en sus reflexiones sobre la autoficción, se suele hacer para este caso una diferenciación entre *autor real* y *autor implícito* a partir de lo propuesto por el crítico norteamericano Wayne Booth (1978). El *autor implícito* sería distinto del *autor real*, en tanto el primero se manifiesta en el texto por medio del narrador; el *autor implícito* sería una suerte de segundo-yo del autor, una realidad solo existente en el texto y reducida al ejercicio de construir el relato. Para Reisz (2016) esta diferenciación no resulta muy útil en el caso de la autoficción, pues el lector de novelas, apelando a su sentido común, y basándose en la identificación entre autor y narrador o personaje propia de este tipo de textos, suele imaginarse, al pensar en el autor, en una figura de carne y hueso. Por ello, para el caso de las autoficciones, conviene alejarse de este distingo y quedarse con el término *autor real* o *autor* simplemente, consideración que nos parece razonable y con la cual estamos de acuerdo.

Ahora bien, siguiendo con Reisz (2016), a ella sí le parece necesario resaltar que uno de los rasgos diferenciadores de la autoficción es la inscripción en el relato de un "narratario", "lector implícito" o "lector ideal", es decir, de un potencial destinatario de la narración. Esta observación, como veremos, coincide con el modelo poetológico de la autoficción propuesto por Vera Toro (2017), el cual seguiremos en el presente trabajo. Lo interesante, y también discutible, es que Reisz plantea que esta instancia textual tendría "la capacidad de descifrar las claves que permiten identificar a algunos personajes como personas reales o de reconocer elementos efectivamente autobiográficos allí donde están mezclados con personas y sucesos imaginarios" (2016, p. 6). Este destinatario interno o implícito sería un escritor o una persona que conoce bien -desde adentro- el mundo literario y que entraría en diálogo con el protagonista/narrador del texto que, para el caso de la autoficción, suele ser también un escritor o un conocedor del ámbito de las letras. Reconocer las claves dejadas por el autor real sería una labor destinada al lector implícito; no obstante, esa información oculta, según la lectura de Reisz, no tendría mucho valor en una perspectiva temporal más amplia, es decir, saber si un personaje *X* alude a una persona real *Y* quizá solo pueda tener relevancia para la época en que la obra fue escrita.

1.3. Colonna y la autofabulación

A partir de las ideas de Doubrovsky y Lejeune, se han planteado una serie de enfoques que pretenden precisar el concepto de autoficción. Uno de los más conocidos es el del investigador francés Vincet Colonna (1989), quien prefiere hablar de una "ficcionalización

del yo”, que sería opuesta a la novela autobiográfica. Si en esta se introducen, de manera explícita o velada, elementos ficticios en la vida real del autor, en la autoficción los hechos narrados, aunque protagonizados por un personaje que tiene el mismo nombre que el autor, son siempre ficticios.

Propone Colonna (1989) que de este tronco principal saldrían cuatro ramas: 1) la *autoficción fantástica*, donde el autor está dentro de una historia irreal, alejada de lo verosímil y, por lo tanto, imposible de confundir con el yo real; 2) la *autoficción biográfica*, donde el autor es protagonista de hechos aparentemente reconocibles como reales y cercanos a lo verosímil, por lo que es posible hablar de una verdad al menos subjetiva; 3) la *autoficción especular*, donde los hechos y la imagen del autor son reflejos que no se ubican en el centro de la obra; y 4) la *autoficción intrusiva*, donde el autor se presenta como un avatar, un narrador-autor al margen de la trama.

Para Colonna, lo más propiamente autoficcional se encuentra en la primera rama, en tanto hay una autofabulación que se aleja de lo autobiográfico y su búsqueda de verosimilitud, y es justamente esa tendencia a lo ficcional lo que le permite renovar la tradición novelística. No obstante, su planteamiento parece equivocado, porque, como veremos más adelante, son precisamente las otras tres ramas las que coinciden con las búsquedas y estrategias autoficcionales más desarrolladas en las últimas décadas.

1.4. Alberca y el pacto ambiguo

Otro estudioso destacado de la autoficción y quien promovió en el mundo hispano la discusión teórica sobre este tema es el crítico español Manuel Alberca (2017), quien parte señalando que este tipo de discurso se encuentra asociado sobre todo a las novelas y más precisamente a “las novelas del yo”. Para él:

Las novelas del yo constituyen un tipo peculiar de autobiografías y/o de ficciones. En realidad, como su nombre indica, se trata de novelas que parecen autobiografías, pero también podrían ser verdaderas autobiografías que se presentan como novelas. En cualquier caso, las considero como la excepción o el desvío de la regla y una «tierra de nadie» entre el pacto autobiográfico y el pacto novelesco. (p. 64)

Siguiendo las ideas de Lejuane (1991), este estudioso español mapea ese confuso territorio entre el pacto autobiográfico, aquel que indica una verdad fáctica sobre el yo, y el

pacto novelesco, aquel que presupone que este yo real está teñido por lo ficcional. Así, configura tres tipos de novelas del yo: la *novela autobiográfica*, la *autoficción* y la *autobiografía ficticia*, todas sometidas al pacto ambiguo, es decir, ubicadas en el instersticio entre el pacto autobiográfico y el pacto novelesco.

Para Alberca, dentro de este marco general, la autoficción es “una novela o relato que se presenta como ficticio, cuyo narrador y protagonista tienen el mismo nombre que el autor» (p, 158). Agrega que, “establecido entre ambos pactos, el campo autoficcional resulta de la implicación, integración o superposición del discurso ficticio en el discurso autorreferencial o autobiográfico y viceversa” (p. 182). La autoficción se caracterizaría así por la ambigüedad plena, pues el lector no puede distinguir lo ficcional de lo factual.

Esta ambigüedad está conferida por las mencionadas relaciones de identidad entre el narrador y el autor, que puede revelarse en la lectura de manera explícita o implícita. Es decir, se pone el nombre del autor en la novela o se utilizan señas textuales para proceder a la identificación. El efecto logrado es que el lector ve alterada su percepción de lo real y lo ficticio, sintiendo abolidas las diferencias entre los niveles diegético, extradiegético y metadiegético, o sea, lo que se narra dentro o fuera de la historia y lo que se narra como parte de otra narración.

En su ya citado artículo, Alberca es más puntual respecto a su conceptualización de la autoficción:

Aunque la autoficción es un relato que se presenta como novela, es decir como ficción, o sin determinación genérica (nunca como autobiografía o memorias), se caracteriza por tener una apariencia autobiográfica, ratificada por la identidad nominal de autor, narrador y personaje. Es precisamente este cruce de géneros lo que configura un espacio narrativo de perfiles contradictorios, pues transgrede o al menos contraviene por igual el principio de distanciamiento de autor y personaje que rige el pacto novelesco, y el principio de veracidad del pacto autobiográfico. (2006, p.9).

Alberca (2006) señala asimismo que, entre las diversas variantes que existen para jugar con el pacto autobiográfico y el pacto novelesco, la autoficción utiliza principalmente dos estrategias: a) camuflar un relato autobiográfico bajo la denominación de novela, o b) simular

que una novela parezca una autobiografía sin serlo. En el primer caso, la ambigüedad es sencilla y efímera; en el segundo, más compleja y continuada.

Sin duda, el aporte más valioso que realiza Alberca (2006, p.14) es el siguiente cuadro donde expone las maneras en que se invita al lector a un texto que oscila entre el pacto novelesco y el pacto autobiográfico, con lo cual se desencadena el principio de ambigüedad y perplejidad que hace que aquel no sepa a qué atenerse:

PACTO AUTOBIOGRÁFICO	PACTO AMBIGUO	PACTO NOVELESCO
Memorias autobiografías	Autoficción	Novelas, cuentos
1. A = N = P (Identidad)	1. A = N = P (Pacto autobiográfico)	1. A # N A# P
2. REF. EXTERNO (- Invención)	2. FICCIÓN (Pacto novelesco)	2. REF. TEXTUAL (+ Invención)

(A, Autor; N, Narrador; P, Personaje; - , menos; + más)

Maneras de leer un texto que oscila entre el pacto novelesco y el pacto autobiográfico

(Alberca, 2006, p. 16)

Como se ve, en el pacto ambiguo, la obra puede moverse entre dos ejes: más o menos aproximación del narrador o los personajes al autor real; y más o menos referencialidad hacia la realidad externa o empírica. La movilidad entre estos dos extremos otorga al texto no solo un carácter ambiguo para la lectura, sino que ofrece cierta dificultad para catalogarlo en el mercado editorial, de allí que, en muchos casos, se opte por la denominación de novela o por no darle ninguna denominación.

En este otro cuadro (2006, p.16), Alberca afina un poco más su propuesta a partir del grado de unión de los elementos ficticios y los elementos autobiográficos en este tipo de textos. Así, mientras más indisoluble sea la mezcla, mayor será el grado de vacilación o duda en el lector:

P. Auto- biográfi- co	PACTO AMBIGUO	P. Nove- lesco
-----------------------------	----------------------	-------------------

CAMPO AUTOFICCIONAL				
Auto-biografía	PERIFERIA A	CENTRO AUTOFICCIONAL	PERIFERIA B	Ficción
Referente extra-textual	1. A = N = P 2.FICC. PERSONAL * - Invención: lo "ficticio-real". * - Ambigüedad: prox. pacto autbf.	1. A = N = P <input type="checkbox"/> <input type="checkbox"/> 2. FICCIÓN PERSONAL <input type="checkbox"/> <input type="checkbox"/> * Mezcla indisoluble de elementos " ficticio-autobiográficos". * Vacilación lectora: Ambigüedad plena.	1. A = N = P 2.FICC. PERSONAL * + Invención: lo "ficticio-irreal". * - Ambigüedad: prox. pacto nov.	Referente textual

(A, Autor; N, Narrador; P, Personaje; -, menos; +, más)

Afinamiento de la propuesta anterior a partir del grado de unión de los elementos ficticios y los elementos autobiográficos (Alberca, 2006, p. 16)

La ambigüedad presente en el texto -más o menos buscada o inscósiente, más o menos seria o paródica- puede nacer de una estrategia para que el autor oculte su identidad sin desvincularse del todo y tenga así mayor libertad para contar y menor responsabilidad respecto de aquello que se cuenta, pues se suele mencionar a personas de la vida real y, gracias a este pacto ambiguo, la posibilidad de juicio moral e incluso judicial queda soslayada. No obstante, esta ambigüedad esencialmente otorgada por el elemento identitario entre el autor y el narrador o los personajes puede explicarse también por la consciencia de que, cuando alguien cuenta su propia vida, no existe objetividad plena en ningún tipo de relato, que todo está cubierto por una pátina de ficción, que los recuerdos son también cierta forma de invención que se mezclan con lo soñado, lo deseado o lo temido. La autoficción, siguiendo esta línea, tendría un grado de autenticidad más allá de lo factual que no poseen otro tipo de textos en los que se explora el yo narrativo. Sobre este punto nos detendremos más adelante.

1.5. Vera Toro y el “soy simultáneo”

Otro de los teóricos relevantes de la autoficción es la española Vera Toro (2017), quien propone un modelo sistemático para el análisis de la autoficción en los textos literarios narrativos, además de discutir el derrotero teórico de este tipo de discurso y plasmar sus planteamientos en el estudio de obras narrativas como las de Rosa Montero, Javier Cercas y Juan José Millas, entre otros.

Vera Toro parte por reconocer, al igual que Alberca, que la autoficción es uno de los fenómenos de mayor relieve ocurridos en la novela actual y que lo más fácil es esbozar una definición en negativo, tal como lo hace el periodista colombiano Winston Manrique Sabogal: “Las autoficciones no son autobiografías, no son diarios, no son memorias, no son actas notariales, no son biografías, no son ensayos novelados, no son novelas puras donde todo es imaginación.” (Toro, 2017, p.10).

En el estado actual de las investigaciones sobre esta forma discursiva, Toro (2017, p. 12) encuentra cuatro campos sobre los que se ha concentrado la crítica:

- a) La autoficción sería un derivado de la autobiografía, más contemporáneo y cercano a la novela, lo cual implicaría que la autobiografía es o se ha vuelto un género de la ficción.
- b) La autoficción sería una escritura ambigua, fronteriza entre el pacto autobiográfico y el pacto ficcional.
- c) La autoficción sería una nueva forma de narración ficcional.
- d) La autoficción sería una forma emergente y sustituta de un género ya existente, como por ejemplo la novela autobiográfica.

Dentro de esta “guerra” entre la autobiografía y la novela para caracterizar a la autoficción, lo que a Toro le interesa es plantear una sistematización narratológica, es decir, establecer “reglas” narrativas que permitan explicar el discurso autoficcional.

Para esta investigadora, la autoficción constituye una etiqueta específica que debería

...reservarse a aquellos textos literarios que refuerzan su ficcionalidad, o que crean ambigüedades insolubles a través de ciertos recursos, tanto a nivel del enunciado como en el

nivel de la enunciación. Textos en los que se presenta una ilusión autobiográfica verosímil sin rupturas (y a pesar de que esta se pueda desmentir a través de investigaciones biográficas y material epitextual), no las llamaría autoficciones. La autoficción requiere la ruptura con la narración autobiográficamente posible... (2017, p.13)

El núcleo poetológico de la autoficción, en coincidencia con Alberca, estaría en el uso frecuente de un personaje o narrador con el nombre del autor o parecido a este. Lo nuevo que agrega esta autora es que este personaje o narrador es a menudo un escritor, que aparece en la “escenificación de un vaivén entre atracción y rechazo magnéticos entre el personaje ficticio y el mundo real.” (p. 14) El autor entonces es objeto y sujeto de la historia, se desdobra para no solo producir el texto como agente real, sino como agente simbólico dentro del relato mismo. Por ello, Vera Toro considera necesario darle una mayor importancia a la autorreferencialidad y a la metaficcionalidad para categorizar una autoficción.

Junto con estos dos elementos, Toro señala el papel sustancial del juego y la ironía en esta escenificación:

El enfoque interpretativo de una autoficción no debe ser necesariamente autobiográfico, sino que ironiza o juega con la relación entre el narrador y la instancia autorial, es decir, juega con la comunicación propiamente literaria. Una autoficción es -más que una novela o cuento de o sobre la propia vida – una novela o cuento sobre la propia escritura. (p. 315)

Estos tres elementos –la autorreferencialidad, la metaficcionalidad y el juego- no solo representan un cortocircuito de los niveles narrativos, sino que sirven de manera más extrema para marcar la artificialidad de la narración y de lo narrado. Hay, pues, un efecto antimimético resultante que la investigadora muestra con diversos ejemplos.

En este contexto, tomando la narración paradójica como base y clave de la poética autoficcional, Toro propone una modelización propia de los rasgos constitutivos y variables de la autoficción literaria. De esta forma tenemos que:

La autoficción literaria se manifiesta en un texto narrativo y ficcional y se basa en una constelación paradójica de sus instancias textuales: la persona del autor real se ficcionaliza mediante referencias biográficas y/u otras características claramente reconocibles, sea en el personaje del narrador homo o autodiegético o en otros personajes. Al mismo tiempo, la ficcionalidad del texto se ostenta claramente, es decir, la autoficción es siempre metaficcional.

Su enfoque temático no se restringe a lo autobiográfico sino que abarca explícita o implícitamente el campo amplio de la procesualidad de la escritura y la ficcionalidad literaria misma. (2017, p. 328).

Bajo este marco amplio -que abarca textos narrativos en general y no solo a la novela-, se presentan tres procedimientos que crean y mantienen la constitución paradójica y ambigua de la autoficción. Con ellos se tematizan o se ponen en discusión la “objetividad en general y la fiabilidad de la narración y/o lo efímero del estado de información.” (Toro, 2017, p.320).

Un primer procedimiento para la construcción autoficcional es la **ilusión referencial**, es decir, la búsqueda de una supuesta identidad entre el personaje o narrador y el narrador real. Mientras que otros textos aspiran a la ilusión vivencial -a esa estrategia persuasiva por la cual se invita a vivir el mundo artificial como una realidad-, la autoficción persigue dar la impresión de referencialidad a elementos concretos y específicos del mundo empírico. Aquí la relación entre texto y paratexto es muy importante. Así, el nombre del autor real puede coincidir con los datos de la información intradiegética, pero también puede mostrar diferencias significativas. De acuerdo con esta idea, tres serían las formas más habituales con las que se crea la ilusión referencial: se usa el nombre real o los datos biográficos del autor en un personaje; se emplean datos y nombres de notoriedad pública en el texto para establecer el vínculo; y se constituyen formas diversas de intertextualidad, a saber: a) la autotextualidad (se citan otros textos del mismo autor); b) la referencia a hipotextos factuales (se citan pruebas o fuentes con datos biográficos “referenciables”, aunque sean raros o privados); y c) la referencia a hipotextos ficcionales (se usan reproducciones gráficas de fotos, cartas, manuscritos, etc; la réplica de textos alógrafos; el resumen de un intertexto; y la interpretación o comentario de un intertexto). Como vemos, la propuesta de modelización autoficcional de Toro es, en este punto, mucho más inclusiva y detallada que las de los teóricos precedentes.

Un segundo procedimiento para la construcción autoficcional, que apoya a la ilusión referencial, es, para Toro (2017), la **ilusión narrativa**. Por ella debemos entender lo que cita la autora española del crítico alemán Ansgar Nunning: “la impresión de un narrador personalizado y de una subjetivación fuerte de lo narrado...” (p. 124). Se presenta, asimismo, como lo había señalado Reisz, un narratorio explícito, por lo cual lo que se narra tiene “el carácter de una conversación o de un monólogo dialogado” (p. 125). Nos encontramos, entonces, frente a un narrador concreto, específico, antropomorfo, cuyas actuaciones perturban

la ilusión vivencial, pero a la vez fortalecen la sensación de que alguien verdaderamente nos está contando algo. Estos actos del “narrar” pueden manifestarse de diferentes formas: se percibe en el texto una expresividad emotiva dominante; aparece el mencionado narratario que se revela a través de un diálogo o monólogo personalizado; el narrador emplea un habla coloquial u oral, así como ideoslectos y narraciones fragmentadas y versátiles; se consignan opiniones y comentarios generalizadores que no solo reducen la distancia entre el narrador y el narratario, sino que acentúan los valores y normas subjetivas del primero; y, finalmente, se incorporan comentarios metanarrativos.

Estos últimos son especialmente valiosos porque contribuyen a crear el *efecto de sinceridad* del narrador, pues transparenta su inseguridad ante lo contado (el orden, la composición, la fiabilidad, etc.), y porque dan una *impresión de verosimilitud o autenticación*, en tanto lo contado es percibido como un discurso “real”. Estos comentarios metanarrativos pueden ser de los siguientes tipos: explicaciones y valoraciones respecto a la historia narrada; generalizaciones y opiniones respecto al contexto; comentarios acerca de narrador mismo; apelaciones al lector; y comentarios metaficcionales, metaestéticos o metalingüísticos.

La ilusión narrativa, de acuerdo con Toro, lo que hace es reforzar la ilusión referencial:

Mientras los rasgos de una narración oral o escrita o un diálogo con el narratario son características secundarias, la subjetividad marcada, la plasticidad de la personalidad del narrador y, sobre todo, la narración del proceso del narrar es fundamentales. De esta manera, la ilusión referencial se refuerza por la narración de rasgos subjetivos y específicos del personaje-narrador. Los comentarios metanarrativos pueden apoyar un efecto de sinceridad del narrador, sea por inseguridad en cuanto a la composición y selección de lo narrado, sea por comentar la (difícil) búsqueda de datos fiables para la historia narrada, sea por dudar de la fiabilidad de la propia memoria. (2017, p.181).

Un tercer y último procedimiento para la construcción autoficcional va justamente en contra de la ilusión referencial y la ilusión narrativa, pues se propone destacar la ficcionalidad y artificialidad de la narración. Hablamos aquí de **los recursos metaficcionales**, que son constitutivos de la autoficción, y **los recursos antilusorios**, que son más bien facultativos, según afirma Toro (2017). Entre los recursos metaficcionales se pueden mencionar la *metaficción explícita*, que consiste en señalar expresamente que estamos ante una metaficción; la narración fantástica, que incorpora una ruptura con la lógica o la física del mundo presentado,

es decir, se presenta un elemento imposible que explicita lo ficticio; la *narración paradójica*, que rompe convenciones narrativas mediante la metalepsis, la pilepsis, la epanalepis, la hiperlepsis o laseudodiégesis; la *narración diáfana*, por la cual se introduce una narración no fiable y se nos dice que lo que se nos está contando es “un cuento” o algo ficticio; y la *mise en abyme*, que supone colocar una historia particular que es refleja de la historia mayor que leemos. Conviene anotar aquí la diferencia entre los recursos metaficcionales y los metanarrativos: los primeros persiguen señalar la ficcionalidad del texto, mientras que los segundos refieren el acto o proceso de narración, por lo cual pueden estar presentes tanto en textos ficcionales como factuales.

Por su parte, los recursos antiilusorios se pueden presentar mediante la sobredeterminación y sobreestructuración improbable del significado y el orden de los hechos; la reducción extrema de los eventos de la historia; y la fabulación hipertrófica o incoherente. Es decir, aparecen elementos que rompen ostensiblemente la verosimilitud.

Ambos tipos de recursos, los metaficcionales y los antiilusorios, se resumen en el siguiente cuadro:

Nivel textual	Recursos textuales con potencial metaficcional (destacan el aspecto <i>fictum</i> del texto)	Recursos textuales con potencial antiilusorio que destacan entre otros el aspecto <i>fictio</i> del texto
nivel del enunciado	<ul style="list-style-type: none"> • metaficción explícita • Construcción de mundos imposibles/improbables: → narración fantástica y narración paradójica 	<ul style="list-style-type: none"> • Sobredeterminación y sobreestructuración improbable del significado y del orden (nombres simbólicos; repetición penetrante de elementos de la historia mediante <i>mises en abyme</i>), y la determinación obvia de la historia por factores

		<p>‘alienadores’, artificiales (por ejemplo ‘pre-textos’ intertextuales)</p> <ul style="list-style-type: none"> • Reducción extrema de eventos en la historia (“too little plot”) • Fabulación hipertrófica y/o incoherente (“too much plot / too many plots”)
nivel del enunciado y nivel de la enunciación	<p>narración paradójica:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Metalepsis • <i>Mise en abyme</i> aporística 	
nivel de la enunciación	<ul style="list-style-type: none"> • situación narrativa improbable, ilógica o llamativa → narración diáfana 	<ul style="list-style-type: none"> • Uso llamativo del medio narrativo verbal y textual (lenguaje ‘agramatical’, puesta en primer plano de la materialidad del texto por procedimientos tipográficos) • Sobredeterminación de significados del discurso (“gaps of meaning”, indeterminaciones, ambigüedades, falta de teleología y de causalidad, etc.)

		<ul style="list-style-type: none"> • En la narración dominan tipos de discurso no-narrativos (p. ej. desviaciones y descripciones)
Otras formas de autorreflexividad	<i>m.e.a.</i> aporística y de la poética	

Los recursos metaficcionales y antiilusorios según su nivel de enunciación

(Toro, 2017, p.182)

En relación con el momento en que los recursos metaficcionales y antiilusorios aparecen en el relato, Toro (2017) advierte que ese momento puede ser variable y está sujeto al tipo de recurso utilizado:

En cuanto al orden, los recursos de la ilusión referencial y narrativa no tienen necesariamente que aparecer antes que sus antagonistas explícitos y/o implícitos de metaficción. La combinación de los diferentes recursos “autenticadores” y metaficcionales se debe comprender como un juego de contradicciones cuya intensidad puede variar mucho según los medios utilizados... (p.189)

Juntando los tres procedimientos arriba mencionados –la ilusión referencial, la ilusión narrativa y los recursos metaficcionales y antiilusorios- y volviendo a la raíz híbrida y ambigua del discurso ficcional, se puede afirmar que la autoficción se basa en las combinaciones lúdicas de procedimientos opuestos o antagónicos. Y se entiende acá por “lúdico” no necesariamente lo “no serio”, sino un espectro más amplio, variable: “Puede haber un efecto cómico, pero también extraño, sorprendente, alienador, antiilusionista.” (p.30).

Según este modelo poetológico, en la autoficción se pone en escena, además, como ya se ha dicho, la manera en que funciona la ficción literaria: se crea una estética del *making-of*, del *narrarse narrando*. Esto puede intepretarse como una forma de “modestia” por la propia inseguridad del autor de construir un texto con elementos verdaderos, pero también como una manera de celebrar el acto creativo mismo:

La autoficción celebra la magia del acto creativo de la literatura *sine qua non*, la *poiesis* por la *poiesis* que se vuelve el principio estético y que garantiza la autenticidad narrativa (combinando la autenticidad del objeto con la autenticidad del sujeto). (p.137)

Esto último resulta particularmente interesante, pues, si bien hay un juego entre lo no real y lo auténtico, la impresión final que se lleva el lector con este juego de identidades es que hay un sustrato profundo de verdad o autenticidad en la presentación de lo narrado. Es decir, más importante que la verosimilitud del mundo narrado, es la verosimilitud del procedimiento para narrarlo.

Sobre esta forma de autenticidad en el procedimiento narrativo, es valiosa la comparación que hace Toro (2017) de la autoficción con aquellas obras de teatro en las que el actor no solo finge ser un personaje, sino que deja ver que lleva una máscara para que el espectador disfrute del proceso de metamorfosis. De esta comparación resulta que

el receptor de una autoficción centra su atención tanto en el actor como en el personaje, pero también en la tensión deleitosa entre ambos y en el acto de disfrazarse del personaje ficticio como autor o de disfrazarse el autor como personaje ficticio.” (p. 30).

Para concluir, Toro sostiene que la autoficción en general se puede adscribir a la literatura postmimética. Ello porque “la poética autoficcional se caracteriza por la autorreferencialidad paradójica llevada a un nivel radicalizado y ofrece con ello una metáfora estructural de la autorrepresentación literaria, de la ficción misma y de la tensión entre la mimesis ilusionista y la semiótica deliberada” (p.330). Esta posibilidad de ser una “metáfora estructural” le permite, a su vez, gozar de una “fuerza cognitiva innovadora.” (Toro, 2017, p.32) Así, la autoficción no nos dice que los intrincados vínculos entre autor y obra, entre autor real y autor implícito, entre obra y lector no *es* tal cosa, sino *como* tal cosa, es decir, nos acerca al conocimiento de la “verdad” de lo literario a través de una mirada metafórica.

CAPÍTULO II

Desarrollo y recepción de la autoficción

En este capítulo situaremos al discurso ficcional dentro del *boom* de lo autorreferencial y lo biográfico que se vive hoy en el contexto mundial, y señalaremos cuáles sus principales procesos de desarrollo y recepción, en especial en el ámbito hispánico.

2.1. El protagonismo de lo autorreferencial y biográfico

Un signo de esta época –de las últimas décadas– es el protagonismo de la autorreferencia en una gran gama de registros: no solo en la escritura, sino en filmes, obras de arte visuales, etc. Hay un giro hacia lo subjetivo, hacia los pequeños relatos, luego de la caída de los grandes relatos que anunciaron el inicio de la postmodernidad. Ciertamente, como apunta Leonor Arfuch (2013), siempre ha existido la presencia de voces autorreferenciales, pero estas, en los últimos cuarenta años, muestran una reconfiguración, es decir, un protagonismo mayor.

Según Arfuch (2013), tres elementos confluyen en este proceso. Uno es la *historicidad*: los géneros canónicos de la autorreferencia -autobiografías, memorias, diarios íntimos, correspondencias-, si bien nacieron con el desarrollo del capitalismo, el afianzamiento del mundo burgués y su clásica división entre lo público y lo privado, han adquirido con las nuevas tecnologías una impronta global, una presencia que va más allá de cualquier frontera física o cultural. Otro elemento es la *simultaneidad*: es característico de estos tiempos que los medios de comunicación no solo participen activamente en el circuito de la publicación de una obra sino que ahora, gracias a las transmisiones y publicaciones en *tiempo real*, apelen a la figura del enunciador no solo como garantía de autenticidad, sino como medio para revelar detalles de esa obra desde la intimidad. Y otro elemento importante en este proceso es la *multiplicidad*: confluyen en un mismo tiempo innumerables narrativas basadas en recuerdos personales, testimonios, experiencias, anécdotas, todo tipo de material documental, visual y artístico.

En este escenario, afirma Arfuch (2013), hay una predominancia de lo biográfico y ello puede explicarse por tres razones. Primero, por el *carácter intersubjetivo* de este tipo de material, que tiende a afirmar la sintonía entre narrador y destinatario, tanto respecto de la experiencia vivida como de la dimensión ética de la vida en general. Segundo, por el *carácter de narrativa compartida*, en tanto se movilizan valores comunes vinculados a los actos

prácticos. Tercero, por el *valor memorial* de estos documentos, pues lo biográfico actualiza el pasado a través de la memoria, con su carga simbólica y a veces traumática tanto para la experiencia individual como para la colectiva.

En el libro de Arfuch, a través del análisis de material de este tipo recogido en diversos géneros discursivos, se propone que todo este torrente de subjetividad transparente, de manera sintomática, “la huella perentoria de un pasado abierto como una herida” (p. 9). Así, en estas obras, hay testimonios de guerras, de dictaduras y en general de violaciones de los derechos humanos que articulan la experiencia individual con problemáticas colectivas que reclaman nuevas formas de expresión.

2.2. El tránsito de lo autobiográfico a lo autoficcional

Dentro del contexto mencionado, en la década del setenta se produce -según afirma Julia Negrete (2015)- un replanteamiento de la autobiografía en relación a “la pretendida búsqueda de identidad de un sujeto que se sabe disgregado y cuyo autoconocimiento tendrá que enfrentar utilizando medios igualmente diversos; otros géneros y técnicas narrativas se convertirán, por ello, en apoyo a una escritura que necesita dar cuenta de una experiencia vital enriquecida puesta en la realidad interior del individuo”. (p. 228).

Uno de esos replanteamientos, probablemente uno de los más radicales y duraderos, lo constituye la autoficción. En efecto, durante estos años se percibe que los autores, al momento de enfrentar la exploración del yo, suelen dejar de lado las autobiografías y formas afines (memorias, diarios íntimos) para emplear otro formato literario, extraño, ambiguo, que es la autoficción y que tiene como mejor aliado a la novela, el más híbrido y proteico de los géneros narrativos.

Dicho de otro modo, el cambio de época -la vuelta del sujeto manifestada en la incidencia en lo privado y, junto con ello, la presencia de otros procesos como la democratización de la palabra y la exaltación del cuerpo y la sexualidad- hizo que la autobiografía resultara insuficiente para representar y explorar el yo y que, en su lugar, se posesionara la autoficción con todas sus riquezas y potencialidades.

Negrete (2015) resume este tránsito agregando un elemento más vinculado al *Nuoveau Roman*:

El surgimiento de la autoficción se explica mejor si se tiene en cuenta, por un lado, esta atmósfera de tensión de la autobiografía -o, como apunta José María Pozuelo Yvancos, de la “deconstrucción del yo autobiográfico”- y la ampliación de las dimensiones

autobiográficas de la novela; y, por el otro, la “crisis del personaje como entidad narrativa” postulada por los escritores del *Nouveau Roman*. (p. 229)

Como se sabe, los *néo-romanciers*, para conseguir nuevas formas de narrar, dejaron de prestarle atención al personaje, a su psicología, y se centraron en los objetos, en las descripciones, en el entorno natural y en los diálogos. Si bien esta corriente no fue uniforme y tuvo un periodo de influencia acotada, puso en cuestión la manera de acercarse al individuo y de construir personajes que lo encarnaran.

Lo autoficción sería, así, una evolución de la autobiografía, una variante contemporánea o posmoderna, cuyas formulaciones, entrelazadas a las múltiples posibilidades de la novela, van desde lo personal e introspectivo hasta lo colectivo y testimonial.

La investigadora española Ana Casas (2012), en su artículo “La autoficción como categoría transversal”, traza un mapa sumario pero muy significativo de los autores que, en Hispanomérica, han recorrido el camino de la autoficción, asumiendo alguna de sus diversas posibilidades:

(...) C. Martín Gaité, J. Semprún, F. Umbral, E. VilaMatas, J. Marías, A. Muñoz Molina, J. Cercas, A. Orejudo, G. Hidalgo Bayal, L. G. Martín, M. Sanz, M. Vilas, en España; C. Aira, S. Molloy, R. Piglia, F. Bruzzone, M. E. Pérez, P. Pron, A. Pauls, D. Guebel, L. Alcoba, en Argentina; M. Levrero en Uruguay; S. Pitol, M. Bellatin, M. Glantz, A. Muñiz-Huberman, A. Rossi, J. Herbert, G. Fadanelli, en México; F. Vallejo, D. Jaramillo, en Colombia; P. de Souza en Perú; P. J. Gutiérrez en Cuba; R. Rey Rosa en Guatemala; L. Barrera Linares en Venezuela, entre otros muchos, han practicado la autoficción en sus distintas modalidades: la que cuaja en cierto tipo de relato intimista, fundamentalmente referencial y centrado en la experiencia personal, pero narrado con los recursos de la novela (Umbral, Molloy, Herbert, Pauls); la que se cruza con el relato testimonial, donde los elementos ficcionales colaboran en la construcción de la memoria y de los valores morales, más allá de la vivencia histórica (Cercas, Pron, Bruzzone); el relato auto-metaficcional (Vila-Matas, Piglia, Pitol, Levrero); o la autoficción concebida como relato humorístico, en el que la proyección del autor se carga de ironía, sátira y hasta distorsión grotesca (Aira, Bellatin, Fadanelli, Cucurto, Vilas). (p. 4).

Como vemos, la autoficción no es una práctica aislada o minoritaria, sino amplia y creciente, un verdadero fenómeno que ha echado raíces muy sólidas entre los autores de esta parte del mundo y que admite una gran gama de posibilidades.

La propia Casas (2017) propone que la autoficción constituye una tendencia general del arte contemporáneo que, conjuntamente con los textos de narrativa, comprende otras formas

de expresión como el cine y el teatro. Todas ellas no se inclinan a desarrollarse por separado, sino a establecer puentes y mezclarse, al punto de que hoy, con el apoyo de las nuevas tecnologías, cobra protagonismo la hibridación discursiva.

2.3. La autoficción como búsqueda de lo auténtico

Además del anterior, hay otro factor importante que explica la efervescencia de la autoficción. Vivimos un período de crisis de la verdad, lo cual se pone de manifiesto de manera flagrante con la llamada *postverdad* y, en medio de ese panorama, bulle la avidez de los lectores por conocer historias verídicas, que no solo puedan comprobar más allá de la existencia de un texto, sino en la realidad fáctica, y que les permita además reconocerse en ellas. Basta con observar la atención que reciben hoy en las redes sociales los textos escritos en primera persona -muchos de ellos con carácter testimonial- para comprobar esto. Es cierto que esta sobreexposición de historias del yo participa de otro signo de época, como es la llamada *civilización del espectáculo*, pero es verdad también que, incluso en aquellos lectores que no verifican la fiabilidad de una información, late el deseo por conocer fuentes de primera mano, por tener la versión “auténtica” que solo pueden proporcionar quienes participan directamente de los hechos.

Este es un punto sobre el que es necesario detenernos. ¿Qué puede llevar a un autor a tomar las sendas de la autoficción? Si descartamos las posibilidades de querer vender a través de un medio llamativo o de liberarse del peso moral o judicial como resultado de hacer escarnio de ciertas personas o acontecimientos, puede haber en quien escribe un texto autoficcional una conciencia más o menos clara de la “verdad” que subsiste en el material con el que trabaja. Susana Reitz, en su ya citado artículo “Formas de la autoficción”, señala justamente la gama de grises que hay en esta apuesta por la ambigüedad:

“desde una exploración de las dificultades de atrapar en palabras una trayectoria vital, que cambia de forma en cada momento en que se la reconstruye o en que se trata de articularla o transmitirla, hasta una autobiografía disimulada por el temor o el pudor de decir verdades comprometedoras” (p.14).

En ambos extremos, no hay una pretensión de falseamiento o mentira.

En efecto, como hemos visto en el capítulo anterior, en el acápite dedicado a la poetología propuesta por Vera Toro, el discurso autoficcional permite al autor ser honesto, más que con la realidad referida, con los procedimientos utilizados; es decir, le permite vehicular

una verdad personal, íntima, que trasciende los hechos mismos. De otra parte, permite al autor manifestar una verdad que puede estar vedada o causar daño a terceros, con lo cual la capa de ficcionalización que cubre a su historia no pretende ser una máscara para la mentira, sino un soporte para decir lo cierto.

Por su parte, el lector, mediante el juego de la identidad nominal o el parecido de algún personaje con el autor, puede entender que en el texto autoficcional opera lo mencionado en el párrafo anterior: existe una verdad esencial, trascendente a lo fáctico, que ronda a ese constructo ambiguo.

En otro medio, Reisz (2016) abunda en este tema y clasifica tres razones por las cuales un autor hace suyo este peculiar tratamiento de la verdad en el que se filtra el fantaseo o la imaginación. Una es la intención humorística y desmitificadora del autor de presentarse a sí mismo en situaciones incompatibles con lo que piensa o cree la gente sobre él. Expresión de ello son varias de las novelas del argentino César Aira, como por ejemplo *Cómo me hice monja*, donde el narrador-protagonista es un niño llamado también César Aira, quien, luego de un período de hospitalización por envenenamiento, dice alternadamente ser un chico y una chica, pero sobre todo que es una chica. Otra razón es el deseo de hablar de experiencias personales íntimas, complejas o dolorosas, pero sin implicar de manera directa a familiares o amigos. Un caso de este tipo sería el libro que publicó el peruano Renato Cisneros, *La distancia que nos separa*, texto donde el autor, dedicado al periodismo y a la escritura, explora la compleja relación que tuvo con su padre, Luis Cisneros Viscarra, un temido general del ejército que tuvo participación en la dictadura de Morales Bermúdez y la lucha contra el terrorismo. Otra razón para abrazar la autoficción sería la búsqueda de un medio para expresar experiencias vividas de una manera no tan consciente o que no pueden ser captadas del todo por un relato realista. Un caso ejemplar sería la novela *Sangre en el ojo* de la chilena Lina Meruane, en la que la narradora-protagonista, con un nombre idéntico a la autora, experimenta una súbita ceguera a causa del agolpamiento de la sangre en los ojos, situación que la lleva a “ver” el desorden del mundo y, con ello, la precariedad de las relaciones humanas. También pertenecen a esta veta los textos autobiográficos de quienes sobrevivieron o estuvieron íntimamente vinculados a actos de barbarie y violencia. Un caso representativo sería el de la novela *Los topos* del argentino Félix Bruzzone, donde el narrador-protagonista, sin nombre explicitado pero con señas identificatorias con el autor -como que ambos son hijos de desaparecidos en la última dictadura argentina- emprende la búsqueda, con su abuela, de un supuesto hermano del lado

materno. En el contexto latinoamericano, hay muchas obras de este último tipo, lo cual se explica, tal vez, según Reisz, por las múltiples guerras sucias que marcaron las tres últimas décadas del siglo XX y por la necesidad de guardar una memoria del horror vivido, horror que las víctimas no alcanzan a transmitir en un informe histórico o sociológico o en una memoria autobiográfica.

Sobre la perspectiva que asume el autor al elegir el discurso autoficcional, son significativas las reflexiones del escritor y dramaturgo franco-uruguayo Sergio Blanco (2018). Este autor afirma que la autoficción implica una particular exploración del yo: hay en ella una voluntad de decirse y encontrarse así con los demás, pero este decirse falseado tiene una verdad profunda, pues en cada persona habitan varios yoes:

Esta experiencia de ir descubriendo diferentes yoes que se van reproduciendo y traicionando a medida que la ficción los va alterando y multiplicando, me enfrenta a la idea de que el yo no existe, sino que lo que existe es una multiplicación infinita de yoes. (p. 5).

De alguna manera, la pregunta que sostiene la autoficción no es *quién soy*, sino *quiénes soy* o, más aún, *qué partes de mí mismo logran aflorar y qué partes no*. La verdad que se busca es la del otro yo, o los otros yoes que viven en nosotros:

El desafío de la autoficción será que esa búsqueda de los yoes no consista en una mera autocontemplación de sí mismo, sino que consista en una búsqueda política y religiosa mayor: los otros. Una vez más, volvemos a la máxima de Rimbaud: la autoficción oscila y fluctúa permanentemente entre el yo y el otro. (Blanco, 2018, p. 5).

El texto autoficcional sería así, coincidiendo con las ideas psicoanalíticas de Doubrovsky, un espejo donde el autor puede mirarse, ver sus fallos y vacíos, y a través de esta forma de autoconocimiento, tener una imagen más verdadera de sí mismo:

La autoficción no solo me va inventando sino que me va corrigiendo, alterando, mejorando y a veces empeorando, construyéndome en un juego de construcciones infinitas. Finalmente, se trata realmente de una verdadera ingeniería del yo. (Blanco, 2018, p. 9)

El escritor español Javier Cercas, en su artículo “Vidas hipotéticas” (2014), y también en diversas entrevistas, esgrime ideas muy cercanas a las que manifiesta Blanco. Para él, en un texto autoficcional, existe un yo que, pese a los elementos inventados o ficcionales, resulta verdadero, pero no porque, como es evidente, todo lo referido sea cierto, sino porque ese yo despliega la “verdad” de sus potencialidades. Nos encontramos frente a un “yo hipotético”, es decir, un yo que quizá no se realice tal cual es en un entorno fáctico, pero que sí lo hace vicariamente en el texto. Lo que hace ese yo puede no haber sucedido nunca en los hechos, pero constitutivamente tiene la capacidad de hacerlo; es una dimensión real del autor real, que acaso nunca se exprese en acciones, pero que, en el mundo ficcional, se presenta en pleno ejercicio: tiene allí su espacio de realización. En suma, el autor no está tal cual en el texto, pero sí una parte de sí mismo -acaso oculta, acaso contenida- que se posesiona de la experiencia relatada y la lleva por caminos que el autor hubiese tomado si esa parcela de sí mismo dominara esa multiplicidad de yoes de la que habla Blanco.

Cercas condensa sus ideas diciendo que este proceso sucede igual en los lectores:

Así funcionan las novelas; tanto para quienes las escriben como para quienes las leen, eso son: vidas hipotéticas, caminos que nuestra existencia pudo seguir y no siguió o aún no ha seguido. Y para eso necesitamos las novelas: para vivir de mentira lo que no pudimos o no quisimos vivir de verdad, para enriquecer nuestras vidas, para ensayar el futuro y prepararnos para él o protegernos de él, para vivir del todo. (Cercas, 2014, p.3)

Manuel Alberca, en su libro “El pacto ambiguo”, señala también cómo este yo autoficcional, a pesar de tener elementos no reales, no deja de ser de alguna forma el yo “verdadero” del autor:

El yo autoficcional es un yo real e irreal, un yo rechazado y un yo deseado, un yo autobiográfico e imaginario. (...) No renuncia a nada, pues está abierto a toda clase de metamorfosis personales y de suplantaciones fantásticas, que le convierten en otro sin dejar de ser él mismo, es decir, sin dejar de saber que yo es y no es otro. (Alberca, 2017, pp. 207- 208).

2.4. La autoficción como espacio de diálogo y crítica

En consonancia con esta peculiar pretensión de autenticidad a través de la autoexploración y la “vida hipotética”, es posible decir que la autoficción y sus características

más propias -como son la hegemonía de la primera persona en el relato, el tono introspectivo y a menudo digresivo, o la predominancia de lo reflexivo y fragmentario sobre lo diegético y episódico- permiten establecer un espacio de diálogo y crítica con los lectores.

En este sentido, respecto a la autoficción que se escribe y lee en el mundo hispánico, resultan interesantes las ideas vertidas por la investigadora mexicana Angélica Tornero (2011). Para ella, tal como sostiene en su artículo “Singularidades e intermediaciones en la constitución del sujeto transmoderno latinoamericano”, la autoficción es un lugar donde se configuran lo que ella denomina “singularidades”. Así, en las obras de este tipo,

“el autor construye un lector implícito con que el lector real establecerá una relación que trasciende la necesidad de comprobar el carácter de verdad de lo que ese yo dice, porque lo importante es qué se habla, se evidencia o se denuncia”. (Tornero, 2011, p.136).

En otras palabras, no se trata de quedarse en el límite de la ambigüedad, sino cuestionar certezas respecto de la situación histórico-social que se vive.

Bajo esta mirada, Tornero (2011) analiza una serie de novelas -de Fernando Vallejo, Rodrigo Rey Rosas, Roberto Bolaño, Pedro Juan Gutiérrez y Juan Manuel Vásquez- en las que estos autores, tomando como referente un contexto real acerca de sus sociedades, movilizan documentos de cultura y ponen en evidencia atrocidades, injusticias sociales, abusos de todo tipo ocurridos en nuestra contemporaneidad.

La autora parte, entonces, de una propuesta de recepción de la autoficción en la que no importa tanto la configuración de un yo en el texto, sino la relación que establece ese yo con el otro en la lectura, es decir, en el vínculo dialógico y social. Así:

No se trata de un yo que, primordialmente, busca dentro de sí mismo otros yoes reflejos en espejo o desplazamientos de su yo. Este yo configura constituciones narrativo-semánticas de la relación yo-otro, como encuentro dialógico, en el marco de un contexto del texto, con personajes, tiempos y espacios que tienen un correlato real, sin que importe la referencia o la cualidad de sinceridad o verdad de lo que se dice, porque el narrador no lo hace desde la certeza del yo-autor que sabe de lo que habla a priori, sino con la actitud de quien quiere comprender quién es a partir de la narración misma (que incorpora al otro) y desde el contexto histórico del que se habla. (Tornero, 2011, p.138)

Como parte de su propuesta, esta autora mexicana distingue ciertas estrategias de escritura presentes en los textos autoficcionales. En primer lugar, se halla la ya mencionada configuración de singularidades, es decir, son textos en los que los escritores conforman

lectores implícitos con los que los lectores reales establecerán una relación de yo-tú-nosotros, social y cultural, comprendida en una particular circunstancia de tiempo y espacio. En segundo lugar, se insertan otros medios (el discurso de archivo -fotografías, documentos, recortes periodísticos, objetos, fotogramas- que convive con el discurso literario) y esos medios, yendo más allá del juego de la ambigüedad, señalan situaciones injustas, atroces o dolorosas, que provocan en el lector un esfuerzo de comprensión crítica de su propia situación. Esto significa que no solo lo acerca a aspectos hasta entonces ocultos de una determinada construcción histórica y social, sino que hace se entienda a sí mismo desde ese contexto. En tercer lugar, al insertar el discurso de archivo, se conforma un “no-archivo” o “contra-archivo” que permite leer la historia a contrapelo, es decir, cuestionando las versiones que los lectores tenían previamente sobre los hechos narrados.

Un ejemplo reciente de un texto en que se cruzan estas estrategias es *La dimensión desconocida* de la chilena Nona Fernández (2016). Allí encontramos una narradora homónima de la autora que no solo se vincula a través de cartas con un torturador -Andrés Valenzuela Morales - que confesó sus crímenes, se arrepintió y se exilió, sino que trata de entrar en su mundo interior, en su realidad cotidiana, así como también en la de las víctimas de la dictadura pinochetista, relatando sus vidas pero también recogiendo documentación sobre el horror vivido en Chile durante aquellos años. Paralelamente, este alter ego de la autora cuenta detalles de su vida personal como madre, dramaturga y narradora, y se pregunta qué hizo en los tiempos de la violencia y qué hace ahora en que existe una memoria colectiva oficial, pero se mantienen ocultas pero bullentes las pequeñas memorias individuales, todo lo cual lleva al lector a reflexionar sobre su propia actuación en las etapas de muerte y tortura por las que han pasado y pasan todas las sociedades. La dimensión desconocida es, así, ese espacio donde el valor de lo humano se pierde en manos de los victimarios, pero es también esa zona inexplorada de la memoria que es propia de las víctimas y sus descendientes.

Un caso similar es el de novela *El ruido de las cosas al caer* del colombiano Juan Gabriel Vásquez (2011), cuyo narrador-protagonista es Ricardo Yammara, un trasunto del autor en tanto comparte con él características como ser un exestudiante de Derecho ahora dedicado a escritor, ser el padre de una niña, etc. Yammara cuenta cómo un día, estando en una calle bogotana, fue abaleado en una pierna mientras su ocasional acompañante, Ricardo Lavalle, fue asesinado. Este hecho lo lleva a descubrir que Lavalle fue décadas atrás piloto para el narcotráfico y a investigar todo el mundo de violencia, legal e ilegal, que hay detrás de esta red de corrupción y mafias que tan fuertes raíces ha echado en Colombia. Los hombres de a pie

como Yamara no son parte del narcotráfico, pero se mueven bajo su influencia, respiran su aire de violencia, viven bajo el miedo, situación que no les es ajena a los ciudadanos de muchas sociedades latinoamericanas.

Las estrategias anotadas por Tornero apuntan no a pensar tanto en la inestabilidad entre la ficcionalidad del yo y la documentación histórico-social, sino en la manera en cómo son leídas, interpretadas y apropiadas las novelas de autoficción por los lectores latinoamericanos. Al mostrar atrocidades y vincularse con ellas, esos lectores pueden formarse como sujetos críticos que desmitifican y deconstruyen ciertos momentos históricos, y pueden, a partir de allí, repensarse como agentes éticos y políticos. Dicho de otro modo, en estos libros se promueve “la construcción de sujetos sociales, conscientes del pasado, críticos de cara a este pasado y, eventualmente, propositivos frente al futuro.” (Tornero, 2011, p.154)

2.5. La autoficción como expresión de la vida

Otra lectura interesante acerca de la autoficción es la que realiza el crítico argentino Alberto Giordano (2013). Este investigador propone que la autoficción es uno de los medios más fecundos para expresar las relaciones entre literatura y vida; más aún, sostiene que este tipo de textos puede expresar la vida con más fuerza que los escritos autobiográficos.

Giordano empieza su propuesta recordando que las escrituras del yo suelen ser sometidas “al juicio descalificador de algunos espíritus excesivamente morales, que recelan de su impudicia o de la plasticidad con que se prestan a la satisfacción de impulsos egocéntricos.” (2013, p.3). Esto se explica por la propia existencia de textos con esas características, pero también por el concepto de autofiguración que introdujo, en el campo de la crítica latinoamericana, la argentina Sylvia Molloy (1996). Según esta autora, los escritores, en este tipo de textos, proyectan imágenes de sí mismos que les permitan ser reconocidos; esas autorrepresentaciones son inter y trans subjetivas, es decir, dirigidas a otros y desde otros en tanto existen imaginarios sociales que determinan, en cada época, qué es lo deseable o aceptable. Así, Giordano acepta que, en ciertas circunstancias, la presión de inclinaciones íntimas -vinculadas con el narcisismo o la imposición de una imagen como objeto de consumo- lleva a la ruina a estos procesos autoconfigurativos, porque “la distancia entre el sujeto de la enunciación confesional y la subjetividad que supuestamente lo representa se vuelve escandalosa.” (2013, p.4).

No obstante, para este investigador, si se salva este riesgo, las escrituras del yo y, en particular, la autoficción pueden tener una potencia literaria especial vinculada a la expresión de la vida. En estos textos, hay una forma de intimidad en la que se habla de lo desconocido,

lo cual está estrechamente ligado al arte de contar la vida y la posibilidad de transmitir emociones y sentimientos en estado puro. Lo que se produce en este tipo de textos es el paso de la vida a través del lenguaje, de la literatura.

Ahora bien, según Giordano -que hace suyas las ideas deluzianas sobre este tema-, la vida es algo impersonal, algo que va más allá de lo humano:

... la vida no es un atributo personal, sino el acontecimiento impersonal de potencias anómalas que fuerzan y descomponen los parámetros antropocéntricos en el (sin) sentido de lo extraño. (p.9) Es decir, la vida constituye algo indeterminado, mutable, que nos contiene y a la vez nos excede porque no podemos dominarla en una “categoría ordenadora de la experiencia”. (2013, p.7)

Esta idea de lo que es la vida logra manifestarse “en las grietas de los procesos autoconfigurativos, cuando se desencadenan las fuerzas exploratorias del acto autobiográfico, porque el lector entra en intimidad con la intimidad excesiva de los impulsos vitales.” (Giordano, 2013, p. 10)

Y aquí aparece el tema de las necesidades expresivas, las cuales son impulsadas por la vida y no siempre son las mismas. No es lo mismo escribir una autobiografía, una novela a secas y una autoficción. En la primera, hay una clara voluntad de acercar lo más posible vida y literatura; en la segunda, el vínculo es distinto y puede tender a la disociación; en la tercera, sucede algo peculiar por el principio que le es constitutivo: la ambigüedad. No obstante, para Giordano, la condición de esta última le da una gran potencia para manifestar la vida:

La vida que provoca la escritura y la precipita en el dominio fascinante de lo ambiguo (allí donde el autor es y no es el narrador-protagonista, sin que ningún pacto de lectura pueda resolver la situación de una vez y para siempre) actúa con más fuerza si la vida que se escribe es menos la de alguien, una suma de atributos subjetivos ciertos o falsificados, que una vida impersonal, un proceso transitivo que desapropia al autor de su identidad y su estatuto porque lo somete, aquí o allá, a la experiencia de la otredad radical, la íntima distancia respecto de sí mismo (aunque todo lo que cuente sea verdad). (2013, p.12)

Lo anterior señalaría la mayor capacidad de la autoficción frente a la novela a secas para expresar la vida. Y Giordano cree que esa mayor capacidad se presenta también frente a los textos autobiográficos:

Podemos sostener que la autoficción corrige los vicios humanistas del relato autobiográfico porque es capaz de potenciar las fuerzas de lo ambiguo hasta el límite de sus posibilidades... (2013, p.12)

El resultado de ello es que, en la autoficción, la vida puede mostrarse en toda su complejidad, complejidad que supera a la de la propia experiencia del autor:

El poder del relato ambiguo consiste en explorar posibilidades anómalas de lo autobiográfico, imaginarias y desplegarlas narrativamente, manteniendo un vínculo estratégico con las reglas de la verosimilitud, para que orienten y no limiten la invención de formas de vida más complejas, o más ricas, que las que solo nos permiten pensar la pura identificación con lo ficticio o con lo factual, formas que encauzan los desplazamientos de la indefinición. (Giordano, 2013, p.13)

Si tuviéramos que resumir las interesantes ideas de Giordano, podríamos decir que, en la autobiografía, el autor se restringe a la parcela de vida que le ha tocado vivir; en la novela a secas, las ilimitadas posibilidades de la imaginación lo pueden alejar de su experiencia, es decir, de la vida; y en la autoficción, lo que hace es poner su vida, con todas sus limitaciones, pero también con todas sus posibilidades, como punto de partida para explorar algo que lo trasciende en todo sentido y que, a la vez, es parte esencial de todos: la ingobernable e inconmensurable vida.

2.6. El solecismo exitista, la intimidación inofensiva y otros cuestionamientos

Pese a todos los atributos antes mencionados, la autoficción ha sufrido una serie de cuestionamientos, sobre todo en estos últimos años en que surgen aquí y allá obras de este tipo. En una suerte de alegato titulado “Manifiesto contra la autoficción”, el escritor catalán Iban Xaldua (2018) enumera las principales objeciones a este tipo de discurso: no se respeta el pacto autobiográfico, por lo cual el escritor se arroga el derecho de establecer mentiras y fantasías que confunden al lector sobre “la verdad”; se trasgrede el pacto novelesco, con el peligro de incorporar elementos flojos o de poca relevancia literaria; se acrecienta la natural tendencia del escritor a pensar que su vida necesariamente es interesante y, con esa misma idea, se corre el riesgo de literaturizar la propia existencia en lugar de vivirla, en desmedro además de la documentación e investigación que nutren a los textos valiosos; se inocula una tentación contagiosa que no solo toca a la ficción sino que se extiende al columnismo e incluso a la crítica literaria; se promueve la creación de imágenes siempre positivas, buenas o complacientes del autor; se corre el riesgo de poner la figura del autor por encima de la obra, al punto de que este se convierte en una “marca” que opera con estrategias de marketing; y se soslaya o deteriora

la capacidad de la literatura para mostrar el mundo social y cuestionarlo desde adentro, y se prefiere en cambio el solipsismo más egotista del yo.

Coincidiendo con varias de estas ideas, el escritor y reseñista periodístico Alberto Olmos (2017) ensaya también una diatriba en contra de la autoficción. Este autor afirma que “lo que empezó como un brillante ejercicio de reformulación narrativa ha acabado en un desaguisado egocéntrico que no puede sino ahuyentar a los lectores”. (2017, p.2)

Olmos sostiene que si el modernismo representó un juego o una exploración de los elementos básicos del relato, la postmodernidad es el juego o exploración de la recepción. El peso recae ahora en la figura del lector y, ante ello, se le plantean los juegos de verdad y ficción, juegos que se realizan con mayor éxito en la autoficción. Esta tendencia, postula Olmos, ha dado obras de valor, como las de Emmanuel Carrère, Karl Knausgard o Javier Cercas, pero se ha convertido en una moda que conduce al ensalzamiento del ego de los autores y el empobrecimiento literario. Acicateados por su presencia en las redes sociales, los autores proponen tramas donde construyen su supuesto éxito literario: “Escribo para que te creas que soy escritor, para creérmelo yo mismo”. (2017, p.3)

Olmos dice también, con su acostumbrado tono irónico, que existen ciertas estrategias en esta “autoficción degradada”, las que pasa a enumerar:

Decir siempre que uno “solo sirve para escribir”, hacer que los demás personajes te apelen como escritor, incluir algún viaje transoceánico para dar una charla en un festival donde también asistan escritores consagrados (dar sus nombres), ¡sacar a tu novia por su nombre de pila! (esto es muy importante), abusar del posesivo de primera persona (“mi editor”, “mi agente”...), así como transformar cualquier verbo de acción en un verbo que sugiera a los lectores que el universo gira en torno a ti (nunca “fui”: “me llamaron”; nunca “llegué”: “me recibieron”...) y, sobre todo, disponer de una potente excusa narrativa para levantar todo este tinglado egomaniaco (algo grave, por ejemplo, la muerte del padre). (2017, p.4)

En esta suerte de autopromoción, faltarían rasgos como la empatía, la ironía o la modestia, las cuales resultan capitales en la relación con el lector:

La autoficción como autopromoción, como vehículo de vanidades, no puede sino ahuyentar a los lectores. ¿Quién quiere leer un libro sobre lo mucho que el autor se gusta

a sí mismo? Sin embargo, llevo dos semanas leyendo libros, manuscritos y artículos de autores que se gustan mucho a sí mismos. Sin ironía (como aquel “Yo. Yo. Yo. Yo.” con el que empezaban los *Diarios* de Gombrowicz); sin empatía (como la que sentimos por el Javier Cercas de *Soldados de Salamina*, solo, sin trabajo y deprimido); sin modestia (no conozco buena literatura cuyo único presupuesto sea la soberbia). (Olmos, 2017, p.4)

Al igual que Xaldua, Olmos lamenta que el yo autoficcional se quede en el solicismo y no trascienda a la identificación y el diálogo con el otro:

Así las cosas, ¿cómo distinguir el “yo” mercadotécnico del auténtico “yo” literario? En realidad, es muy fácil: con el segundo sientes que el autor habla de ti. Decenas de autores hoy en día parten de la premisa: “Lo yo cuento interesa porque trata de mí”, cuando la literatura autobiográfica interesa porque, bien hecha, trata de todos nosotros. Es la diferencia entre lo doméstico y lo íntimo (que es lo universal). El yo del nosotros: ese es el “yo” que estamos perdiendo. (2017, p.5)

Dentro de este conjunto de críticas, nos parece del mayor interés la que esboza la escritora e investigadora argentina Tamara Kamenszain (2017). En su propuesta, esta autora pasa revista a un corpus de libros de poesía y narrativa actuales a partir del concepto de intimidad, muy ligado, como hemos visto, al discurso autoficcional. “Con una búsqueda que intenta insuflarle vida al adelgazado yo enunaciativo del formalismo”, se ha dejado de lado el “yo y el mundo” para pasar a un plano en el que “el yo y el mundo se confunden”. (2017, p.3)

Es una especie de post-yo que, liberado de las disquisiciones acerca de su posición en el texto, se hace presente, irrumpe alegremente, pero ya no a la manera centralista y autoritaria de aquel incuestionado yo autoral, sino en un estado de apertura tal que, salido de sí, confunde sus límites con que el mundo se hace presente en esa operación. (Kamenszain, 2017, p. 11)

En la poesía se recurriría ahora a los tiempos pretéritos -aliados indiscutibles de la narrativa- para así remarcar su historicidad. Contrariamente, en la narrativa, abundaría la primera persona, en lugar de la tradicional tercera persona, y su sello distintivo sería el empleo del tiempo presente, un tiempo que se actualiza de la misma forma en que lo hacen las redes sociales.

Con respecto a este tiempo presente como cauce central del texto o punto en el que convergen los otros tiempos verbales empleados, su recurrencia explicaría que se suele elegir el diario como formato discursivo, lo cual se puede ver en muchos libros autoficcionales, como es el caso de *Formas de volver a casa* de Alejandro Zambra, novela analizada por Kamenszain y en la que una voz narrativa adulta, con el mismo nombre del autor y utilizando el tiempo presente del diario, se propone entender su infancia en los tiempos de la dictadura pinochetista, a la vez que da cuenta del propio proceso de construcción de su texto.

Tal vez sea por eso, según esta investigadora, que:

equidistantes de la prosa y la poesía, ciertos textos con los que hoy nos encontramos se sienten cómodos tomando, de un modo o de otro, el formato del diario, único artilugio narrativo que los reenvía desde el pretérito al presente íntimo de la poesía. (Kamenszain, 2017, p.24)

Para Kamenszain, el resultado de estas operaciones es el surgimiento de una intimidad empobrecida. Es una “intimidad inofensiva” que no profundiza en los contenidos y que, más aún, ha desterrado la idea de una voluntad reivindicativa. A diferencia de lo que ocurría con los grandes relatos propios de la modernidad, en la literatura posmoderna de hoy ciertos procesos culturales -como los de la militancia, la memoria o el testimonio- parecieran no existir. Lo que prima, más bien, es una variedad de temas abordados desde la superficialidad:

Estamos ante una inclusión que no pretende profundizar en ciertos contenidos en detrimento de otros. Tampoco pretende, como sí lo buscaban las vanguardias, descolocar cualquier pretensión de profundidad esencialista. Ahora se trata de rozar superficialmente la mayor cantidad de contenidos con el solo fin de incluirlos. Eso sería hoy la intimidad, una tarea inclusiva y, se podría agregar, inofensiva. (2017, p. 45).

Kamenszain se refiere a un término muy asociado hoy a la exposición de la intimidad, la *extimidad*, pero no lo utiliza como una exhibición de lo íntimo en el espacio público, sino a la manera lacaniana: lo más íntimo habita afuera, como un cuerpo extraño, difícil de aceptar para el mismo sujeto porque no le resulta fácil de reconocer. Según Lacán, las heces y la voz serían ejemplos perfectos de lo “real éxtimo.” (1988, p. 188).

En consonancia con lo que critica Olmos, lo importante en este tipo de textos sería mostrarse, afirmarse como un yo que “sale al exterior” y deja una huella sin mayor trascendencia. Este *post-yo* sería una suerte de *post-yo emoticón*. Según Kamenszain:

Es que del yo central prevanguardista cuya metafóricidad lo acercaba a los dioses, pasando por el yo descentrado de las vanguardias cuyo vaciamiento propició la centralidad de la escritura, este nuevo yo *emoticón* asienta su realidad solo en el hecho físico de afirmarla. (2017, p.53).

En definitiva, si la autoficción es una forma de la escritura del yo, este se presentaría ahora en el reino de la banalidad, del desapego al contexto histórico y sus temas cruciales, con una voluntad solo de ejercitarse, de mostrarse íntimamente ya no para preguntarse *quién soy*, sino para decir *aquí estoy*. Algo que también podemos ver actualmente en las redes sociales y de cuya lógica no se escapan muchos escritores.

Queda claro entonces que la autoficción puede ser un medio para expresar la vida y una cierta forma de verdad, así como para interiorizar situaciones colectivamente significativas, con una conciencia crítica y reflexiva, pero al mismo tiempo, como señalan los autores citados en este apartado, puede ser una plataforma para el exhibicionismo de una intimidad que no busca avanzar más allá de su propio ego y que se sustrae del componente histórico y social, vinculante con la comunidad, propio de la literatura.

CAPÍTULO III

Esta casa vacía, una propuesta a partir de las posibilidades del discurso autoficcional

En este capítulo nos proponemos mostrar cómo la escritura de la novela *Esta casa vacía* potenció sus alcances mediante el aprovechamiento de las mejores posibilidades que ofrece la autoficción. La idea central de esta sección es que una novela autoficcional puede ser una construcción narrativamente efectiva y socialmente significativa a condición de que se trabajen en ella no solo los elementos autorreferenciales sino aquellos formales y de contenido que caracterizan a la literatura de calidad.

3.1. El gatillador

Como sabemos, la literatura puede tener un contenido ficcional o no, es decir, puede estar basada en hechos reales o verificables o no. Sin embargo, no pocos autores afirman que, en mayor o en menor medida, sus creaciones parten del territorio de la experiencia, lo cual no implica hacer un relato rígido o inexpresivo de lo vivido ni dejar de lado la imaginación. Lo imaginativo, lo creativo, está en lograr que ese relato sea interesante, es decir, en la mirada que se imprime sobre las cosas -a veces muy trilladas o muy pedestres en sí mismas- y en la voz y el lenguaje con que esa mirada se expresa y puede hacerse perdurable. La realidad no tiene la obligación de ser interesante; la literatura, sí, sentenciaba Borges. La experiencia entonces, si va a ser tomada como punto de partida, debe ser sometida a una serie de transformaciones, de fondo y forma, por lo cual coincidimos con la idea del escritor indio y Premio Nobel de Literatura de 2001 V. S. Naipaul (2002), quien, en su libro *Leer y escribir*, sostiene que la escritura literaria, incluso aquella que no parece muy vinculada al autor, es una *experiencia transformada*.

Nos explicamos: la experiencia, tal como la entendemos, no se refiere solo a la vivencia de ciertos hechos verificables; puede estar vinculada a lo leído o lo visto o a aquello que hemos deseado o temido, es decir, a las latencias de nuestro mundo interior. Por ejemplo, alguien podría escribir un texto realista y autorreferencial a partir de la experiencia de la pérdida de su padre, pero también alguien podría componer un texto fantástico o maravilloso sin tener un vínculo aparente con su biografía, aunque, si miramos bien, las emociones que hallamos en ese texto (el dolor, la soledad, etc.) sí son parte de la experiencia del autor.

Creemos que de lo que se trata, en el fondo, es de escribir sobre aquellos temas que realmente nos conciernen, aquellos que han dejado una impronta o un sedimento en nuestra experiencia y que, como recuerda Vargas Llosa (2006), reclaman una expresión:

En cuanto a los temas, creo que el novelista se alimenta de sí mismo, como el *catoblepas*, ese mítico animal que se aparece a San Antonio en la novela de Flaubert (*La tentación de San Antonio*) y que recreó luego Borges en su *Manual de la zoología fantástica*. El *catoblepas* es una imposible criatura que se devora a sí misma, empezando por sus pies. En un sentido menos material, desde luego, el novelista está también escarbando en su propia experiencia, en pos de asideros para inventar historias. Y no solo para recrear personajes, episodios o paisajes a partir del material que le suministran ciertos recuerdos. También, porque encuentra en aquellos habitantes de su memoria el combustible para la voluntad que se requiere a fin de coronar con éxito ese proceso, largo y difícil, que es la forja de una novela.

Me atrevo a ir algo más lejos respecto a los temas de la ficción. El novelista no elige sus temas; es elegido por ellos. (...) Mi impresión es que la vida —palabra grande, ya lo sé— le inflige los temas a través de ciertas experiencias que dejan una marca en su conciencia o subconciencia, y que luego lo acosan para que se libere de ellas tornándolas historias. (p. 23)

Así, para la escritura de la novela *Esta casa vacía*, la materia prima ha sido la experiencia, la biográfica ciertamente, pero también aquella no tangible y que forma parte de la geografía emocional del autor: el miedo, la frustración, el deseo, la sensación de pérdida y de vacío, etc. Todo este material ha sido reelaborado literariamente y, en ese proceso, han tenido un papel importante los recursos autoficcionales revisados en el primer y segundo capítulo de este trabajo.

3.2. La historia

La novela es considerada un género aglutinante, expansivo, pero es, ante todo, una forma de narración literaria. Existen muchas formas de definir sus elementos y la manera en que estos se vinculan. Nosotros emplearemos tres conceptos ampliamente difundidos por la narratología y que nos parecen muy útiles: la historia, el relato y la narración. La historia es el conjunto de acontecimientos, el contenido de la narración que, al menos en su versión canónica o convencional, debe cumplir con una estructura básica: introducción, nudo y desenlace. En una novela, el nudo está dado por el conflicto, asociado de una manera profunda con el o los

personajes protagónicos, a diferencia del cuento donde, a pesar de poder contar con personajes bien delineados y contruidos, el conflicto suele ser lo primordial.

Existen muchos tipos de conflicto (el del protagonista y su mundo interior, el del protagonista con su entorno o la sociedad, o el del protagonista contra una fuerza superior, como es la muerte, la naturaleza, el destino, etc.); pero, en general, podemos decir que se trata de una lucha de fuerzas antagónicas que genera una circunstancia de inestabilidad, inestabilidad que hace que una historia genere interés y que nos lleva a pensar en varios desenlaces o soluciones posibles. Todo ello sin caer en lo predecible, es decir, creando una expectativa constante que se frustra porque el lector no llega a vislumbrar el final sino hasta que este se produce.

El relato es la forma en que la historia se presenta. En buena cuenta, es el significante o el enunciado del contenido de la historia. En este ámbito se encuentran el narrador, el tiempo, las técnicas narrativas (como el dato escondido, las cajas chinas, las historias paralelas, el monólogo exterior o interior, los diálogos telescópicos, etc.), la construcción de personajes y otros aspectos que contribuyen a lograr un texto redondo y persuasivo: el párrafo de inicio, el párrafo de cierre, las técnicas expresivas, etc.

Finalmente, la narración es la acción verbal por la cual una historia se convierte en relato; es decir, es el hecho narrativo.

En *Esta casa vacía*, la historia es la siguiente: Giovanni Perleche, un profesor cuarentón, tiene una relación compleja y fracturada con Micaela. Se conocen en una academia en la que él es profesor y ella tutora, se hacen enamorados y están a punto de casarse cuando él comete una infidelidad con Tamara, una joven alumna de una institución en la que él enseña un seminario de redacción. El descubrimiento de esa infidelidad por parte de Micaela ocasiona el rompimiento, pero luego de un periodo difícil para ambos, regresan y deciden convivir. Este segundo momento de su relación parece más auspicioso hasta que nace el pequeño Tadeo, con una serie de problemas de salud. En estas circunstancias todo se complica: Micaela, muy exigida por el cuidado de la salud del niño, se refugia en la religión; Giovanni, obligado a trabajar más para poder solventar los tratamientos de su hijo, se aferra a las drogas y a una relación paralela con una secretaria, Ingrid, para así sortear una rutina extenuante que lo lleva a dictar más de sesenta horas a la semana e, incluso, a hacerlo en un colegio de alumnos expulsados. Un elemento agravante y central surge cuando, en esta segunda etapa, Giovanni y Micaela emprenden la construcción de un departamento en el jardín de la casa de sus suegros,

con quienes tienen un vínculo ambivalente: la suegra, la señora Elena, los apoya; el suegro, del que nunca sabemos el nombre, es un obstáculo pernicioso que incordia sobre todo a Giovanni. En medio de ese mundo de tensiones, Giovanni vive un infierno personal (no puede dormir, siente sudores, palpitaciones y el entumecimiento de las piernas, malestar que vinculará después a su relación con Ingrid) y, en un día terrible en el que tiene un incidente con los alumnos del colegio y choca con el carro, al volver a su casa violenta a su pequeño hijo, lo cual provoca que Micaela se vaya del departamento y se lleve con ella a Tadeo. Solo, sin poder encontrar el paradero de su familia, Giovanni se ve obligado a dejar su casa y a irse a vivir al departamento que ha dejado desocupado su amigo Dante, quien reside en el extranjero. En ese espacio es donde escribe el libro que leemos a manera de una confesión, y en ese espacio también se da el encuentro con una anciana y sus dos pequeños nietos a los que ayuda cuando estos son expulsados del mercado en el que viven y trabajan. Las últimas líneas del libro señalan la esperanza de Giovanni de que su hijo, algún día, lea aquello que ha escrito.

3.3. El relato

3.3.1. El narrador

Sabemos que el narrador es la construcción más importante en un texto narrativo. Demetrio Estébanez (1999), en su *Diccionario de términos narrativos*, lo define de esta manera:

El narrador es el sujeto principal e imprescindible a partir del cual se configura un relato. Si todo relato es la narración de una historia, el productor del mismo es el narrador, que es quien cuenta los hechos de esa historia, presenta a los personajes, los sitúa en un espacio y tiempo determinados, observa sus hechos externos y su mundo interior, describe sus reacciones y sus comportamientos, y todo ello desde una perspectiva determinada que condiciona la comprensión de esta historia narrada, por parte del receptor de ese relato. (p. 712)

Es más, cualquiera sea la perspectiva que él adopte, el narrador es el primer personaje que se crea en un texto narrativo. Vargas Llosa (2006), nos lo recuerda con estas palabras:

Para contar por escrito una historia, todo novelista inventa a un narrador, su representante o plenipotenciario en la ficción, él mismo una ficción, pues, como los otros personajes a los que va a contar, está hecho de palabras y solo vive por y para esa novela. Este personaje, el narrador, puede estar dentro de la historia, fuera de ella o en una colocación incierta, según narre desde la primera, la tercera o la segunda persona gramatical. Esta no es una elección gratuita: según el

espacio que ocupe el narrador respecto de lo narrado, variará la distancia y el conocimiento que tiene sobre lo que cuenta. (p. 41).

En el caso de *Esta casa vacía*, en concordancia con la mayoría de los textos de autoficción (aunque los hay en tercera persona), se emplea un narrador homodiegético, un narrador-protagonista, es decir, en primera persona. Así, Giovanni Perleche es la voz mediante la cual conocemos su historia, así como la de los personajes que lo rodean.

Este tipo de narrador presenta ciertas limitaciones (es un punto de vista restringido en el tiempo y en el espacio, así como en el conocimiento de otras psicologías), pero, sin embargo, por la poca distancia con los hechos narrados, establece una rápida conexión con el lector, más aún si va asociado a una fuerte carga emotiva y a ese tono de confesión que permite abortar situaciones dolorosas, oscuras o vergonzantes. Un narrador así, bien manejado, tiene un gran poder de persuasión, lo cual le confiere altas cotas de verosimilitud al relato. No obstante, como sucede en las perspectivas unidimensionales, es posible preguntarse si es verdad todo aquello que leemos. Como en todo relato en primera persona, puede haber exageraciones, escamoteos, miradas sesgadas e incluso flagrantes mentiras y tergiversaciones. Aun así, es posible que el lector sienta que, a pesar de esos vacíos, cambios o falseamientos producidos por quien recuerda o da un testimonio de parte, existe una verdad profunda en todo lo contado, aspecto que nos interesa especialmente y que, como veremos, es posible lograr mediante el uso de las estrategias autoficcionales.

3.3.2. El tiempo y la estructura

El tiempo es otra de las construcciones capitales del relato. Para la narratología, hay dos tipos de tiempo: el de la historia (objetivo, cronológico, computable en horas, días, meses, años) y el del relato o discurso (subjetivo, psicológico, con apariencia de objetividad pero creado y modificado por el escritor). Vargas Llosa (2006) describe de esta manera estos dos tipos de tiempo:

(Existe)... el tiempo real (que llamaremos, desafiando el pleonasma, el tiempo cronológico dentro del cual vivimos inmersos lectores y autores de novelas) y el tiempo de la ficción que leemos, un tiempo o transcurrir esencialmente distinto del real, un tiempo tan inventado como lo son el narrador y los personajes de las ficciones atrapados en él. Al igual que en el punto de vista espacial, en el punto de vista temporal que encontramos en toda novela el autor ha volcado una fuerte dosis de creatividad y de imaginación, aunque, en muchísimos casos, no haya sido consciente de ello. Como el narrador, como el espacio, el tiempo en que transcurren las novelas es también una ficción, una de las maneras de que se vale el novelista para emancipar a su

creación del mundo real y dotarla de esa (aparente) autonomía de la que, repito, depende su poder de persuasión. (p. 44).

El manejo del tiempo en un relato tiene, como es natural, inmediatas implicaciones en el empleo de los tiempos verbales. Son ellos los que nos señalan en qué orden temporal estamos.

En *Esta casa vacía* se presentan dos órdenes temporales. Utilizando como marco general el procedimiento de la confesión o del libro que se escribe como testimonio de vida, el relato está escrito desde un tiempo presente al que se le van interpolando escenas del pasado: desde el momento en que se conocen y se enamoran Giovanni y Micaela, pasando por el nacimiento y los consecuentes problemas de salud de Tadeo, hasta la construcción de la casa y la posterior separación. En el tiempo presente desde el cual se narra, en un principio Giovanni aparece solo, viviendo en el departamento de su amigo Dante, y luego, hacia el final del libro, lo vemos conviviendo en ese mismo espacio con la abuelita que limpia el edificio y sus dos nietos, Sebas y Sandrita. Entonces tenemos un doble movimiento: el del pasado que va siendo rememorado ordenadamente por el narrador, y el del presente que, iniciado en soledad, se transforma luego de que Perleche empieza la convivencia con la anciana y los niños. El punto que conecta ambos tiempos es el momento en que Tadeo es operado, pues esta escena se relata al inicio del libro y es vuelta a referir cuando los hechos del pasado llegan a ese punto y es a partir de allí que se continúa con la historia. El final es abierto: no sabemos qué pasará con Giovanni; si volverá con Micaela y Tadeo, si se mantendrá en convivencia con Sebas, Sandrita y la abuelita, o si se quedará definitivamente solo. Se admite incluso, por el fraseo y el tono ambiguos de las últimas líneas, la posibilidad de que Giovanni tome algún tipo de decisión trágica.

En cuanto a la estructura, la novela consta de dos partes. La primera se inicia con el recuerdo del mencionado nacimiento de Tadeo y acaba con el final de la construcción de la casa y el adelanto o prolepsis de la aparición de Paco Mendizábal, un viejo amigo de Giovanni de los tiempos en que dictaba en academias. La segunda parte comienza con la inauguración del departamento ya terminado y concluye el día en que Giovanni cumple años, se encuentra viviendo con la abuelita y sus nietos y da por finalizado el libro que, espera, sea leído en algún momento por Tadeo.

Un elemento destacable en la estructura de la novela es la incorporación de pequeños párrafos que contienen reflexiones sobre la experiencia de vida, aquello que algunos críticos llaman pensamiento literario y que, en este caso, sirve para abrir una secuencia o capítulo del

libro. Este recurso, como veremos más adelante, es uno de los más valiosos y distintivos en la construcción de los textos autoficcionales.

3.3.3. Estrategias narrativas

Como ya se ha mencionado, en el libro hay interpolaciones del tiempo pasado y, por ello, una de las estrategias narrativas más utilizadas son los flashbacks o analepsis. A lo largo del relato, se presentan una serie de retrocesos que se explican por esa mirada hacia sí mismo, esa forma de autoexploración que realiza el narrador-protagonista Giovanni Perleche.

Otra estrategia narrativa utilizada es la que acabamos de referir: la incorporación de reflexiones o pensamientos que encabezan capítulos o secuencias, punto sobre el cual nos detendremos en el siguiente subcapítulo. Asimismo, se insertan escenas que por sí mismas podrían constituir pequeñas historias autónomas, con un inicio y un final. Por ejemplo, la escena en que a Perleche se le malogra el carro y tiene un encuentro con un travesti. O aquella escena en que Giovanni asiste a un bar en el Centro y observa el beso apasionado de dos jóvenes escolares, situación que termina con el aplauso de todos los presentes. Estas historias, en muchas ocasiones, están puestas no solo para graficar un momento en la vida del protagonista (recordemos que en narrativa más importante que decir es mostrar), sino para producir una agilización del relato o un cambio de perspectiva o de tono.

Una estrategia que también encontramos en la novela son los adelantamientos o prolepsis. El narrador menciona hechos que pasarán luego o se desarrollarán después. Esto, como se sabe, tiene el propósito de aguijonear el interés del lector para que no abandone la lectura. Por ejemplo, la primera parte de la novela concluye con una aparente vuelta a la tranquilidad luego de Perleche modifica su decisión de no continuar con la construcción de la casa. Sin embargo, en las últimas líneas de esta primera parte, se anuncia que aparecerá un viejo amigo que hará que la vida de Perleche dé un nuevo giro: se trata de Paco Mendizábal, quien será el nexo para que el narrador trabaje en un colegio de alumnos desadaptados, donde conocerá a otra de sus amantes, Ingrid. El adelantamiento se enuncia así:

Yo aún podía tener cierto control sobre mi destino.

Yo aún podía tener una vida posible.

No obstante, me estaba equivocando, porque no sabía que Paco Mendizábal y su mundo volverían a cruzarse en mi camino. (García, 2017, p.76)

En este caso, la estrategia del adelantamiento aparece a manera de un *cliffhanger*, denominación que se emplea para aquellos momentos que son dejados en suspenso al terminar un capítulo o escena y que llevan al lector a continuar inmediatamente con la lectura.

Otra estrategia empleada es la de la focalización interna, es decir, parte de la historia es contada desde la perspectiva de un personaje secundario. Esto se produce, por ejemplo, en la larga conversación que sostiene Perleche con su suegra, la señora Elena. Luego de anunciado el diálogo, empieza una suerte de monólogo escrito en tercera persona. Es decir, en apariencia la narración se presenta de manera indirecta, pero la focalización volcada hacia la perspectiva de la suegra produce el efecto de un monólogo. Veamos un fragmento para poder apreciar dicho efecto:

No puedo continuar sin explicar quién era realmente mi suegro. Micaela, como siempre muy reticente, me había contado algo, pero sería su mamá quien, en una tarde de larga conversación, me mostraría el panorama completo. *¿Cómo era que lo había conocido? Ella había venido recién de Tarapoto y trabajaba en Sears, una de las primeras tiendas por departamento que se habían abierto en Lima y por su buen desempeño, a pesar de no contar con estudios superiores, había llegado rápidamente a ser administradora del local principal. Un día, al entrar a su oficina, lo esperaba el representante de una marca española que quería colocar sus productos en la cadena. Era él.*

Le debía de doblar la edad, pero igual le gustó. Su vestimenta elegante, su forma pausada de hablar, las referencias que hacía con naturalidad sobre ciudades y gentes interesantes, incluso hasta su físico algo subido de peso, todo eso le pareció atractivo. Y seguramente ella también debió de parecersele a él -cosa que no era infrecuente, a decir verdad, pues era y es una mujer guapa-, porque a los pocos días la llamó para invitarla a almorzar. Claro que aceptó. Y discreta y práctica como es, no se lo comentó a nadie. Fue un encuentro agradable, preludio de muchos otros. A los dos meses ya habían conocido a sus respectivas familias y se habían hecho formalmente enamorados. Antes del año ya estaban casados. Luego vinieron la luna de miel en Europa, el departamento en Santa Catalina en el que vivieron los primeros meses, la casa nueva en Surco a la que se mudaron antes de que naciera su primer hijo, Eduardo. Y allí, en ese espacio al que vieron crecer, sobrevino una tarde el horror. Ella le había servido la comida, como siempre, y al hacerlo le detectó una mirada esquiva y una mueca rara. Se sentó a su lado para acompañarlo y cuando le comentó cómo le había ido en el trabajo, no obtuvo respuesta. Entonces se oyó el llanto del niño, el llanto típico de un bebé de meses. “Cállalo”, le dijo él. Ella lo obedeció, como siempre. Se fue corriendo al cuarto para calmar a su pequeño. Cuando lo logró, volvió al comedor. Pero al rato se volvió a

escuchar el llanto. “Te dije que lo callaras, mierda”, rugió más fuerte su marido. No tuvo tiempo de hacer nada porque casi al instante recibió un puñetazo en la cara que la tumbó al piso. Como era su costumbre, no dijo nada a nadie. Esa noche él no durmió en la casa, aunque al día siguiente se apareció arrepentido. No dio mayores explicaciones, solo se disculpó, y ella le aceptó las disculpas. Quería pensar que se trataba de un hecho excepcional y, sin embargo, la volvería a golpear. Tres, cuatro veces más. La última sería cuando, sin poder aguantar más, lo denunció en la comisaria y se fue con sus cuatro hijos a vivir a la casa de su hermana. Fue un escándalo que terminó con él arrodillado en la puerta de la casa, prometiéndole que jamás volvería a ponerle la mano. Y así fue... (p. 67) (cursivas puestas aquí para resaltar el procedimiento).

Este recurso de la focalización interna, que se inicia con la pregunta “¿Cómo era que lo había conocido?” y continúa varias líneas después de las citadas, resulta interesante no solo porque nos permite conocer de primera mano la experiencia de vida de la señora Elena, sus deseos, miedos y frustraciones, todo muy vinculado a su matrimonio y condición de madre, sino porque hace posible salir de la mirada del narrador-protagonista, imperante a lo largo de todo el relato. Como es evidente, el problema de la primera persona es que puede llegar a ser asfixiante en casos como este, por lo cual este monólogo encubierto y las señaladas historias insertadas, con sus respectivos cambios de tono y ritmo, así como las reflexiones que abren capítulos o secuencias, representan un respiro o válvula de escape para el lector y permiten que esta unidimensionalidad no sea tan molesta o cansina.

Otro recurso que se ha utilizado con especial énfasis es el de ritmo o la intensidad narrativa. En todo relato, hay partes que requieren más desarrollo, más detalle y, por lo tanto, exigen un mayor espacio; otras, no. Unos son *tiempos vivos*, de máxima concentración de vivencias y emociones (los *cráteres*) y otros *tiempos muertos*, transitivos a los otros, como bien señala Vargas Llosa (2006). Para usar una metáfora, es como si el narrador hiciese el movimiento de un acordeón: amplía las zonas de mayor interés al máximo y reduce al mínimo aquellas que no lo tienen. Si lo hace bien, el lector no sentirá la necesidad de saltarse párrafos o páginas enteras; del mismo modo, no tendrá la impresión de aquella parte que era tan importante para la historia “debió durar un poco más”.

Esta casa vacía originalmente tuvo más páginas de que las que fueron publicadas. Si bien su diseño fue pensado para ser un libro de lectura ágil, no solo por la fluidez en el lenguaje sino por la natural tendencia del autor a escribir de manera sincopada y sintética, encontramos, tras

diversas lecturas realizadas por amigos lectores, que había una especie de bache, una zona morosa que cortaba el impulso general del libro. Se trataba de las páginas dedicadas a describir el proceso de construcción del departamento: la compra de materiales, los avances de los obreros, las dificultades, etc. Muchas de esas páginas fueron abreviadas o eliminadas en procura de que el libro, como creemos sucede, se lea de un tirón, más aún en aquellas partes escritas con la urgencia y la desesperación propias del protagonista.

Rítmicamente, también se explica que en el libro exista un punto climático -marcado por la sucesión de hechos sorprendidos de la segunda parte, narrados con una sintaxis encabalgada y vertiginosa- cuando Perleche amanece asaltado en la playa, punto que se va distendiendo hasta el momento en que se retira del departamento y acepta por cansancio, “un enorme cansancio”, desistir de un posible reencuentro con su familia. Sin embargo, ese no es el verdadero final, sino el que se da en una suerte de punto anticlimático, cuando Perleche decide cobijar a la abuela y a sus nietos y se marca así el cierre del libro, en un tiempo presente.

Por último, aunque la voz principal es la del narrador y es también el filtro por el que todo se cuenta, se utilizan diálogos -directos e indirectos- a lo largo de toda la novela. Esto porque los diálogos nos permiten conocer cómo hablan los personajes, cómo es su personalidad a partir de sus expresiones (de sus recurrencias y también de sus silencios), y muchas veces estrechan el vínculo con la historia o la dinamizan. Se incorporan, en efecto, una buena cantidad de diálogos, pero se ha tenido cuidado de que estos no repitan innecesariamente información que el lector ya conoce, que no sean intrascendentes y que más bien sean interesantes e importantes para el desarrollo de la trama, que no abusen de los comentarios del narrador y que no sean cansados o monótonos, para lo cual se ha hecho uso de ciertos giros o inflexiones y de los vocativos a fin de no repetir el nombre de los interlocutores.

3.3.4. Estrategias autoficcionales

En esta parte nos remitiremos a las estrategias de la poética autoficcional propuestas por Vera Toro (2010) y que fueron presentadas en el primer capítulo de este trabajo. Este modelo de la autoficción, nos parece, es el que mejor recoge las particularidades de este tipo de textos, las cuales son decisivas en *En esta casa vacía* no solo para considerarla una novela autoficcional, sino para el logro de sus objetivos.

Todo texto autoficcional, según Vera Toro (2010), es paradójico, pues se maneja en un terreno ambiguo en el que antagonizan lo ficcional y lo factual, y al mismo tiempo es metaficcional, pues muestra la procesualidad de su escritura. En este horizonte intervienen una serie de estrategias, muchas de las cuales aparecen en nuestra novela.

Primero, está *la ilusión referencial*, que consiste en dar la impresión de referencialidad a elementos concretos y específicos del mundo empírico. En el caso de *Esta casa vacía*, esta ilusión referencial no se produce, como es lo más habitual, en la identidad nominal entre el autor y el narrador o uno de los personajes. Esta identidad existe, aunque se da de una manera más sutil, en una variable también considerada por Vera Toro en su modelización de la poética autoficcional. Así, el lector puede identificar al autor con el narrador- protagonista, Giovanni Perleche, a través de una serie de datos presentes en el texto y el paratexto: autor y narrador tienen la misma edad; autor y narrador son profesores; autor y narrador tienen un pequeño hijo; autor y narrador publicaron un primer libro de cuentos antes de los treinta años. Todos los datos del autor se pueden conocer por la reseña autobiográfica de la solapa, salvo el que se refiere a que tiene un hijo, lo cual aparece en la dedicatoria. El tema del hijo resulta capital para la identificación entre el autor y el narrador, porque el autor, como se ha dicho, dedica la novela a su hijo Nicolás, y a la vez, el narrador, Perleche, termina su novela -el libro que estamos leyendo- afirmando que ha puesto todas las páginas escritas en un sobre y ha escrito lo siguiente: “Para Tadeo”; es decir, por eso y porque espera que Tadeo algún día lea su texto, también le dedica el libro a su hijo.

Esta ilusión referencial también se ve apoyada por un principio sostenido de verosimilitud, es decir, porque nada de lo que se narra es claramente inverosímil. Ni siquiera la parte donde Perleche siente o cree haber sido embrujado, en parte porque en nuestra sociedad la brujería no resulta algo ajeno e imposible, en parte también porque se deja la posibilidad de que ese trance por el que pasa el protagonista haya sido producto del estrés y el consumo de drogas y fármacos. No hay, pues, una ruptura de la verdad autobiográfica refrendada por el autor a través de la presencia de un narrador con el que comparte más de una señal identificatoria.

Segundo, encontramos *la ilusión narrativa*, que opera al crear la sensación de que alguien, una persona real, concreta, existente, está contando los hechos. En la novela se usan varios recursos orientados a este propósito y que también son consignados por Vera Toro (2017). Veamos uno por uno:

a. Hay una serie de expresiones del narrador que tienen una función afectiva y emotiva dominante. Esto lo vemos, por ejemplo, en el fragmento que se encuentra al inicio de la novela:

Aniquilado, sin otra alternativa, firmé la autorización. Y yo, que desde siempre he sido una persona vieja, un alma vieja, salí de aquella sala llena de tensión e incertidumbre con cuarenta, cincuenta años más. Yo mismo tuve que darle la noticia a Micaela (al bebé solo se lo habían mostrado un instante para proceder a auxiliarlo) y no sé qué fuerza misteriosa, qué segunda naturaleza me permitió mantenerme en pie en aquellos momentos de irrealidad... (p. 6).

También encontramos esa emotividad en pasajes como este:

...Y entonces yo, o mi alma, o aquello que todavía vive en mí, sale del carro y camina despacio bajo un sol que de golpe se ha vuelto más intenso y un aire que es ahora sereno y transparente. Y mi mamá avanza hacia al mar y yo la sigo. Y ya no tengo miedo. Y ya no hay nada que se interponga a mis movimientos salvo la suave sensación del agua sobre mi cuerpo. Y de las olas. Y del ondular del viento que todo lo arrulla y todo lo cura: dulce morada para tanto cansancio. (p. 116).

b. Se presenta, asimismo, un lector implícito o narratario a través de un diálogo o monólogo personalizado. Así, a lo largo del libro, el narrador pareciera que le está contando su vida a alguien -al lector, digamos- y esta sensación de que existe un lector implícito se hace más fuerte o evidente cuando Perleche se dirige a su hijo:

La primera vez que vi tus enormes ojos abiertos, brillantes, no me miraste. Estabas como ido, ausente, pues habías regresado de un largo sueño. Entonces puse mi dedo entre tus manitas y lo apretaste con fuerza. “Es un acto reflejo”, me dije, pero desde ese momento supe que nos mantendríamos unidos, que así estuvieras concentrado en tus cosas y no me prestaras atención, siempre tomarías mi mano y reconocerías que no somos dos desconocidos, que estamos hechos de una misma materia. Porque yo antes era como un cuerpo a la deriva, una piedra negra y húmeda que alguien había arrojado al vacío y que deambulaba por la sombra tratando de encontrar alguna dirección. Y de pronto te apareciste, surgiste como un astro enano que habría de mostrarme su cauce secreto, volver claro lo turbio y darle un orden a lo que no lo tenía... (p. 117).

c. Se incorporan fraseos coloquiales o rasgos orales, lo que transparenta un lenguaje más espontáneo, menos ligado al registro escrito. Esto se ve, por ejemplo, en el siguiente fragmento:

Mis salidas a Barranco *no habían pasado* de borracheras y jamás las había terminado *metiéndome* a un hotel con una *chica*. Sin embargo, sabía de uno en la avenida Grau que, según me habían dicho, era *bueno*. (p. 22). (los subrayados los ponemos aquí para resaltar los coloquialismos).

Este lenguaje llano, poco elaborado y que recurre a frases hechas para dar esa sensación, puede observarse aquí también:

Una tarde en que me suspendieron una clase, fui a la construcción y antes de que llegara a donde estaba don Jacinto, alcancé a escuchar que el papá de Micaela le decía algo a este mientras se retiraba: “Carajo, ya vienen a joderte otra vez, dime nomás y lo boto”. *No di un paso más y, hecho una furia, me largué* de allí. Si alguien podía *molestarse* era don Jacinto, no él. Y si bien habíamos hecho cambios *de última* hora –que, por lo demás, yo había querido evitar-, ¿no tenía derecho a ver *mi construcción*, el lugar en el que finalmente viviría con mi familia? ¿Debía seguir soportando tanta intromisión? Me dije que no y esa noche, *lleno de rabia y de odio*, le informé a Micaela que no iba a poner *un centavo más* y que por *nada del mundo* me iría a vivir para allá. (p. 75). (los subrayados los ponemos aquí para resaltar los coloquialismos y las frases hechas).

d. Se consignan opiniones y comentarios generalizadores que aproximan el narrador al narratario, acentuando los valores propios del primero. Esto, como ya se ha señalado, aparece en varios inicios de capítulo. Pongamos el siguiente ejemplo:

Un hijo siempre te hace bien. La mayoría de los hombres creemos –nos forman para ello- que toda gira a nuestro alrededor y que si algo falla, ese error no depende directamente de nosotros. Por eso vivimos echándole la culpa a los otros, a los que están a nuestro lado. Pensar que somos débiles o incompletos o dependientes de los demás es un obstáculo que te amilana, que te saca de carrera. Hasta que viene un niño... (p. 23).

Otro ejemplo:

Hay un momento en la vida en que todo cambia. No lo descubres mirándote en el espejo, sino repasando fotografías, encontrando ropa acumulada en el ropero que ya no usarás y que debes botar o regalar. Tu cuerpo parece el mismo, pero te das cuenta de que ya eres otro... (p. 25).

Un caso más en que la afirmación generalizadora invita a la complicidad del “otro”, esta vez a través del empleo del plural, es este:

Y a pesar de tener un norte, la vida continúa como un puente roto. Caminamos, corremos, vamos rompiendo el aire con el calor y la fuerza de nuestro cuerpo. Algo hay allá lejos, o quizá no lo hay, pero igual nos movemos esperanzados, ilusionados a veces, arrojados por el instinto casi siempre. Y en el trayecto debemos recomponer aquello que falta, construir ese piso que nos permita continuar... (p. 117).

e. Finalmente, se consignan comentarios metanarrativos, es decir, observaciones del narrador-personaje acerca de su propio acto de narrar. Esos comentarios, al reforzar sus rasgos subjetivos y personales específicos, apoyan un efecto de sinceridad. Unas muestras de ello extraídas de diferentes partes de la novela: “Y quizá sea verdad eso de que el pasado solo existe mientras uno lo piensa y que, en mi caso, solo existo *mientras como ahora lo escribo...*” (p. 17); “*Aquí empieza una de las etapas más difíciles que me ha tocado vivir, una etapa que, vista a la distancia, tiene algo de tragicómico...* (p. 60); “Los hechos extraños en el colegio *—ya se verá que no exagero con este calificativo—* empezaron con el viaje a Cieneguilla... (p. 85).”; “Y de pronto todo fue tan sencillo. Y *aún ahora que escribo esto* me viene esa sensación reconfortante. El mar parece detenido por la brisa...” (p. 116) (subrayados hechos aquí para destacar el procedimiento).

Tercero, se presentan *recursos metaficcionales y antiilusorios*, que perturban o ponen en cuestión los dos efectos anteriores, la ilusión referencial y la ilusión narrativa, al crear cierto distanciamiento respecto de la narración autobiográfica verosímil y sincera lograda justamente a través de la ilusión referencial y la ilusión narrativa. Según Vera Toro, los recursos metaficcionales son constitutivos de la escritura autoficcional, es decir, son ineludibles, mientras que los recursos antiilusorios son facultativos, es decir, pueden estar presentes o no. Los recursos metaficcionales pueden ser de dos tipos: la metaficción explícita, que se logra mediante referencias específicas o marcas metaficcionales, como los lexemas “en esta novela”, “aquí en este texto”, etc.; y la metaficción implícita, que supone procedimientos que indirectamente señalan la ficcionalidad del texto que leemos, es decir, su carácter artificial y de construcción lingüística, lo cual pone en tela de juicio la verosimilitud o la fiabilidad de la voz narrativa.

En el caso de nuestra novela, se emplea la metaficción explícita en la medida en que no solo se presenta a un escritor como protagonista, sino que en diversas partes de la novela se muestra cómo se va construyendo el texto como objeto literario. Así, hay una serie de

referencias al acto de escribir, el cual es comparado con una botella arrojada al mar o un buceo en la oscuridad; a la construcción del libro que estamos leyendo, proceso que se presenta, como veremos en otro apartado, muy similar a la construcción de una casa; a la soledad del escritor, que es percibida como una atmósfera indispensable para la creación pero que, paradójicamente, permite el encuentro con las demás personas. Asimismo, la procesualidad de la escritura del libro es expresada por el narrador en momentos como estos: “Esta no es la primera vez que me propongo *escribir un libro*. Mi primera (y única) publicación la hice cuando tenía veinticinco años, esto es, hace diecisiete...” (p.15); “Mi rutina se ha vuelto así: dormir por las mañanas, arrastrarme por las tardes en el cuarto y salir a eso de las seis para ir al diario donde, además de cumplir con mis labores, *garrapateo estos apuntes...* (p .16)”.

Este carácter de narración en proceso se ve también acá: “Salgo de la oficina al amanecer. Dejo de *tamborilear el teclado, de machacar estos apuntes*, cuando el silencio se repliega y hay un latido nuevo en las cosas...” (p. 65) (subrayados hechos aquí para resaltar el procedimiento)

La reflexión metaficcional y la metaliteraria atraviesan entonces toda la novela, recogiendo lo mencionado, así como citas de libros y autores que iluminan las experiencias vividas por Perleche y que, de alguna forma, lo impulsan y le dan esperanza para seguir viviendo, tal como aparece en los epígrafes del libro que, dado su carácter de manuscrito confesional, podrían haber sido colocados por el propio Perleche:

Ars
 Escribo
 Porque
 Me gusta el
 Silencio
 Si no, gritaría.

Lizardo cruzado

El escritor es una persona que
 tiene esperanza en el mundo;
 la gente sin esperanza
 no escribe.

Joyce Carol Oates

Ambas citas son muy pertinentes como claves para entender la novela. En relación con la primera, Perleche siente que los constantes gritos y las discusiones absurdas de su hijo están muy asociados a su pérdida de estabilidad emocional, estabilidad que precisamente trata de recuperar en la escritura, ese espacio de silencio que le permitirá mirarse y tratar de comprender su caída. En cuanto a la segunda, en la novela no hay un ensimismamiento sordo, sino un intento de comunicación: la escritura representa la esperanza de ser oído, de comunicarse con el otro, y eso es lo que persigue el narrador con su confesión y, por ello, están las señas que permiten identificar el discurso dialogizado, el cual, aparentemente, se encuentra dirigido al lector pero que, luego, descubrimos apunta al hijo.

Por su parte, la metaficción implícita también se halla presente en la novela. En la segunda parte, Perleche acelera su degradación física y psicológica, no solo porque aumenta su nivel tensional al entrar a trabajar al colegio y relacionarse además con la secretaria Ingrid, sino porque retoma el consumo de cocaína, actividad que había realizado y dejado cuando joven. Este proceso de autodestrucción lo lleva a pensar que Ingrid lo ha embrujado y que, si quiere recuperar a su familia y volver a un estado de equilibrio mental y corporal, debe salir de ese encantamiento. Al parecer, lo logra gracias a un “exorcismo” al que lo someten en una iglesia evangélica. Sin embargo, le queda la duda de lo que realmente experimentó:

Aún no estoy seguro de haber padecido un sortilegio feroz, o de haber perdido el contacto con la realidad por las drogas, el estrés y el remordimiento por una nueva infidelidad. Lo cierto es que, por sugestión o por exorcismo verdadero, la tranquilidad y la levedad de estar vivo, la salud -ese regalo del que uno se olvida cuando se siente bien- volvieron a mí... (p. 110). (cursivas puestas para la cita).

El elemento de las drogas tiene aquí una función de metaficción implícita, en tanto nos hace dudar de la credibilidad del narrador y de la referencialidad de lo narrado. Muchos de los hechos referidos en la segunda parte de la novela podrían ser una delusión, un proceso alucinatorio de esa voz narrativa que, al mezclar fármacos y cocaína, nos coloca frente a un relato no necesariamente fiable, aunque, ciertamente, entendemos como verdadero el estado de crisis por el que atraviesa el protagonista.

Como se vio en el primer capítulo de este trabajo, los recursos antiilusorios suponen la sobredeterminación y sobreestructuración improbable del significado y el orden de los hechos; la reducción extrema de los eventos de la historia; o la fabulación hipertrófica o incoherente.

Estos recursos, que pueden o no figurar en una novela autoficcional, no se encuentran presentes en *Esta casa vacía*.

3.3.5. Los personajes

La premisa central para la construcción de un buen personaje es que este sea verosímil, es decir, que creamos que su existencia es efectivamente posible. En cuanto a la importancia que pueda tener dentro de la historia, por un lado se encuentra el personaje principal, el protagonista, y por otro los personajes secundarios, aquellos que se relacionan u orbitan en torno a él y entre los cuales destaca el antagonista, quien se encarga de ponerle retos u obstáculos en la consecución de sus objetivos.

Existe una amplia bibliografía sobre la construcción de personajes. Estas son algunas de las recomendaciones que, por ejemplo, ofrece la filóloga española Silva Adela Cohan (2016):

- Los buenos personajes siempre parecen “reales”: los hemos visto o escuchado en algún lado.
- Deben ser, especialmente en el caso de los principales, multidimensionales: con características físicas, psicológicas, morales y sociales.
- Al construirlos, debemos considerar su motivación, sus metas u objetivos, su vida emocional e intelectual, su pasado “oculto”, los detalles físicos e internos que lo singularizan.
- Los personajes principales tienen un arco de transformación (“cambian”): al final de la historia, en virtud de las decisiones que toman en relación al conflicto, ya no son los mismos que al principio. A esto se le suele llamar epifanía: una situación que da lugar a una transformación interna.
- Los personajes deben ser coherentes, claros, identificables con algún tipo funcional o con algún valor, pero también paradójales. Por ejemplo: una señora compasiva que mata insectos, un ejecutivo formal que adora las corbatas extravagantes. Esa tensión entre lo identificable y lo extraño les confiere complejidad. Un personaje así es llamado redondo, en oposición a los planos, que son unidimensionales.
- Para construir un buen personaje, puede ser útil basarse en una persona real, a la que se conoce o se intuye, pero moldeándola y trabajándola de acuerdo con nuestra historia. En general, los personajes están hechos de retazos: de nosotros mismos y de otras personas. Esos rasgos recogidos nos permiten darle a ese nuevo ser densidad y verosimilitud.

De lo mencionado, un requisito muy importante para lograr personajes bien contruidos es que sean redondos. La escritora española Eugenia Rico (2012), que también trabaja estos temas, define lo que es un personaje redondo, en oposición a los planos, de esta manera:

Una división tradicional distingue personajes planos y personajes redondos. Los planos no tendrían matices, serían meros arquetipos utilizados por el autor para sus fines y no cambiarían a lo largo de la historia. Los personajes redondos serían creíbles, plenos de matices y evolucionarían y cambiarían a lo largo de la historia (...). Para mí solo los personajes redondos son convincentes y pueden crear empatía, identificación en el lector, que reconocen en ellos sus alegrías y sufrimientos, y lo que es más importante: sus esperanzas. (p.76).

Al ser Perleche el personaje principal y a la vez el narrador, nos ha preocupado que sea un personaje redondo, es decir, con esa gran variedad de matices que se menciona, con una evolución o transformación en el curso de la historia, y por su verosimilitud, con una capacidad especial de empatía con el lector.

Giovanni Perleche responde, además, al modelo del antihéroe. Veamos qué se entiende por esta instancia:

Por definición, un antihéroe es un personaje que reúne características que son antiéticas comparadas con las del héroe tradicional. Esta subclase de héroes realiza actos considerados como heroicos pero con métodos, intenciones o motivos de dudosa catadura moral. Según Braz (2018),

La idea de antihéroe también se utiliza para nombrar al personaje que no luce las cualidades que se atribuyen a los héroes, aunque sus objetivos y logros sean los mismos. Por lo general, los héroes son valientes, fuertes y bellos: el antihéroe carece de estos atributos. Este tipo de personaje ha cobrado especial popularidad en los últimos años precisamente gracias a la posibilidad de que cualquiera pueda verse reflejado en él. (p. 17).

Nos interesa de manera especial la segunda parte de esta definición: el antihéroe es un personaje no elevado, que carece de los atributos de los héroes y que, por lo mismo, permite la identificación con el lector.

En Perleche confluyen una serie de defectos o características negativas: es machista, es infiel, le atribuye la culpa a los otros, se autocompadece de su destino. Rasgos que, bien mirados, corresponderían a un hombre peruano común y corriente de unos cuarenta años, nacido en la década del setenta del siglo pasado, de clase media, que ha crecido bajo el modelo de mundo imperante en esos años, y que por lo mismo invita a la identificación de los lectores masculinos formados en ese tiempo. No obstante, Perleche muestra una serie de virtudes o, por lo menos, de actitudes valiosas: se hace responsable de su familia y sobre todo de su hijo, aspecto que no es muy común en la tradición narrativa peruana, donde abundan los padres que se desligan sin mayores problemas de sus hijos; es muy trabajador, incluso en condiciones difíciles, extenuantes; es capaz de sentir culpa por sus actos negativos; y, cosa importante, luego del descalabro que sufre, tiene la capacidad de mirarse, de pensar en sus circunstancias y de manifestar cierta voluntad de cambio. Esto último se aprecia en uno de los pasajes escritos en tiempo presente:

Utilizo todas mis energías en llevar una vida más o menos ordenada, en trabajar y pagar mis deudas, y el solo hecho de pensar que una parte de mí puede movilizar algún tipo de violencia contra ellos [Micaela y Tadeo] me produce una sensación que me tironea hacia abajo y me anula. (p. 132).

De lo anterior se desprende que, como corresponde a una novela, se trata de un personaje que cruza un arco dramático y termina transformado. Cuando escribe su testimonio, ya no es el mismo: está más calmado, ya no se deja arrastrar por la fuerza de los hechos, lleva una vida más tranquila y reflexiva y espera que ese cambio le permita volver a juntarse con su familia.

Así pues, al ser este narrador un personaje ambivalente, con defectos, pero también con virtudes, es probable que surja algún nivel de empatía con él, de manera especial, repetimos, con los lectores masculinos. Por lo demás, como bien sostiene Olmos (2017), es más fácil sentir cercanía con un personaje caído o fracasado que con uno exitoso.

Y si esa empatía no se produce, hemos tratado de que este narrador-protagonista no deje indiferente al lector. Hay conductas en él que se pueden calificar de extrañas o reprobables, junto con aquellas que revelan vulnerabilidad o torpeza. Un lector no necesariamente tiene que edificarse con un personaje, pero este debe llevarlo a pensar qué sucedería en su propia vida si

tomara aquellas decisiones que de antemano rechazaría. Qué pasaría con su existencia si se aproximara a esa experiencia extrema o límite que vive ese ser que puede caerle bien o no. Cohan (2016) afirma en su manual que los personajes bien contruidos no se olvidan y confrontan al lector con su experiencia personal:

Si [el personaje] está bien contruido, resulta inolvidable. La calidad literaria del personaje permite al lector conectar de una manera diferente con su identidad. Le moviliza situaciones o vivencias propias que no puede expresar de otro modo y lo ayuda a vivir sin culpa ni pudor sus propias fantasías. (p. 12).

Micaela, la pareja de Perleche, tiene también un tipo definido, aunque, ciertamente, la vemos de manera muy sesgada, desde la mirada de Perleche quien, poco a poco, desde el nacimiento de Tadeo, va desligándose de ella. Micaela es reservada, tímida, muy parecida a la figura pasiva y hasta sometida que representa su madre, la señora Elena. Acusa asimismo una serie de cambios. Primero, su volcamiento hacia lo religioso como forma de sobrellevar el impacto de tener un hijo con problemas. Segundo, su gesto final de sublevación cuando, a raíz de que Perleche violenta a su hijo, abandona la casa para protegerlo. Hay, pues, en este personaje femenino, un proceso de transformación: supera su aparente docilidad y apatía y, en contra de la inmodificable sujeción de su madre hacia su pareja, es capaz de rebelarse y asumir las riendas de su destino.

Los padres de Micaela son también personajes claramente delineados. El suegro es machista, comodón, egocentrista y afecto a la violencia; su mujer, la señora Elena, es, por el contrario, sumisa, trabajadora hasta el sacrificio, muy solitaria y de maneras suaves. Juntos forman una pareja con valores y conductas muy típicas para su marco generacional (los nacidos en los años cuarenta del siglo pasado). Ninguno de estos personajes cambia; son afectados por los acontecimientos vinculados a Perleche y su familia, pero no se transforman en su esencia.

En la novela aparecen otros personajes secundarios: el pequeño Tadeo, que al parecer sufre no solo un problema físico sino psicológico por sus conductas obsesivas y repetitivas; Tamara, la muchacha joven y guapa de clase media con la cual Giovanni tiene un *affaire* y quien lo envuelve en su despreocupado mundo juvenil; Ingrid, la joven secretaria de escasos recursos que se obsesiona con Giovanni al punto de -según él- embrujarlo; y la abuela y sus nietos, Sandrita y el Sebas. La abuela es una mujer mayor, provinciana, muy trabajadora; Sebas, un

joven díscolo, un adolescente que empieza a conocer el mundo; y Sandrita, una niña muy inteligente y sensible, que le permite a Perleche encauzar su postergado amor de padre.

El libro presenta algunas correlaciones que resultan significativas. Tal como él mismo lo descubre, Perleche, en el transcurso de la historia que se narra en tiempo pasado, va pareciéndose mucho a su suegro, sobre todo en relación a su volcánica violencia; sin embargo, una vez que es abandonado, Perleche se propone no seguir siendo un reflejo de aquella imagen. Micaela, como ya se mencionó, es también un reflejo de su madre que, sin embargo, logra sacudirse de su actitud sumisa. Sandrita, a pesar de su corta edad, por la capacidad de decisión que muestra, es sí una mujer o proyecto de mujer mucho más emancipada, que supera los lastres de las dos generaciones anteriores representadas por Micaela y la señora Elena.

Podemos agregar la preocupación que hemos tenido porque en toda la novela se destaquen detalles significativos, sobre todo en relación con los personajes. Wood (2016) afirma que los detalles rezuman vida. Representan esa “fusión mágica en que la máxima cantidad de artificio (lo seleccionado artificiosamente pero con talento por un autor) produce el simulacro de la máxima cantidad de vida no literaria o real. Son, en resumen, lo vital de un texto.” (p. 49). Y hacen además, por su capacidad de visualización y resonancia emocional, que un texto sea perdurable en la memoria del lector. Son, asimismo, uno de los mejores recursos que tiene un autor para acercarnos al sentido de las cosas, a su comprensión, que es uno de los grandes valores de la literatura. En el caso de *Esta casa vacía*, se presentan numerosos detalles en las descripciones de los personajes y las situaciones que ellos viven. No ocupan párrafos enteros, sino que están puestos en el flujo del relato buscando resaltar algún aspecto elocuente. Solo por poner algunos ejemplos, quienes han leído la novela suelen recordar que Perleche no solo intenta arrojarse a las ruedas de un auto en uno de sus momentos de mayor desesperación, sino que lo hace casi desnudo, apenas con ropa interior, o que, en cierta ocasión, cuando el carro se le malogra, se ve obligado a sacar de él los cincuenta sacos que allí lleva y que son como una máscara que se pone para poder desempeñar su labor de profesor. Son detalles no solo muy visuales y recordables, sino reveladores de la carga vital que anima y caracteriza al personaje.

3.4. La dimensión simbólica

Quizá el propio título que hemos elegido pueda representar cómo nuestra novela contiene un cierto simbolismo. Así, *Esta casa vacía* —frase extraída de uno de los versos del poema “Casa de cuervos” de Blanca Varela— no solo hace referencia a ese departamento que

tanto esfuerzo le costó edificar a Perleche y que al final se quedó deshabitado. Significa, también, ese espacio vacío que es el propio protagonista: Perleche, mientras va construyendo la casa, se va desmoronando, se va destruyendo al punto de que él mismo es una existencia hueca, un ser sin sustancia que necesita ser llenado para volver adquirir un valor y un sentido.

La casa vacía, igualmente, tal como ya se ha mencionado, es esa construcción de palabras que hace todo escritor, que es levantada con su lado más vulnerable y que, sin embargo, muestra lo mejor de sí, esa luz que encontrará ese otro ser, también solitario y quizá solidario, que es el lector. Lo dice así el propio narrador en este apartado con que se inicia la segunda parte del libro:

Quien escribe lleva una doble vida. Dedicar horas al trabajo mundano, rutinario y, cuando los otros se disponen al descanso o a la diversión, un llamado terminante, irresistible, lo mueve a internarse en un oscuro socavón y a manipular aquello que mejor sería evadir: los recuerdos arrinconados en el inconsciente, las emociones desbocadas o indóciles, las regiones de su corazón que con solo rozarlas o mirarlas provocan los efectos de un terremoto o una deflagración. Y con esos materiales inactivos, en apariencia deleznable, va construyendo una casa. Una casa afincada en el reino de lo invisible. Una casa que nadie le ha pedido que haga y en la que, sin embargo, pone todo lo que tiene, y aun aquello que no sabía que tenía, porque al hacerla se está volviendo a hacer a sí mismo. Esa casa le debe todo a la tiniebla, está impregnada de miedos y fallos y caídas, pero llegará el día en el que lucirá firme y verdadera y aquel que ingrese a ella no hallará más que una luz. (p. 79).

3.5. La dimensión social

Muchas de las autoficciones calificadas de pobres o banales se quedan en la anécdota personal o individual. Por eso, uno de los aspectos que más no interesó trabajar en la escritura de *Esta casa vacía* fue la connotación social. Es decir, nos pareció importante acercarnos con cierto detalle a una realidad privada que, desde luego, tiene un trasfondo social. La de Perleche puede ser la historia de muchas personas provenientes de la clase media peruana -sobre todo urbana-, pues presenta una serie de características comunes a ella: el sueño de construir la casa propia como elemento de prosperidad y cohesión familiar; los múltiples trabajos que no conocen de descanso y que obligan a movilizarse por toda la ciudad; el consumo de drogas, legales e ilegales, para poder mantenerse en pie y no ser arrasado por un brutal régimen laboral; las deudas que nacen de la necesidad y que crecen como una imparable bola de nieve; el oficio de la enseñanza mal pagado y que es reducido al acto mecánico de dictar clases y corregir pruebas; la familia que permanece unida por cierta inercia pero que va socavando sus cimientos

en la búsqueda de la solución a sus problemas; la infidelidad como punto de quiebre de esa precariedad, entre otras muchas aristas.

En esa medida, hemos considerado conveniente no solo mostrar, a través de Perleche, las dificultades y dramas de la clase media, sino ponerles un contexto. En una parte de la novela, cuando Giovanni y Micaela se hacen enamorados, se menciona lo siguiente:

Nuestro período de enamorados duró cinco años. Un tiempo largo para la media de hoy, pero no tanto para la de nuestros padres. Los días de mayor luz, de exaltación deslumbrante, se prolongaron por unos dos años. Encuentros a toda hora, salidas a fiestas los fines de semanas, viajes largos que nos descubrían aspectos o detalles de nosotros mismos aún inexplorados. Luego, vino el reposo, una quietud bienhechora de la que también gozaba el país, pues el caos y la desesperanza en los que lo había sumido el fujimorismo parecían atenuarse con la llegada de un nuevo gobierno democrático... (p. 21).

El inicio de la historia de Giovanni y Micaela coincide entonces con una aparente tranquilidad democrática en nuestro país. Aparente porque, luego de la dictadura fujimontesinista, las relaciones entre la sociedad y el Estado y entre los propios peruanos continuaron siendo conflictivas. Asimismo, este nuevo orden constitucional trajo consigo una arremetida del capitalismo neoliberal, que nos hizo creer que nuestra realización como personas y como sociedad no pasaba por una mejora de nuestras reglas y modos de convivencia, sino por la adopción del consumismo materialista. El trabajo excesivo y precarizado, las deudas, la fijación en el sueño de la casa propia quieren ser, en este libro, la expresión de ese espejismo que vivimos y que aún pervive.

La abuela y sus nietos representan, por otra parte, otra manifestación de nuestra compleja realidad social. Sandrita y Sebas son abandonados por sus padres, quienes provienen de la selva: el padre está con los cocaleros y la madre ha viajado a los Estados Unidos para buscarse un destino. Esta familia -Sandrita, Sebas y la abuela- es una de las tantas desplazadas que viven en Lima y que, como se ve en la novela, trabajan y subsisten en circunstancias precarias, tanto así que en cualquier momento pueden quedarse en la calle, como en efecto sucede en la trama.

La novela no pretende dar ningún mensaje, pero hacia el final, las soledades de Perleche y esta familia se unen: aparece la solidaridad. Perleche, luego de la caída que sufre, descubre que en realidad no está solo, que hay gente a su lado con la cual puede relacionarse. La

solidaridad y la empatía se convierten entonces en medios para alejarse del vacío y la infelicidad. En el siguiente fragmento se ve cómo lo anterior se produce:

Me levanté y me dirigí al cuarto de donde procedía el ruido. Sentada a un lado de la cama, acariciándole el rostro dormido, Sandrita le hablaba a su abuelita, haciéndole una serie de promesas. A un lado, de pie, el Sebas escuchaba en silencio, asintiendo. Tal vez no debía meterme, pero yo necesitaba dormir. Entré y les dije que no se preocuparan, que debíamos descansar y que al otro día pensaríamos mejor qué haríamos. Sandrita me miró con dulzura, con agradecimiento, pero también con los ojos llorosos. “Todo se puede arreglar”, le susurré tratando de animarla. Entonces dejó de mirarme y dijo con voz bajita: “Ella no está muy bien, los médicos le han dicho que no haga esfuerzo y que descanse pero ella no hace caso y sigue y sigue trabajando. Por nosotros. Por atendernos”.

Me quedé quieto, sin saber qué decir. Pero al instante me aproximé a ellos, los abracé y les dije que podían quedarse en el departamento todo el tiempo que quisieran. Que, aunque no era mío sino de mi amigo Dante, estaba seguro de que él estaría de acuerdo porque era una persona buena. Que encontraríamos otro lugar donde pudieran trabajar y que si era necesario, les prestaría el dinero para que alquilaran un espacio en otro mercado. Que yo era su amigo. Sí, su amigo y no un simple conocido. Que sabía perfectamente cómo se sentían y que no tenían que explicarme ni agradecerme nada, ni mucho menos sentirse incómodos, porque yo también era un sobreviviente como ellos...

Amanecía.

Una hermosa luz se abría paso entre las nubes grises, la mañana palpitaba con todos sus poros abiertos y lo que viniera en adelante tendría que ser distinto. (p. 138).

3.6. El sentido de lo autoficcional

Como se señaló en el segundo capítulo de este trabajo, emprender una novela autoficcional implica un buen número de riesgos: el facilismo en la escritura, el oportunismo para tocar ciertos temas, la autocomplacencia o la mera satisfacción del ego, el encubrimiento de una búsqueda del éxito fácil o de una manifestación de sentimientos menores, etc. No obstante, es una forma narrativa que ha producido obras relevantes, no solo por su composición artística, sino por su impacto en otros órdenes de la vida social. Al escribir *Esta casa vacía*, hemos tratado de recorrer ese camino que puede traducirse en literatura de calidad.

En primer término, hemos hecho uso de los poderes de la imaginación literaria a partir de experiencias personales. Eso ha significado modelar esa materia prima a nivel argumental, pero también a nivel de la estructura y el lenguaje. Somos plenamente conscientes de que la literatura pasa ante todo por un trabajo con el lenguaje, en cuanto a ideas y a plasmación de esas ideas. En segundo término, el formato autoficcional ha sido empleado para lograr ese efecto de autenticidad que pueden llegar a producir las obras nacidas de vivencias y emociones muy íntimas, lo cual es resultado, repetimos, de una labor profunda con el lenguaje y las formas narrativas. Creemos que aquellos libros que vehiculizan de manera literaria emociones verdaderas, e intentan ser -en términos de Alberto Giordano- un “expresión de la vida”, provocan un impacto especial en los lectores, y para ello resulta idónea la poética autoficcional, pues permite develar la intimidad y decir aquello que acaso sería imposible de manifestar en un texto autobiográfico. En una autoficción se miente, se falsean, se inventan o se exageran cosas, pero la fuerza que ella puede llegar a tener radica en esa autenticidad de base que en no pocos casos la origina. En más de un sentido, en la autoficción se cumplen las ideas de la “verdad de las mentiras” o del “*strep tease* al revés” formuladas por Vargas Llosa para expresar el proceso de la creación literaria. La verdad de un texto autoficcional no se encuentra tanto en las palabras, que pueden mentir o decir lo cierto, sino entre ellas, en la actitud que está detrás, en el gesto del autor de mostrarse, por así decirlo, por interpósita persona o por una especie de némesis, mediante ese “yo hipotético” del que habla Cercas (2014). En tercer lugar, la elección de lo ficcional responde para nosotros a esa capacidad que tiene este discurso para lograr un particular tipo de empatía y, a través de ella, suscitar un diálogo entre el lector y el narrador sobre ciertas situaciones que les son comunes. Es decir, en concordancia con lo que sostiene Tornero (2011), pensamos que una novela de esta naturaleza hace posible promover una instancia reflexiva, crítica, acerca de los problemas propios de los modos de vida de esta etapa del capitalismo en sociedades como la nuestra. Se suele hablar, desde hace décadas, de un proceso indeclinable de deshumanización de la vida, pero es necesario transparentar cómo se vive hoy ese proceso: con un individualismo extremo, con condiciones laborales que solo permiten la sobrevivencia, con una falsa idea de la felicidad o de realización personal en la que se antepone el tener al ser, con familias precarizadas que se desmoronan por la incomunicación, por una tendencia, en fin, a sobrevivir o mal vivir bajo la opresión de una vida mecánica, inercial, en la que solo importa correr y no detenerse a pensar y reflexionar en el sentido de lo que estamos haciendo.

En definitiva, creemos que la autoficción nos ha permitido aspirar a tener esa cualidad que, según Octavio Paz, posee la mejor literatura: alas y raíces. Alas porque toda experiencia, así sea pequeña, puede proyectar una dimensión universal, vinculante para todos los hombres; raíces porque aquello que moviliza la buena literatura puede ser artificioso, pero nunca artificial, es decir, por encima de la técnica y las cuestiones formales, debe haber un sustrato profundo de verdad asociado a la condición humana para así alcanzar alguna forma de trascendencia. Nuestra propuesta se ha orientado, pues, a mantener vivo el viejo espíritu de la literatura a través de una poética que, pese a no ser del todo novedosa y ofrecer motivaciones y caminos de realización cuestionables, se ha desarrollado significativamente en los últimos años y ha dejado un conjunto de obras de valor.

Conclusiones

1. La autoficción es un fenómeno literario de particular importancia en los últimos cuarenta años y, por lo mismo, ha recibido la atención de la crítica académica. No existe consenso de que se trate de un género o subgénero narrativo, pero sí de que, bajo esta denominación, se encuentra una gama variada de textos narrativos. Hay quienes amplían sus alcances y ven en ella una tendencia general del arte contemporáneo que incluye el teatro, el cine y otras formas de expresión intermediales.
2. La crítica académica ha realizado una serie de propuestas para caracterizar el discurso autoficcional. Entre ellas están las de Vincet Colonna, Manuel Alberca y Vera Toro. Salvo la de esta última, se trata de formulaciones teóricas que giran en torno al espacio complejo y ambiguo que ocupa la autoficción entre la novela y la autobiografía, o entre el pacto novelesco y el pacto autobiográfico. Algunos acercan la autoficción a la novela; otros estrechan sus lazos con la autobiografía.
3. Vera Toro es una de las primeras investigadoras en establecer una modelización de la poética ficcional a partir de la narratología. Aceptando el carácter ambiguo y paradójico de este discurso, ella pone de relieve otros elementos como la metaficcionalidad y la dimensión lúdica. Sobre esta base plantea tres procedimientos específicos para la construcción y el análisis de los textos autofccionales: la ilusión referencial, la ilusión narrativa, y los recursos metafccionales y antiilusorios.
4. De acuerdo con Vera Toro, la ilusión referencial es el efecto por el cual se vincula al texto con el mundo empírico, verificable. La ilusión narrativa es la sensación que lleva al lector a pensar que alguien concreto, determinado, está contando la historia. Y los recursos metafccionales y antiilusorios, contrarios a los dos primeros procedimientos, revelan la ficcionalidad y artificiosidad de la narración. Todas estas estrategias se combinan de manera lúdica -en el sentido de no fijo y abierto a la variación- dentro de la raíz ambigua y paradójica que es propia del discurso autoficcional.
5. En el terreno de la recepción, se han postulado lecturas contrarias a la autoficción. Ellas subrayan el facilismo o el empobrecimiento en la escritura, los deseos de figuración o de complacencia del autor, y la exposición de la intimidad en términos superficiales o de poco compromiso con el contexto histórico y social. Contrariamente, se registran lecturas favorables que destacan la capacidad de este tipo de discurso para revelar autenticidad, expresar la vida y

promover en los lectores una conciencia crítica y reflexiva sobre temas gravitantes para la sociedad, muchos de ellos incómodos, poco conocidos o simplemente vedados a la discusión pública.

6. En la construcción de la novela *Esta casa vacía*, es posible reconocer la presencia de la ilusión referencial, al utilizar elementos que permiten asociar al autor real con el narrador-protagonista; de la ilusión narrativa, al incorporar una fuerza afectiva dominante, un narratario o lector implícito, rasgos de coloquialidad, opiniones generalizadoras y comentarios metanarrativos; y de la metafictionalidad, al subrayar de manera explícita e implícita la ficcionalidad del texto, así como la procesualidad de su escritura. Todas estas estrategias apuntan a crear un efecto de sinceridad o autenticidad en el texto, no a un nivel de la factualidad sino de la construcción misma, es decir, del acto mismo del narrar.

7. La novela *Esta casa vacía* se presenta como una confesión en la que el narrador se dirige a su hijo, pero también a todo aquel que la lea. Por ello, es importante generar empatía. Esa empatía se logra gracias a la construcción del narrador- personaje y, junto con ello, al empleo de estrategias autoficcionales que, por un lado, señalan el vínculo de este narrador-personaje con el autor y, por otro, producen la sensación de autenticidad de quien está dando una versión parcial de los hechos, es decir, de quien está transmitiendo una verdad que puede estar siendo falseada o trastocada por los recuerdos o por el propio acto de la escritura, y que por los mismo no deja de mostrar la falibilidad y artificiosidad de su discurso. Los hechos narrados pueden ser más o menos ciertos, pero lo que sí son ciertas son las emociones que están detrás de ellos y del relato.

8. La empatía lograda puede llevar a que el lector se vuelque hacia sí mismo y piense en su propia circunstancia, de manera que tenga una mirada más crítica y reflexiva sobre el individuo, la familia y las relaciones personales en general en una sociedad como la actual, donde son normalizados -es decir, poco cuestionados- valores como el individualismo, el materialismo consumista, la hiperproductividad y el consumo de drogas para no abandonar la sobrecarga laboral.

Bibliografía

- Alberca, M. (2018). “¿Este (no) soy yo?” En: *Pasajes*, (25), pp. 88-101. Publicaciones Universitat de Valencia.
- Alberca, M. (2018b). “La autoficción, cuarenta años después”. En: <https://theobjective.com/elsubjetivo/autoficcion-cuarenta-anos-despues/> (Consulta: 29 de noviembre de 2019).
- Alberca, M. (2017). *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción*. España: Biblioteca Nueva.
- Alberca, M. (2005-2006) “¿Existe la ficción hispanoamericana?” En: *Cuadernos Del Cilha*. 7(8). Tomado de: http://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitaes/1095/albercaciha78.pdf (Consulta: 29 de noviembre de 2019).
- Arfuch, L. (2013). *Memoria y autobiografía*. México: FCE.
- Braz, M. (2018). “El antihéroe y la justicia en el manga One piece. Análisis narrativo de la obra de Eiichiro Oda”. [Tesis para optar el grado en Comunicación]. Universitat Oberta de Catalunya. Tomado de: <http://openaccess.uoc.edu/webapps/o2/bitstream/10609/82231/6/mbrazTFG0618memoria.pdf> (Consulta: 17 de diciembre 2019).
- Booth, W. (1978). *La retórica de la ficción*. Barcelona: Antony Bosch.
- Casas, A (2018). La autoficción como categoría transversal. Tomado de: <https://elcuadernodigital.com/2018/01/11/autoficcion/> (Consulta: 16 de diciembre de 2019).
- Casas, A. et al. (2017). *El autor a escena*. Madrid: Iberoamericana.
- Casas, A. (2016). Narrativas de las (pos)memorias: autoficción, subjetividad y emociones. En: *Letras Hispanas*, (12). pp 14-23.
- Casas, A. (comp.). (2012). *La autoficción. Reflexiones teóricas*. Madrid: ARCO/LIBROS.
- Cercas, J. (2014). “Vidas hipotéticas”. Tomado de: https://elpais.com/elpais/2014/01/17/eps/1389955534_785550.html (Consulta: 16 de setiembre de 2020).

- Cohan, A. (2016). *Dar vida al personaje. Técnicas para crear personajes inolvidables*. Madrid : Alba.
- Colonna, V. (1989). *L'Autofiction, essai sur la fictionalisation de soi en littérature*. Linguistics. Ecole de Hautes. Etudes en Sciences Sociales: Francia.
- Estébanez, D. (1999). *Diccionario de términos narrativos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Evangelista, I. & Rivera, A. (2016). Autoficción, la literatura de lo real. En: *Ciencia UANL*, 19(79). Pp. 32-37.
- Genette, G. (1993). *Ficción y dicción*. España: Lumen.
- Genette, G. (1989). *Palimpsestos*. España: Taurus.
- Giordano, A. (2013). Autoficción: entre literatura y vida. Recuperado de https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/15484/CONICET_Digital_Nro.19007.pdf?sequence=1&isAllowed=y [Consulta: 21 de febrero de 2020].
- Kamenszain, T. (2017). *Una intimidad inofensiva. Los que escriben con lo que hay*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Lacán, J. (1988). *El Seminario 16: De otro al otro*. Buenos Aires: Paidós.
- Lejeune, P. (1991). El pacto autobiográfico. En: *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*. Suplemento 29 de *Anthropos*.
- Molloy, S. (1996). *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México: FCE.
- Negrete, J. (2015). Tradición autobiográfica y autoficción en la literatura hispanoamericana. En: *De raíz diversa*, 2(3). Pp. 221 – 242. Recuperado de http://latinoamericanos.posgrado.unam.mx/publicaciones/derazdiversa/no.3/Negrete,_Julia._Tradicion_autobiografica_y_autoficcion_en_la_literatura_hispanoamericana_contemporanea.pdf [Consulta: 21 de enero de 2020].
- Olmos, A. (2017) “Cómo la autoficción se convirtió en autopromoción: crónica de un despropósito”. Tomado de: https://blogs.elconfidencial.com/cultura/mala-fama/2017-04-19/dia-del-libro-autoficcion-autopromocion_1368357/ [Consulta: 14 de junio de 2020].
- Pozuelo, J. (2005). Autobiografía(s). En: *Quimera*, 263-264, pp. 23-24.
- Reisz, S. (2018). “Posverdad: ¿Es verdad la autoficción literaria?”. (Archivo de video). Tomado de <https://puntoedu.pucp.edu.pe/es/videos/posverdad-es-verdad-la-autoficcion-literaria/> [Consulta: 13 de marzo de 2020].

- Reisz, S. (2016). Formas de la autoficción. En: *Lexis*, (40), Pp. 73-99.
- Rico, E. (2012). *Saber narrar*. Madrid: Instituto Cervantes y Aguilar.
- Todorov, T. (2012). *Los géneros literarios*. Buenos Aires: Waldhuter Editores.
- Tornero, A. (2011). *El personaje literario: historia y borradura. Consideraciones teórico - metodológicas para el estudio de la identidad del personaje en las obras literarias*. Madrid UAEM/Miguel Ángel Porrúa.
- Toro, V. (2017). *Soy simultáneo. El concepto poetológico de la autoficción en la narrativa hispánica*. Madrid: Iberoamericana.
- Toro, V. et al. (2010). *La obsesión del yo: la auto (r) ficción en la literatura española y latinoamericana*. Madrid: Iberoamericana.
- Vargas Llosa, M. (2006). *Cartas a un joven novelista*. Madrid: Alfaguara.
- Vila-Matas, E. (2005). Autoficción. En: *Quimera*, (263-264), pp. 25-26.
- Wood, J. (2016). *Lo más parecido a la vida*. Madrid: Editorial Taurus.
- Xaldua, I. (2018). “Manifiesto contra la autoficción”. Tomado de: <https://ctxt.es/es/20180124/Culturas/17487/autoficcion-el-ministerio-novelas-libros-critica.htm> [Consulta: 26 de marzo de 2020].

Obras citadas

- Dubrovsky, S. (1977). *Fils*. París: Galilée.
- García, M. (2017). *Esta casa vacía*. Lima: Peisa.
- Fernández, N. (2016). *La dimensión desconocida*. Santiago: Penguin Random House.
- Naipaul, V. (2002). *Leer y escribir*. Barcelona: Debate.
- Vásquez, J. (2011). *El ruido de las cosas al caer*. Barcelona: Alfaguara.

ANEXO

**Esta casa vacía
(novela publicada)**

Marco García Falcón

Para Nicolás

Ars

Escribo

Porque

Me gusta el

Silencio

Si no, gritaría.

LIZARDO CRUZADO

El escritor es una persona que
tiene esperanza en el mundo;
la gente sin esperanza
no escribe.

JOYCE CAROL OATES

ÍNDICE

Primera parte

Segunda parte

PRIMERA PARTE

CUANDO TADEO NACIÓ, era de madrugada y yo estaba en mi casa, tratando de dormir un poco, porque la dilatación estaba demorando demasiado y el médico me había sugerido descansar. Pensaba entonces en mi hijo, pero también en qué flores le iba a llevar a Micaela cuando amaneciera. Un timbrazo en la oscuridad me sacó de esa duermevela inquieta. Tadeo ya había llegado al mundo, pero algo había pasado. Cuando lo vi, estaba en Cuidados Intensivos, los ojitos cerrados, amoratado, cubierto de cables y agujas y respirando a duras penas a través de una máquina. Uno de sus pulmones no se había desarrollado bien y había que operarlo de inmediato. “Uno de cada diez”, me dijo el médico, “se salva en estos casos”.

Aniquilado, sin otra alternativa, firmé la autorización. Y yo, que desde siempre he sido una persona vieja, un alma vieja, salí de aquella sala llena de tensión e incertidumbre con cuarenta, cincuenta años más. Yo mismo tuve que darle la noticia a Micaela (al bebé solo se lo habían mostrado un instante para proceder a auxiliarlo) y no sé qué fuerza misteriosa, qué segunda naturaleza me permitió mantenerme en pie en aquellos momentos de irrealidad.

Tadeo resistió. Y lo que vino después es algo que quizá no todos puedan comprender. Cada avance, cada progreso que para otro niño es natural e impensado, para él ha significado un esfuerzo, un desafío y una victoria que celebramos con una algarabía silenciosa. La asistencia profesional puede llegar a ser cara y yo por eso nunca, en el tiempo que estuvimos juntos, rehuí ningún trabajo, ni siquiera aquellos que, me decían mis amigos, ya no eran para mí.

A veces, en medio de mis jornadas interminables, pensaba que me iba a morir, que me desintegraría en mil pedazos mientras me movía, pero no sé por qué tenía la certeza de que mi cuerpo era tan solo una cáscara sin importancia y que me sobreviviría una energía impetuosa, un fantasma de humo que rompería todas las barreras del aire y cumpliría con todo lo que había que cumplir.

Muy tarde, a las nueve o diez de la noche, lo que quedaba de mí llegaba a casa y entonces Tadeo –mi Tadeo- me recibía con un abrazo y con regalos que se ponía a hacer apenas me veía: dibujos de sus juguetes favoritos o libros inventados envueltos en papel bond pegados con cinta scotch y dedicados para mí. Yo casi no tenía energías para jugar y, sin embargo, un nuevo aliento me sobrevinía y me acercaba diciéndole –sin decírsela en verdad- esa frase de aquella otra niña especial que también se inventaba mundos y que tanto me gustaba leer en la universidad:

“Te ofrezco lo mejor que hay en mí, que eres tú”.

Eran tiempos difíciles, terribles, en los que la esperanza se iba diluyendo con las horas y había que sacarla a flote cada mañana para poder continuar. Pero, ahora, es peor: Tadeo ya no está, Micaela ya no está y yo solo soy un desesperado fantasma que habita un departamento medio vacío que no le pertenece.

¿Puede haber algo más doloroso que luchar por que el último bote no se hunda y darse cuenta, de pronto, de que este ha desaparecido? ¿Que estamos solos en la oscuridad?

Siempre pienso en mi hijo. Cuando escribo su nombre o pronuncio en silencio sus cinco letras es como si lo estuviera viendo. Uno de los hábitos que más extraño de la época en que todavía éramos una familia, es ir los dos solos al mercado de Surquillo. Allí encontrábamos los alimentos orgánicos que eran los que mejor le venían. En el carro él me hablaba de las cosas del mundo que le interesaban y yo de las mías: era un intercambio provechoso. Pero había también una conexión sin palabras. Un día, mientras salíamos del estacionamiento, lo descubrí esforzándose en abrirse la casaca que con mucho esmero le había cerrado su mamá: quería llevarla exactamente como yo. Y dos domingos después, antes de salir, me preguntó, como si fuera una cuestión de estado, qué cosa me pondría: si zapatillas o zapatos. Ambos nos calzamos zapatos. Cada vez nos sincronizábamos más y a la semana siguiente, en nuestra competencia por ver quién se cambiaba primero, me pilló a medio vestir. “¿Qué es eso?”, me miró sorprendido. “Unos boxers”, le dije viéndole esa carita que ponía cuando aprendía algo que no se olvidaría. Salió disparado donde su mamá a preguntarle si había boxers para niños y ella le contestó que no había visto y que si había, tal vez no tendrían dibujos ni diseños para niños. Tadeo se quedó en silencio, a lo mejor derrotado o desencantado porque había llegado a un punto donde no podía ceder, pero al rato se oyó su voz firme y clara. “No importa”, dijo.

Esta no es la primera vez que me propongo escribir un libro. Mi primera (y única) publicación la hice cuando tenía veinticinco años, esto es, hace diecisiete. Un conjunto de cuentos que compuse muy lentamente, poniendo lo mejor de mí, y que por allí algunas personas recuerdan.

Y es que un libro es como una botella arrojada al mar: algunos la cogen y algo les dice; otros la ven y la dejan pasar; y hay quienes no están en situación para su encuentro. Y una vez

que partió, con seguridad vendrán otros. Acaso lo más importante de escribir sea eso: un mar que rebulle, que se abre silencioso ante nosotros y que nos llama, un horizonte al que uno quiere llegar dando brazadas en la oscuridad, ofreciendo todo lo que se tiene, movido por el miedo y una fe misteriosa, porque la promesa de seguir adelante no se alimenta de lo ya conocido sino de lo incierto, de lo que no tiene nombre y de lo que no está.

Únicamente de lo que vendrá.

Es agosto y la luz grisácea que da a la ventana del departamento donde ahora vivo me despierta. Me baño, me cambio y me voy a trabajar. Mi rutina se ha vuelto así: dormir por las mañanas, arrastrarme por las tardes en el cuarto y salir a eso de las seis para ir al diario donde, además de cumplir con mis labores, garrapateo estos apuntes. La única persona que veo durante mis horas de encierro es a Sandrita, la niña que me trae el desayuno extrañeza y dijeran que era *un poco rara...*

A los dos días me la encontré en la academia en la que yo era un profesor antiguo (en tránsito a dictar solo en la universidad) y ella hacía sus pininos como tutora. Me atreví a hablarle y ella no mostró mayor interés, aunque tampoco pareció incómoda. Como estaba revisando el listín cinematográfico en el periódico, le pregunté si quería ir al cine más tarde y algo en sus ojos me dijo que sí.

Esa salida sería como el anuncio de lo que pasaría después. Ella no hablaba mucho y yo, en cambio, temeroso del silencio, me desangraba en palabras. Y a pesar del desequilibrio, nos sentíamos bien.

Lo que más recuerdo de esa primera salida fue nuestro primer beso. Luego de ver una película en el cine Pacífico, nos pasamos a Barranco. Estábamos dando vueltas por el parque municipal y unos niños de algún colegio aledaño habían salido a pasear las antorchas que ellos mismos habían confeccionado. Como número final hicieron una especie de baile e invitaron a sus familiares y a los curiosos que mirábamos a bailar en medio de las luces y de la música que salía de un altoparlante. Nosotros nos movíamos divertidos y en algún momento nos besamos. Ella sonrió, y yo me sentí el hombre más feliz del mundo, y la noche se encendió con una algarabía desenfadada.

Deambulamos con ese éxtasis por el parque. Nos metimos a un bar y nos quedamos solo por un rato. Cuando nos cansamos del humo y la música, fuimos a la Bajada de los Baños. Sin pensarlo mucho acabamos en la parte oscura donde se refugian las parejas, sentados en las

bancas aherrumbradas adonde llegaba el aire fresco y salado del mar. Nunca antes habíamos estado allí por nuestra cuenta y, a pesar de lo cursi o simple que podía parecer, había una magia que de pronto se cortó. Un par de muchachos -dos jóvenes delincuentes- se nos acercaron para fingir que nos vendían algo, cuando en realidad querían asaltarnos. Reaccioné impulsivamente, dispuesto a enfrentarme a esos malandrines, diciéndoles que qué les pasaba, pero algo me contuvo. Dejé de mirarlos con molestia, saqué un billete de diez soles y se los di. “Es todo lo que tengo”, les dije. No sé si fue por el estado en que se encontraban –el gesto duro, los movimientos nerviosos- o por los grandes ojos asustados de Micaela que brillaban con un fulgor indescifrable, pero el hecho es que los delincuentes guardaron la plata y se retiraron sin decir nada.

“Hay que irnos a otro lado”, me dijo entonces ella. Yo le propuse volver a la calle de los bares o llevarla a su casa, pero su sugerencia me dejó sorprendido. “Un lugar donde estemos más tranquilos. ¿No conoces un hotel?” Me sorprendió porque Micaela no era por ningún lado una chica movida, o muchos menos recorrida, y se notaba que lo que quería era que retomáramos aquel momento en el que habíamos estado.

Mis salidas a Barranco no habían pasado de borracheras y jamás las había terminado metiéndome a un hotel con una chica. Sin embargo, sabía de uno en la avenida Grau que, según me habían dicho, era bueno. Fuimos para allá y una vez en el cuarto no hablamos nada. No nos dijimos nada. Volvimos a besarnos como antes, con un desquiciamiento tal que casi no sentíamos los labios. Lo que sí era ostensible era mi erección. Yo no quise dar un paso más hasta no sentir una señal, y esta llegó con una caricia distinta que me erizó la piel. Solo entonces me di cuenta de que no tenía protección, ni que me la habían ofrecido al momento de pagar. Le dije a Micaela que lo solucionaríamos de inmediato. Bajé a la recepción y el dependiente – un viejito cegatón y distraído- me dijo que se le habían acabado, que seguro encontraba en la farmacia que había a dos cuadras. Me parecía increíble que pasara eso, pero me dije que nada malograría aquella noche. Salí a la calle, al aire frío y ruidoso, con el corazón acelerado y una erección indisimulable que me dificultaba caminar. Mala suerte. En la farmacia solo había preservativos baratos, de bajísima calidad. Tuve que recorrer tres cuadras más para encontrar los adecuados. Y para no perder más tiempo me regresé corriendo, cortando el aire que se me metía a torrentadas por la boca y me hacía percibir la humedad que empapaba mis pantalones.

En el cuarto, la voz suave y tranquilizadora de Micaela (“no te preocupes”, me dijo) y el calor de su cuerpo y el ímpetu de sus caricias me hicieron saber que todo seguía igual, que aquella pausa no nos había jugado en contra. Nunca antes me había sentido tan cómodo y tan

compenetrado con una mujer. Y creo que ella se sentía igual conmigo. Había un orden que se superponía a todo, lleno de sorpresas que aún no habían terminado de aparecer. Micaela no había estado con otro hombre antes; me refiero a que si lo había hecho, no había pasado de tocamientos o escarceos, y esa circunstancia que podría resultar muy poco probable hoy, no lo era tanto por entonces. Me di cuenta en el acto mismo. Dije algo idiota que ahora no recuerdo, pero lo que no olvido es la forma en que me dio a entender que esa era una razón más para hacer que esa noche continuara siendo especial. No usó palabras ni movimientos. Fueron sus ojos, su mirada.

Algo que brillaba con dulzura en esa oscuridad levemente tamizada por las luces amarillas del poste de luz que había tras la ventana de cortinas añosas.

Un resplandor delicioso, callado.

Una chispa que guiaba la fluidez y la justeza con que se acoplaban nuestros cuerpos, y que en nada presagiaba el incendio que vendría después.

Nuestro período de enamorados duró cinco años. Un tiempo largo para la media de hoy, pero no tanto para la de nuestros padres. Los días de mayor luz, de exaltación deslumbrante, se prolongaron por unos dos años. Encuentros a toda hora, salidas a fiestas los fines de semanas, viajes largos que nos descubrían aspectos o detalles de nosotros mismos aún inexplorados. Luego, vino el reposo, una quietud bienhechora de la que también gozaba el país, pues el caos y la desesperanza en los que lo había sumido el fujimorismo parecían atenuarse con la llegada de un nuevo gobierno democrático... Nos quedábamos entonces en la casa de Micaela o en mi cuartito alquilado viendo una película, comíamos en algún restaurante cercano o lo que nosotros mismos nos preparábamos. Yo estaba terminando mis estudios de maestría en Literatura, y ella los de pregrado en Psicología. Era normal hacer planes, pensar en el matrimonio.

Y aquí entramos al primer punto espinoso. Como muchos de mi generación, yo alargaba los plazos, proponía nuevas fechas, buscaba mantener las cosas como estaban. Y quizás hubiera continuado así si no hubiese sido porque Adriana, la mejor amiga de Micaela, se casó por aquella época. No bien salimos de su boda (en la que Micaela por supuesto recogió el bouquet, que le estaba milimétricamente destinado), nos pusimos el plazo de un año. Casarse, mudarse a una casa no es barato y acordamos ahorrar de manera puntual para ello. Yo ponía el dinero en un sobre como quien paga una cuenta que nos es terminante y Micaela, en cambio, se

aplicaba en entregar su parte con un cuidado y una religiosidad que servían para recordarme, cada mes, que el matrimonio era una realidad ineludible.

En ese período tanteamos iglesias, revisamos avisos de departamentos, nos compramos algunos muebles. Yo pasaba por una buena racha (cada cierto tiempo me invitaban a dictar clases de redacción en instituciones grandes) y por esos meses me encargaron trabajar en un organismo estatal que resolvía controversias comerciales. La paga y el local eran muy buenos, pero quién imaginaría que en aquel auditorio de butacas de cuero y aire acondicionado que me habían dado para capacitar a todo el personal, se me vendría la noche. Y apenas menciono esto, ya se me nubla la mirada y empiezo a sentir un extraño borboteo en el vientre. Todo fue tan rápido y tan aparentemente natural que no sabría señalar el momento exacto. De pronto estoy en mi carro, ya concluida la segunda sesión, y hay un grupo de chicas jóvenes que me preguntan por dónde voy y si las jalaría por el camino. Les abro la puerta encantado. Son mis alumnas y no podría negarme. A veces soy distraído y recién entonces empiezo a fijarme en las caras, que tengo retenidas en la memoria pero que no puedo discernir con claridad. Una de ellas se llama Tamara, está sentada a mi lado y aunque es la que menos habla y solo sonrío, es la que siento más conectada a mí. Una forma de mirar. Un gesto lento en la manera en que se levanta el cabello. Las dejo en Armendáriz y nada ha pasado en realidad, pero ha pasado.

A los dos días vuelvo a dictar mi clase, y allí está ella sentada atrás, sin hacerse notar, pero mirándome fijamente. Uno, cuando es profesor, sabe hasta qué punto el interés es solo académico. Terminada la sesión, me subo al carro y la veo pasar. Le digo si no quiere que la lleve a ella y a sus amigas como la otra vez, y ella me contesta que sus amigas ya se fueron, que otra compañera las jaló. Le digo que igual puedo llevarla por allí y, con algo de duda, acepta. En el trayecto hablamos de las clases, del puesto que desempeña (es su segundo año de estudiante de Economía en la universidad y está haciendo sus prácticas), pero también de asuntos personales. Tiene pareja y le digo que yo también, pero no sé por qué omito que estoy próximo a casarme. Señalar eso, afirmar que somos personas comprometidas, nos da una especie de tranquilidad. Es como si hubiera en el aire un seguro que nos inhibe de dar un paso en falso. Un cinturón de castidad que nadie va a animarse a romper. Pero que, en el fondo, lo sabemos y lo sentimos, queremos que desaparezca.

El curso duró seis sesiones, así que solo la jalé un par de veces más. Mejor para mí. Mientras menos la viera, menor sería la tentación. Pero algo modificó el curso de las cosas. Luego de la última clase, la jefa del personal y quien me había contratado propuso que celebráramos el fin del curso en su casa. Era viernes, al otro día feriado: todos recibieron la

invitación con entusiasmo. Nos fuimos en nuestros carros, yo esta vez sin llevar a nadie. La casa era una propiedad enorme en las Casuarinas y, por el despliegue de los empleados que nos sirvieron tragos y bocaditos, parecía siempre preparada para ágapes y reuniones. Nos ubicamos al lado de la piscina y yo pasé mucho rato conversando con los directivos más altos, quienes parecían muy interesados en tener otro trato con su profesor. De vez en cuando volteaba hacia donde estaba Tamara (se había sentado en una mesa frente a mí, con sus compañeros de oficina) y notaba que ella también estaba pendiente de mí. Conforme pasaban las horas, el flujo del trago se acrecentaba y el ambiente se iba animando. Dos chicas -secretarias de los jefes con que conversaba- me sacaron a bailar y yo me fui con ellas. Tamara también bailaba, pero yo había decidido tenerla a una prudente distancia y creo que ella también. Hasta que las provisiones se acabaron y la gente empezó a retirarse. Entonces fue que la jalé.

No tengo claro el orden de lo que pasó. Solo tengo nítido el recuerdo de las sensaciones. Estábamos en mi carro, estacionados en una calle en penumbras, y nos besábamos desesperadamente. Yo ardía en deseo y en algún momento le toqué los senos. Eran grandes, rotundos, tensos, dos prominencias en las que me había fijado desde antes de reconocer a quién pertenecían. Seguí. Me pasé al asiento de copiloto donde ella estaba, tiré del respaldo y la cubrí con todo mi cuerpo. Exploré y amasé todo lo que pude y, cuando ciego, embalado, le bajé la trusa, nada se interpuso en mi camino, aunque su voz quebró el silencio: “No debemos hacerles esto”. Así lo dijo: “hacerles”. Me quedé un rato encaramado sobre ella, hasta que vi su cara culposa y volví a mi asiento. “Tienes razón”, le dije, más desarmado que convencido y encendí el carro para llevarla a su casa.

Me propuse olvidarme de todo, pero a las veinticuatro horas la estaba llamando por teléfono. “Creo que no he actuado bien”, le expliqué, “reunámonos para aclarar las cosas”. Y eso quise hacer, pero al verla en el café en el que nos encontramos, al sentir menos intensificado pero cercano ese olor que ya conocía, me convertí en un hombre cualquiera que repite un mismo libreto. Le dije que mi relación iba mal, que pensaba terminarla y que quizá, sin forzar las cosas, podía tratar de iniciar algo serio con ella. Ese día no me dijo nada. Pero seguimos viéndonos, ya sin hacernos muchas preguntas, juntándonos por el mero placer de estar juntos, hasta que una noche se apareció llorosa. No sabía lo que pasaría con nosotros, pero se había dado cuenta de que su relación no tenía sentido y había roto con su pareja. Acababa de hacerlo.

¿Qué es capaz de hacer uno por el deseo? ¿Hasta dónde se puede llegar? La tristeza de su separación le duró un tiempo. Tuvimos que tomarnos varias cervezas en bares y discotecas y luego en mi carro para retomar lo que habíamos dejado a medias. Para que fuese algo especial,

la llevé a un hotel lujoso al que entramos con el infundado temor de que alguien nos reconociera. Acostados sobre sábanas limpias y sedosas, con la luz apagada que ella exigió como un requisito indispensable, nos amamos con una tristeza contenida, con algo que no se sentía en la piel pero que rondaba en nuestras cabezas. Lo conversamos a la luz de la lamparita encendida y volvimos a beber usando aquel frigobar que tenía todo cuanto se podía imaginar. La segunda vez nos fue mejor. Y la tercera y la cuarta, mejor aún. No importaba qué pensamientos se interpusieran: nuestros cuerpos se entendían con asombrosa perfección.

Y esa era una realidad incuestionable.

ANTES, CUANDO DICTABA muchas horas, uno de mis sueños más recurrentes era abandonar esa vida y trabajar en algo donde no tuviera que ver a nadie ni hablar con nadie. Quién diría que ese sueño se cumpliría. Ahora he vuelto a una de mis ocupaciones iniciales y me paso casi todo el tiempo solo, frente a la pantalla de una computadora, o delante de un manojito de hojas de prueba, sin tener que dirigirme a ninguna persona, salvo para cuestiones muy puntuales.

Al principio pensaba que la corrección de textos era una tarea encomiable. Uno lucha por purificar el lenguaje y los resultados de esa actividad minuciosa, de gran alerta, a veces obsesiva, son compartidos y apreciados por otros gracias al milagro de la publicación. Hoy tengo una idea distinta. Es un trabajo como cualquier otro, incluso menos valorado, y uno puede hacerlo con la eficacia y la dedicación de una máquina que le pasa un barniz más o menos brillante a un producto cuya calidad y sentido son ya inmodificables. Un maquillaje. Una aplanadora de asperezas. Eso es lo que nos toca hacer a los correctores de texto.

Ver el oficio de esta manera no solo te aligera sino que te hace más eficiente y quizá por eso me han dado dos turnos en este diario que maneja tantas publicaciones y de las cuales me ocupo de las inactuales. La paga es buena para el promedio y, además de estar solo, puedo

ponerme a escribir mis cosas en los ratos que tengo libres y hacerlo con la certeza y la determinación de quien sabe no encontrará otro momento mejor.

Escribir para atrapar el instante. Escribir para tratar de entender.

Siempre me ha gustado esa idea de Frank Kermode: escribimos y leemos para intentar darle un orden, una coherencia a una realidad que en el fondo no la tiene. Por eso desde chicos nos atraen los relatos, las historias con principio y con final, porque nos dejan la sensación de que la vida se dirige hacia alguna parte, de que tiene un sentido.

No sé en qué momento descubrí a Alejandra Pizarnik. Me parece que leí “Cantora nocturna” y me volqué a leer toda su poesía. Y más tarde siguieron las biografías, las cartas, los testimonios de quienes la habían conocido, sus diarios. Esos textos los encontré medio escondidos, pero una década después los difundirían por todos lados las editoriales grandes. El mito ya se había consolidado.

Sacha, Buma, Blímele, Laura, Alejandra. Tenía tantos nombres como fantasmas la atormentaban. Y su insignia era explorar su orfandad y su extravío para fijarlos en la palabra. En la palabra exacta. En su voz lacerada por las sombras. Una poesía donde convivían dobles, monstruos, niñas y lobos enfrentados a la inevitabilidad de la noche, a los bordes de ese abismo sin fondo que puede ser el silencio.

Vivió treinta y dos años encerrándose cada vez más en sí misma. Su lucidez verbal era extraordinaria y, sin embargo, se desplazaba por el mundo como un ser irreal, como una pordiosera a la que nadie podía dar cobijo. Era una mano sedienta que pedía agua. Una extranjera perdida en un país invisible. Una noche, ya no aguantó más y en el cuartito en que realizaba sus ceremonias nocturnas, rodeada de muñecas y sobrevolada por pájaros de papel colgados en el techo, se hundió para siempre en el sueño denso del seconal.

Al otro día, las amigas que encontraron su cuerpo desnudo descubrieron que había escrito en la pizarra –aquella pizarra que, puesta sobre la cabecera de su cama, miraba obsesivamente- lo siguiente:

“Solo quiero llegar hasta el fondo”.

Y eso es lo que quiero hacer yo también con esto que escribo.

No le dije nada a Micaela de lo que estaba haciendo, ni dejé que se enterara. Empecé a llevar una doble vida, y solo quien ha pasado por eso sabe el enorme grado de tensión y excitación que existen. Veía a Micaela a las seis cuando salía de la academia, íbamos a tomar un café o a comer y, después de dejarla en su casa, a eso de las nueve de la noche, me iba a buscar a Tamara al Británico, donde estudiaba inglés después de cumplir su horario de prácticas. Allí empezaba la locura. Tamara era una muchacha y le gustaba salir a bailar, a divertirse. Casi siempre íbamos a algún pub o discoteca y volvíamos al elemento que nos había unido o que había alisado el camino: el alcohol. Picados, nos íbamos a comer algo o nos metíamos de frente a algún hotel. Y yo, que ya estaba agotado por mi jornada que empezaba a las siete de la mañana, adquiriría una energía inusitada. Algo había en el cuerpo de ella, en la forma en que me deseaba, en la entrega y la pasión que me ofrecía, que hacía que no me importara nada y que me convirtiera en una persona que yo mismo desconocía.

Ella, por lo demás, tenía una capacidad de erotización que me sorprendía pero que al mismo tiempo me encantaba. Alguna vez no llegamos al hotel y terminamos haciéndolo en el baño de un grifo. Alguna vez me la corrió en el auto y se tragó mi semen mirándome a los ojos entre contenta y agradecida. Y como sabía que me volvían loco sus senos, se ponía unos escotes inquietantes o me dejaba con la boca abierta con la lencería que se compraba. Por lo general la llevaba a la una de la mañana a su casa y, para mi suerte, vivía con una prima con la que compartía un pequeño departamento y a la que no le importaba mucho lo que hiciera, salvo que fuese meter a los enamorados porque entonces -ya les había pasado- empezaban las habladurías de los vecinos.

Es difícil permanecer callado en estos casos. Y muy pronto me vi contándole a Dante, en nuestras periódicas reuniones de fin de mes, lo que estaba viviendo. Antes de que pusiera algún “pero”, antes de que saliera en defensa de Micaela, a quien conocía y estimaba, le dije que estaba en perfecto control de la situación, que se trataba solo de una cana al aire (una que nunca antes había tenido y que acaso me podía ser permitida por la proximidad de mi matrimonio) y que, más temprano que tarde, daría por terminada sin causarle daño a nadie. Dante me escuchaba con una anuencia cómplice, aunque no del todo completa. Y conforme pasaban las semanas, me mostraba sus cuestionamientos. “Sigues viviendo tu fin de semana permanente”, me decía medio en serio medio en broma, luego de que le contara lo extenuante de mis días y viera en mi cara las huellas de un agotamiento extremo. “A mí lo que me preocupan son tus deudas”, me apuntilló un día sacando cálculos de los gastos que

representaban todas mis correrías. Y era que yo, irresponsablemente, sin imponerme ninguna restricción, costaba todo con tarjetas de crédito que sabe Dios cuándo pagaría.

Pasé así dos, casi tres meses. Un día, Micaela me sorprendió con una llamada: quería que nos viéramos antes, en un café que habíamos dejado de frecuentar y que había sido recién remodelado. Temí lo peor y me preparé para amortiguar el golpe. Pero la encontré muy tranquila. Nos tomamos un café (ella, que nunca tomaba café) y me preguntó cómo me sentía, si todo estaba marchando normalmente. Le hablé de la tensión de los exámenes parciales en la universidad, de las notas que tenía que presentar. Entonces me miró a los ojos. A menos de medio metro, en esa terraza cálida en la que el sol se ponía con lentitud, quería verme mentir. Comprobar hasta dónde podía llegar. Estaba al tanto de todo. Alguien me había visto, luego otra persona y ella se había atrevido –como nunca- a entrar a mi correo. Allí había mensajes no para Tamara, sino para Dante en los que se traslucía en lo que estaba metido. Luego, me había seguido. Conocía perfectamente mi rutina. Lo había pensado y había comprendido que no tenía sentido llorar o hacerme un escándalo porque lo principal ya se había perdido. Yo me había “caído” para ella. Ya no me tenía confianza. Y así se tratara de algo pasajero, eso modificaba nuestros planes, nuestras vidas. Mejor era que nos separásemos. Me lo decía con una dignidad, con una prestancia que me impedían hablar. Me estaba cortando con la frialdad que se tiene ante un desconocido. No, no era lo que me hubiese imaginado. Pero tampoco mi actitud fue la que me habría esperado. Le dije que tenía razón. Que, frente a la contundencia de los hechos, no podía sino hacer lo que ella quisiera. Y luego la vi partir, y no hice nada por detenerla, y me quedé allí sentado con la extraña, turbadora sensación de que había perdido algo importante, fundamental en la vida pero que, como en esas relaciones atávicas que reclaman su fin, era ahora libre, impensadamente libre.

Deambulé un rato con el carro y por inercia me descubrí en Miraflores, rondando como siempre el Británico. “¿Pasa algo?”, me dijo Tamara. “Estoy con la corregidera”, le respondí. Me acarició la cabeza y ese gesto de ternura me encendió de deseo. “Hay que irnos a un hotel”, le dije. “¿Así nomás de frente?”, me sonrió, mirándome admirada pero lista para seguirme la corriente. Compramos en un grifo un paquete de cervezas, que bebí con un ansia animal. Creo que, como nunca, anduve callado, reticente y cuando nos acostamos, aturdido por el alcohol y las ganas de no pensar, le hice el amor con una furia descontrolada, una energía profunda que al principio ella interpretó como una brusquedad innecesaria pero a la que, por su propia impulsividad, no se resistió. Lo hicimos cinco veces, yendo más allá de mis fuerzas, y me quedé intentándolo una vez más hasta que un vértigo fulminante me nubló la vista y todo se apagó.

El sueño. La necesidad de que el cuerpo descansara. Al otro día amanecí mejor. O peor. Otra vez me invadía esa sensación inusitada de libertad, de que mi vida podía tomar el curso que yo quisiera. El futuro no importaba. Lo único que valía era el instante.

Me olvidé de Micaela. O me dije que ella estaría bien así, lejos de mí. Y viví con Tamara algo que podía llamarse una relación. Nos veíamos más, andábamos más tiempo juntos, y eso la entusiasmó, le dio la idea de que lo nuestro podía llegar lejos. Me volví un adolescente, cambié de ropas y de costumbres, empecé a vincularme con sus amigos, a ser parte de su mundo joven. Y esa cercanía, que ella sentía tan bien, me hizo daño. Empecé a sentir celos, a cuestionar sus amistades, a vigilar sus salidas, cosas que a ella en un principio le gustaban pero que, por mi insistencia, sintió como una amenaza. Había por eso conatos de pelea, tensiones que crispaban el aire, pero que lográbamos atemperar con el alcohol y el sexo.

El alcohol era nuestro dios, la carretera por la que nos emparejábamos e íbamos a la misma velocidad. Y el sexo era el lugar de llegada y el lenguaje que permitía que nos entendiéramos sin interferencias. El alcohol primero y después el sexo. Sobre esos rieles andábamos.

Pero conforme pasaban los días y, sin proponérselo, tratábamos de tener una relación más normal, fueron apareciendo las grietas. Fisuras que acaso ella no sentía, pero yo sí. Su juventud, su manera despreocupada de vivir, sus amigos, su obsesión por la ropa, por la moda, por estar alegre, todo eso me fue pareciendo insulso. El sexo siempre era un paliativo para mi aburrimiento, pero también se me hizo un territorio conocido. No era que ya no me excitara como antes (ella tenía la capacidad de excitarme solo mirándome), pero el sexo empezaba a tener menos fuerza frente al tedio. Había días en que salíamos con sus amigos, o estábamos conversando sobre temas que ella proponía y no me interesaban, y entonces yo experimentaba la sensación clarísima de estar de más. De querer largarme de allí para siempre. Y ni siquiera pensaba en mi pasado. Ese presente, de haber sido elegido por mí con la más absoluta cordura, no era el que quería vivir.

Y allí estoy sintiendo que el tobogán frenético al que me había subido llegaba a su fin, que pronto regresaría a pisar tierra firme. Tengo la imagen de aquellos momentos -de aquellas semanas, en realidad- como una nebulosa negra, ingrata. Intenté muchas estrategias. Primero, ir disminuyendo las horas que pasábamos juntos, con el pretexto de que tenía mucho trabajo o que gastábamos demasiado y ya no tenía plata. Luego, tratar de hacerle ver que nuestras

diferencias de edad y de personalidad eran insalvables (le llevaba once o doce años, pero a esas alturas se me hacían muchos más). Y frente a todos esos obstáculos ella se mostraba animosa, comprensiva, dispuesta a adaptarse a las circunstancias. Entonces se me dio por pensar que quizá no solo era el sexo lo que nos unía, que quizá podía haber otros puntos de contacto. Pero apenas me vi otra vez envuelto en su mundito, en ese medio que me parecía tan idiota por predecible y mecánico, me volvían las ansias de fuga. En una de esas, a la salida de una fiesta en la que ella estaba feliz y yo aburridísimo, tuvimos nuestra primera pelea de verdad. Le dije lo que pensaba, se lo dije con violencia y ganas de herir, y ella estuvo a punto de golpearme, pero se contuvo, paró un taxi y se fue. Nos dejamos de hablar por varios días. Pero al cabo otra vez estábamos comunicándonos, acordando dónde vernos, y terminamos en un hotel al que yo llegué con una excitación atrasada que traté de cobrarme de la mejor manera, y del que salí con la seguridad plena de ser un adicto, de estar encadenado a una droga.

Hubo dos peleas más de ese tipo, a las que siguieron reconciliaciones similares. Pero en la tercera, que tenía todos los visos de repetir la mecánica, algo extraño pasó. Lo recuerdo claramente porque era la primera vez que experimentaba algo así. Habíamos durado casi una semana sin hablarnos, hasta que ella buscó un pretexto y me escribió un mensaje de texto preguntándome por una prenda suya que creía perdida pero que, en realidad, estaba refundida, como muchas otras cosas suyas, en la maletera de mi carro. Me dijo que iría donde le dijera a recogerla y yo le prometí pasar más bien esa noche por el Británico. Así lo hice. Me estacioné al frente de la puerta, en la Bajada Balta. La vi salir y mientras trataba de ubicarme, la miré bien y la sentí como una persona desconocida, alguien que no tenía nada que ver conmigo y que sin embargo creía conocerme y buscaba a ese que supuestamente era yo. Me encontró, la hice pasar y empezamos a hablar. Sin asperezas, como si nunca nos hubiésemos peleado. “Te invito un café”, me dijo y yo acepté con una amabilidad y una docilidad que eran nuevas en mí. Fuimos al Café de la Paz y allí, sentados en la parte del fondo, me habló con una dulzura y una inteligencia que no olvidaré. Me describió con extraordinaria exactitud quién era ella y quién era yo, qué nos había unido y qué hacía que nos atrajéramos y, sobre todo, me habló de cuáles eran mis miedos, qué cosas me molestaban y qué podíamos esperar para un futuro si nos atrevíamos a continuar juntos. Ella estaba decidida a dejar todo lo que a mí me atemorizaba o me exasperaba, cambiaría o mejoraría no porque quisiera complacerme, sino porque se había dado cuenta de que lo único que deseaba en la vida era estar junto a mí. Yo la escuchaba hablar admirado, de veras sorprendido no solo porque era la mejor chica que uno se podía imaginar, sino porque me veía allí también, lejos de mí, salido de mí, como un espíritu o una energía

bamboleante, que podía quedarse sobrevolando a esa pareja que conversaba tan civilizadamente allá abajo o podía seguir su camino y vagar por el mundo, con una hermosa libertad. Me vi y me oí decir cosas sensatas, frases que a ella la colmaron de esperanza y de alegría, y que a mí también me conmovieron desde la tranquilidad y la distancia en que me encontraba. Salimos, volvimos al carro y, como quien empieza una nueva vida, la dejé en la puerta de su casa. Teníamos todo claro, el mundo era nuestro y el fantasma del deseo se había esfumado o al menos en esos momentos no se hizo presente. La besé larga, sinceramente, como el hombre más enamorado del mundo, y ella se despidió con un rostro de satisfacción que me llenó de ternura y agradecimiento. “Mañana te busco a la salida de tu trabajo”, le prometí mientras le sonreía y encendía el auto.

Nunca más la volví a ver.

HAY UN MOMENTO EN LA VIDA en que todo cambia. No lo descubres mirándote en el espejo, sino repasando fotografías, encontrando ropa acumulada en el ropero que ya no usarás y que debes botar o regalar. Tu cuerpo parece el mismo, pero te das cuenta de que ya eres otro: te demoras más en subir las escaleras, te caen mal las comidas que antes consumías sin problemas, un simple resfrío te puede durar semanas o meses, el olor, la textura de tu piel se sienten más ásperos, con menos brío. Y en particular, te cogen unos silencios súbitos, estás haciendo cualquier cosa y eres consciente de que ya no quieres ir tan rápido, de que ya es más difícil arrojarse al camino sin pensarlo, que la energía que antes desbordabas ya no debes usarla en tomar más impulso, sino en desacelerarte y encauzar tus pasos para no tropezar y terminar desbarrancándote. Y en esos silencios imprevistos, se te da también por recordar hechos y sensaciones que aparentemente no vienen al caso, o por calibrar el peso y la presencia de los que más quieres; los miras y los abrazas con una angustia secretamente liberada, porque comprendes que el tiempo no solo te ha estado corroyendo a ti sino a todo lo que te rodea y que esos encuentros causales o rutinarios son, en el fondo, un milagro.

En ese momento sucede lo que antes creías imposible o inimaginable. Sucede que, al fin, tu sombra te alcanza.

La noche en que vi por última vez a Tamara, me quedé como un zombie. Vagabundé por la ciudad como si esperase que, en el camino, alguien me detuviera o me recordara cuál era mi destino. No tenía adónde ir. Bajé un rato a la playa y me dejé invadir por el aire húmedo que venía del mar, por las exhalaciones saladas que me rondaban mientras yo trataba estúpidamente de ver resplandores en la oscuridad brumosa. Me quedé dormido entre las rocas, hasta que fui despertado por el picotazo de un pájaro o la mordedura de una araña de mar. Seguía igual de idiota, pero volví a sentir mi cuerpo, la humedad sucia de la noche me golpeó, y regresé al carro para volver a casa.

Pude cerrar los ojos un rato más y cuando la luz azul se anunció por la ventana, comprendí cuán estúpido había sido. Por primera vez en esos meses pensé en Micaela. Por primera vez vi con claridad lo que había hecho. Micaela, la chica con la que había pasado buena parte de mi vida. La mujer que estaba a punto de casarse conmigo. La única persona que de veras había creído en mí y a la que había traicionado. Me entraron unas náuseas feroces. Y durante un tiempo indeterminado, entre lágrimas y temblores, vomité con la ilusión de que aquello que tanto me costaba expulsar se llevara también aquella parte de mí que no reconocía, que había mutado terriblemente y que me había colonizado hasta convertirme en un monstruo.

Me di un baño y en aquella maraña de vómitos y sudor frío que me cubría, cerré los ojos y me quedé tumbado en la ducha. Recordé todo. Vi gestos, palabras a las que antes no había prestado importancia y que ahora adquirirían un significado pleno. Micaela, en silencio, había estado en el centro de todo y yo, de pronto, la había cambiado por cualquier otra.

Durante tres días me la pasé en mi cuarto. Me llamaban del trabajo y decía que estaba gravemente enfermo, que no podía asistir, que me buscaran un reemplazo. Y me quedé allí pensando que tenía que volver a ver a Micaela, aunque sea por última vez. ¿Para decirle qué? ¿Con qué cara además? No tenía idea. Pero si yo tenía todavía algún futuro, eso dependía de que volviera a hablar con ella.

Una tarde, me senté a la computadora y escribí una carta larguísima y confusa que solo sirvió para acabar de botar lo que aún llevaba adentro. Al otro día la borré y volví a escribir algo más corto y claro, algo que si Micaela se encontraba invadida por el odio –un odio totalmente justificado–, por lo menos terminara de leer. La envié por el correo electrónico y me sentí un poco reconfortado. La escritura no cura el dolor, no restaña las heridas, pero escribir vehiculiza las energías turbias, las fija sobre un papel y esa cosa negra que nos hace daño adquiere una concreción, se libera y es posible mirarla a cierta distancia.

A la semana, cuando estaba otra vez encarrilado en el trabajo, cuando ya había perdido toda esperanza de que me respondiera, recibí un mensaje suyo. No me decía gran cosa. Se había enfocado en el trabajo. Había ido saliendo del dolor haciendo otras cosas, viendo a otra gente. Y si entonces podía escribirme, era porque en cierta forma ya estaba mejor.

Volví a escribirle. Y esa carta inició una correspondencia que no habíamos tenido ni cuando éramos enamorados. Yo le iba escribiendo textos cada vez más largos en los que le hablaba de lo mucho que la había extrañado o en los que recapitulaba esos momentos tan valiosos que, tal vez, yo no había sabido apreciar y sobre los que le quería agradecer. No le hablaba de lo que estaba pasando conmigo. Si seguía con la chica por la que la abandoné, o si ya eso se había terminado. Le hablaba como si me hubiese despertado de un estado de coma. Como si fuese un sobreviviente. Como si hubiese estado viviendo en un agujero negro al que un golpe de luz había diluido en un instante.

Pasó como un mes así. Hasta que tuve el valor de decirle para verla y ella no se negó. Me dijo para encontrarnos en el Centro por la noche y así lo hicimos. Ella también parecía regresada de una hecatombe. Aunque no se veía triste ni deprimida, estaba hecha un palo, delgadísima, y con un aura apagada, ensombrecida. Nos reunimos en la Colmena y tras caminar un rato entramos al Dominó, un antiguo café por la plaza San Martín. No tengo palabras para describir cuán mal me sentía, pero debía de advertirse en mi rostro, en la torpeza con que hablaba, en mi incapacidad para ser yo quien, como siempre, llevara el hilo de la conversación. “Ahora estoy bien”, me dijo para ayudarme. “Por lo menos puedo mirarte a la cara”. Y me habló del nuevo trabajo que se había conseguido. La habían admitido como psicóloga en un colegio extranjero, con una paga regular pero con posibilidades de crecer. Me aferré a eso. Le hice preguntas, comenté lo que sabía sobre ese colegio. Otra vez las palabras volvían a socorrerme. En algún momento dije algo gracioso y ella se sonrió. Fue como encontrar un rastro de vida en los escombros de una ciudad devastada por un bombardeo. Y yo había originado esa deflagración, no podía olvidarlo.

No sabía de qué más podía hablarle y le dije que había en cartelera una buena película y sin más le propuse verla en un cine de por allí. Tuve suerte porque ella también estaba interesada: había escuchado buenos comentarios. Entramos al cine. No recuerdo qué vimos. Solo sé que estuve a su lado una hora y media, sintiendo su calor, viendo cómo se recogía el cabello que a veces le caía en la frente, preguntándome hasta qué punto uno puede quebrar su vida sin darse cuenta. La película le pareció buena y no hablamos más de eso porque era claro

que yo no había podido concentrarme. Le dije para comer algo y no quiso. Aceptó, sí, que la llevara a su casa.

Volver a mi carro con ella fue otra ráfaga de sensaciones tensas, desagradables. No sé si ella pensó en eso, pero yo no pude evitar recordar que no hacía mucho había tenido al lado la presencia inquietante de Tamara, una presencia que yo había tratado absurdamente de absolver mandando a lavar el carro por dentro, poniéndole forros nuevos a los asientos. Micaela no notó aquel cambio, o quizá hizo que no lo notó. Hablamos poco en el camino, pero cuando ya estuvimos cerca de su casa, paré a echar gasolina y entonces ella me dijo: “¿No quieres que nos tomemos una cerveza?” Era rarísimo: a ella no le gustaba tomar. ¿Me estaba probando? ¿Qué pensaba hacer? “No”, le dije sin saber qué más decir. “Yo sí quiero”, insistió. “Me ha provocado”. Compramos un par de latas y las bebimos en el parque que estaba a la vuelta de su casa, un lugar en el que habíamos estado tantas veces y que de algún modo me hizo sentir que el mundo que había perdido era aún recuperable. Micaela me sugirió poner la música que a ella tanto le gustaba y que me había enseñado a querer: Morrissey, The Cure, Joy Division, Depeche Mode. Y así, escuchando esas melodías familiares, dejando que la cerveza me relajara, la volví a sentir cercana. Seguíamos a la misma distancia y, sin embargo, la forma como se movía lentamente acoplándose a la música, la luz que latía débil en sus ojos grandes y que yo sabía era una expresión de comodidad, eran la prueba de que no éramos personas ajenas. Nos encontrábamos tan bien así que nos animamos a comprar unas cervezas más y cuando nos volvimos a estacionar en el lugar en el que habíamos estado, ella me miró con una expresión indefinible y se acercó para besarme. Le correspondí al principio extrañado, hasta que comprobé que no era en ella un gesto forzado y que cerraba los ojos con pasión, como antes. Sí, como antes. ¿Podía ser posible? La besé con intensidad, reconociendo en esa boca y en esa saliva algo así como el regreso a mí mismo. Pensé estar viviendo una ilusión, pensé que todo se arruinaría en un instante. Y así fue. “Esto es lo que te gusta,” me dijo. No había ningún tono en particular. Solo era una constatación. Debí quedarme callado. Debí omitir cualquier comentario. Pero no: hablé. Le dije que había estado enajenado, que esa chica ahora se encontraba lejos de mi vida y que en realidad siempre lo había estado, que había cometido ese error porque era un imbécil, porque no estaba seguro de si debía casarme o no, y que estaba profundamente arrepentido. Le repetí lo que le había dicho en las cartas, solo que ahora hablaba con miedo, con desesperación. Ella me miraba con una especie de rencor contenido, algo oscuro y violento que nunca le había visto en los ojos. “Yo he hecho lo mismo”, me dijo sin mirarme. “Quería saber qué se sentía”. Entonces me contó. Y fue como si algo muy adentro se

me fuese desgajando lentamente. El día en que le confirmé que la engañaba y me quedé en el café sin retenerla, sin darle mayores explicaciones, sintió que la había asesinado. Con una fuerza que no sabía de dónde sacó, salió de allí casi sin aliento. El mundo se le había venido abajo, nada en adelante tendría sentido. Lloró muchas veces hasta que las lágrimas se le acabaron y el cuerpo empezó a secársele. Al principio no quería ver a nadie, solo lloraba en silencio en el trabajo, en las calles o en los buses, pero luego comprendió que debía decírselo a alguien. Adriana, su mejor amiga, estaba viviendo fuera del país y no tenía más personas en quien confiar. Se le pasó por la cabeza ir a ver a Roberto, un amigo pintor que, en el tiempo en el que habían trabajado juntos en un proyecto, siempre la había escuchado con verdadero interés, acaso porque estaba enamorado de ella. Él se lo había dicho, pero ella le había hecho ver que ella me tenía a mí y me quería. Roberto la recibió con el cariño que siempre le había mostrado. Ella le contó que ya no estaba conmigo, aunque no quiso darle más detalles. Empezaron a frecuentarse, a salir juntos, sin hablar mucho porque ella no quería hacerlo y él se amoldó a su silencio. Un día, ella le dijo para ir a un hotel. “¿Estás segura?”, le preguntó él. Y Micaela le respondió que sí. Esa tarde, después de encontrarse en el local de Emancipación donde él vendía sus pinturas, entraron a un hotel barato, a una de esas casuchas viejas y pulgientas que hay en las calles del Centro. Ella no quiso mostrarle su cuerpo delgadísimo ni se atrevió a tomar la iniciativa. Temerosa pero resuelta, lo dejó acariciarla con cariño, decirle esas palabras bonitas que siempre le tenía reservadas (alguna vez le había escrito un poema en el que la llamaba *mariposa etérea*) y hacerla suya con una delicadeza que ella no creía posible. Igual, no lo disfrutó. No sintió nada. O más bien después, en los días siguientes, se sintió sucia. Pero pensó que era algo necesario. Que yo no le había dado otra alternativa.

Observaba a Micaela hablar, a menos de un metro de mí, sin mirarme, con los ojos puestos en el parque, y yo apenas si podía creer lo que pasaba. De todas las posibilidades que se podían presentar, jamás me hubiese imaginado esa. No podía ser verdad lo que me estaba diciendo. Y como no salía de mi incredulidad, le pregunté con una exasperación creciente si no me estaba mintiendo. Todo era cierto, todo. Y entonces algo se desbordó dentro mí y no me salieron las palabras sino una fuerza atroz que movilizó mis manos y me llevó a tomarla del cuello. Sí, yo que jamás le había puesto la mano a una mujer, yo que había aprendido a tratarla con una particular delicadeza debido a su fragilidad, estaba violentándola, aprisionándole la garganta, diciéndole sabe Dios qué cosas. Y ella no decía nada, tan solo trataba de apartar débilmente mis manos, y eso me enfurecía más porque yo quería oírla decir que todo era mentira. Por suerte una de esas disociaciones que por entonces empecé a tener me salvó de

desatar una tragedia. Me vi desde lo alto, como un loco enfurecido, y luché contra mí mismo para detenerme. Y cuando volví en mí, me encontré llorando y temblando. Ella estaba entre confundida y aterrada, pero no hizo nada por calmar las cosas, se bajó del carro y se fue a su casa. Y yo ya no pude hacer nada más. La dejé ir.

Esa noche no pude dormir. Es más, ni siquiera tuve fuerzas para irme a ningún lado. Me quedé en el parque, llorando por ratos, serenándome en otros, siempre volviendo a las mismas imágenes. Micaela con otro hombre en aquel hotel desventurado. Micaela penetrada por otra persona. Alguien que quizá se había aprovechado de ella. Y de la tristeza pasaba entonces a la ira y de allí a una lucidez culposa: sea lo que hubiese sucedido en aquel cuarto, yo había sido quien desencadenó aquel hecho. Me lo merecía. Tenía que aceptarlo. Y así, yendo de un sentimiento a otro, amaneció. La luz oscilando en el cielo anubarrado, la gente que empezaba a salir a las calles, los autos que circulaban a mi alrededor. Todo estaba cambiando y yo seguía allí.

En uno de esos pensamientos cíclicos, tuve un arranque. Me fui a la casa de Micaela y me encontré con su mamá, la señora Esther, un ángel sin alas que me apreciaba, alguien que uno no podía entender cómo así soportaba al viejo antipático de su marido. La señora se asustó con la cara de muerto que yo llevaba y, rápida y atinada como es, me invitó a pasar al lugar donde siempre andaba –la cocina- y me hizo sentar a la mesa. Me ofreció un vaso de agua y se lo recibí. Estaba dispuesto a contarle todo y así lo hice. Y me vi otra vez llorando amargamente cuando le dije que su hija había estado con otro, tal vez por despecho. Y la señora también se puso a llorar y a lamentarse con verdadera tristeza por lo que había pasado. Ella me estimaba mucho y estaba sorprendida con mi conducta. Pero no se había querido meter. Nosotros éramos adultos y debíamos resolver nuestras cosas. No estaba de acuerdo con lo que había hecho su hija, no lo entendía ni lo avalaba, y sin embargo ya no se podía volver atrás. Me lo decía llorando, aunque en ese llanto había un asomo de esperanza. Nosotros éramos dos personas que se querían mucho, habíamos pasado por un mal momento, pero eso no significaba que todo estuviera destruido. Quizá el tiempo podía curar las heridas, quizá... Me dio un abrazo, como el que le da una madre a su hijo, y por primera vez sentí en aquellas horas inciertas que no solo era un macho herido en su dignidad, sino alguien que había tronchado su vida de una manera definitiva.

Las horas. El tiempo y su transcurso subjetivo. No recuerdo cuánto tiempo pasó desde entonces. Solo sé que hubo un momento en que ya no pude dar más largas en el trabajo y tuve que volver. La depresión que seguramente tenía la trasmuté en una tristeza operativa. Yo podía andar destruido por dentro y, sin embargo, rara virtud mía, tenía la capacidad de seguir actuando, como si mi cuerpo fuera un paquete al que se podía mover más allá de los sentimientos. Con drogas. Con cafeína y, antes, con cocaína. Y cuando me volvía a acordar de aquellas imágenes que no había visto pero que podía visualizar con perfecta nitidez, trataba de dejar de lado las emociones. Asumirlas como un hecho que se podía separar. Y quizá, como con otras cosas en la vida, empecé a hacerlo cuando me cansé de imaginarlas y puede ver todo lo que estaba a su alrededor. Una tarde, abrí mi correo y Micaela me pedía reunirnos para conversar. Solo eso: conversar. La recogí en su trabajo y nos subimos al carro para irnos a algún café. Pero no llegamos muy lejos. Nos estacionamos a unas cuadras, en un parque que no conocíamos. Había poca gente, se insinuaba un sol tenue y corría un viento fresco que nos hacía bien. Hablamos. Yo ya había dejado mi ira en algún lugar, dentro o fuera de mí, y ella estaba como arrepentida. O quizá esa no era la palabra. Estaba sorprendida de cuán enajenantes podían ser la pérdida y el despecho. Ella misma no estaba segura de por qué había buscado esa salida y, más aún, de por qué me la había contado. Era una forma de ejercer violencia contra mí, pero también contra ella. No nos merecíamos hacernos tanto daño. No debíamos acabar de una manera tan dolorosa algo que, sacando las cuentas, había sido agradable e importante para ambos. Le dije que ya no hablaríamos más de eso. Que cada uno había tenido tiempo para procesarlo y que, ahora que estábamos juntos, debíamos hacer otra cosa. Caminamos por el parque, por aquel sendero de setos bajos y piedras rojizas que se iba iluminando de un modo cada vez más hermoso. Y nos pusimos a mirar los árboles, las hojas dispersas en el suelo, los juegos infantiles en los que había algunos niños trepando y corriendo. Conversamos de temas sin importancia, porque de golpe todo a nuestro alrededor se había vuelto importante. Y cuando nos dimos cuenta, el sol había tomado la forma de un disco iridiscente, y su resplandor se expandía, se expandía por todos lados, y ya no era más que la pura luz vibrando y disolviendo las pequeñas imperfecciones del mundo.

UNA LUZ DESLUMBRANTE. Una explosión de destellos cálidos que no parecía propia de Lima y que allí estaba, lista para ser devorada por los ojos y la piel. Y si tanta luz era desbordante, uno podía refugiarse en las sombras de los árboles inmensos o bajo los soportales de las casas aledañas, antiquísimas pero tan llenas de dignidad. Y no había calor en el aire sino esa calidez amable que trae el sol filtrado por el viento: una brisa rumorosa que agitaba los pétalos amarillos y rosados caídos en la pista y que, metiéndose por la ropa, provocaba frescor. Era como si la tarde se hubiese propuesto girar suavemente en torno a aquel universo privado y componer así su mejor imagen.

- Yo creo que este es -le dije a Micaela mirando esa luz.

Ella también volvió a examinar el lugar y me miró a los ojos.

- Yo también.

- Nos quedamos con este, entonces.

- Sí.

Habíamos empezado a buscar un departamento hacía un mes. Los domingos comprábamos el diario, hacíamos nuestras marcas, diseñábamos nuestro recorrido y salíamos desde muy temprano a visitar los lugares. A veces llegábamos muy tarde y ya no veíamos nada, o a veces llegábamos primeros y algo nos desalentaba: la distancia, su poca accesibilidad, el precio, los acabados, las exigencias que nos ponían. Nadie nos había dicho cómo era el proceso, así que nosotros mismos descubrimos que encontrar un sitio aceptable para vivir en Lima no solo implicaba suerte (además de contar con el dinero, claro), sino cumplir con cierto perfil que pedían los propietarios. Habíamos planeado circunscribirnos a la zona por la que vivíamos o nos movíamos, hasta que un azar nos llevó a aquel departamento de Pueblo Libre. Estaba en un edificio nuevo, en una calle tranquila, con cochera y ascensor, y si bien alguien lo había ocupado por unos cuantos meses, parecía de estreno. El único inconveniente era que tenía un solo cuarto –amplio, eso sí- y una pequeña habitación de servicio. Además, el dueño era un dentista muy joven –un gordito sonriente, de colorida camisa floreada- que, siguiendo sus propios métodos, no solicitaba ninguna documentación especial, sino que hacía a los postulantes una serie de preguntas que consideraba claves y los observaba con ojo clínico.

Así que, a menos de quince minutos de haber conversado con ese hombre, volvimos sobre nuestros pasos y le dijimos que queríamos alquilar.

- Perfecto –nos dijo contento-. Me firman este papel, me dan la plata y ya.

- ¿Nada más? ¿No nos va a pasar por el sistema para ver si tenemos deudas? ¿No nos va a pedir nuestras boletas de pago?

- Ya los pasé y todo bien. Pero ni era necesario.

- ¿Por qué?

- Porque yo a la gente la saco al toque.

- ¿Y nunca se equivoca?

- Hasta ahora no.

Y una vez que llenamos el contrato y le entregamos la plata, puso en nuestras manos las llaves.

Debería haber un libro sobre las parejas que se mudan por primera vez, o sobre aquellas que se dan una segunda oportunidad. No un libro inventado, sino uno real con testimonios de quienes han pasado por ese trance que, en el fondo, son casi todas las parejas del mundo. Y debería contener tan solo las preocupaciones, las ilusiones, las experiencias de quienes acometen esa hermosa etapa de tránsito. Porque si se contrastara todo eso con lo que vendrá después, quizá no fuese un libro tan optimista, tan pleno de esa pureza que se moviliza en esos días rebosantes de luz. Un libro de los nuevos inicios. Un libro de quienes, así hayan tenido miles de caídas o hayan ardidado silenciosamente por algo que ya no daba para más, aún pueden renacer.

En nuestro caso, la mudanza no la hicimos juntos. Yo quería aprovechar el tiempo, así que al día siguiente, como estaba en ese periodo de vacaciones posterior al término de clases, llevé en un camión pequeño las cosas que ya habíamos comprado y que teníamos guardadas en un almacén (los muebles de sala y de comedor y los artefactos de cocina), así como mi televisor, mi equipo de sonido, mi escritorio y mis estantes con libros. Me echó una mano el señor Orlando, el portero del edificio, quien no solo se encargó de dar indicaciones precisas a los hombres de mudanza, sino que me ayudó a colocar las cosas en su sitio. Nos tomó varias horas hacer todo eso, pero me regresé a mi casa con una satisfacción indescriptible cuando, ya caídas las primeras sombras de la noche, dejé con una apariencia de hogar algo que antes había sido solo un par habitaciones vacías. Una satisfacción que creo no fue menor cuando Micaela, al otro día por la noche, vio ese espacio transformado.

Dentro de ese libro que imagino, un punto central debería ser el de la primera noche. Durante una semana, Micaela y yo estuvimos yendo al departamento, a veces juntos, a veces

separados, para ultimar los detalles que faltaban. Y para el día en que finalmente nos mudamos, creíamos que ya no nos faltaba nada, pero no. Como en otras tantas ocasiones, volvimos a ir a la tienda de productos para el hogar a buscar un tomacorrientes y un reemplazo para un picaportes malogrado. Y de regreso, nos dimos cuenta de que uno de los focos se había quemado y otra vez estábamos haciendo compras. Como a las nueve de la noche pedimos una pizza que comimos más por compromiso que por otra cosa y, luego de sacar unas últimas cajas, nos entró un sueño fulminante: no tuvimos que darnos mayores explicaciones para comprender que lo único que queríamos hacer era dormir.

Esos momentos de un cansancio brumoso dieron paso al amanecer. Nos despertamos casi al mismo tiempo, sorprendidos con el hermoso resplandor dorado que entraba por las persianas mal cerradas y que daba la impresión de que en el aire iluminado flotaba una constelación de pelusillas imantadas, seres invisibles que gozaban del simple milagro de existir. Nos miramos. Fue tan solo una mirada y entonces de verdad comprendimos que habíamos dado un vuelco a nuestras vidas. Nadie se había olvidado de lo que había pasado, nadie había perdido conciencia de aquel pasaje turbio que nos había desestabilizado, pero después de haberlo conversado tanto, de haber hablado hasta la saciedad sobre aquello en que nos habíamos equivocado y sobre eso que aún vivía y nos permitía recomenzar, teníamos la energía suficiente para escribir la segunda parte de nuestra historia.

Acaso la mayoría de parejas disfruten de la posibilidad de estar mucho tiempo juntos, de recibir a amigos y familiares que no solo celebran el paso que ellas han dado, sino que con su presencia, sus conversaciones y sus risas dan vida a una nueva forma de intimidad. Nosotros también gozábamos de todo eso, y asumíamos con una expectativa plenamente recompensada la realización de aquellos momentos y reuniones. Pero acaso nuestra felicidad era distinta. Era, por ejemplo, estar yo en la sala leyendo un libro que me tenía hipnotizado, y ella en el cuarto escuchando una canción antigua de uno de sus grupos favoritos. Podíamos hacer las cosas que queríamos, darnos nuestro espacio, sabiendo que la otra persona estaba a tan solo algunos pasos y que, en medio de esa satisfacción sencilla, nada impedía que nos juntáramos. Micaela, por lo demás, había deseado largamente salir de la casa de sus padres, desprenderse de aquella sombra tan ominosa y pesada que era su papá.

Fueron dos años que recuerdo como una marea tranquila, como esos momentos de la tarde en que el mar refleja los resplandores del sol declinante y se embebe de la potencia del cielo y de la tierra y deja ver la maravilla de una quietud que es como el equilibrio del mundo. Hasta que un día, de un golpe, el agua se desbordó. Mi padre tuvo un infarto que, de milagro,

no lo mató. Pasó un par de meses recuperándose en el hospital, y lo hizo allí porque justo en ese lugar le sobrevinieron dos ataques más. Le pusieron un marcapasos. Tuvo que aprender a volver a hacer su vida, y en ese trance Micaela y yo también rehicimos la nuestra porque no solo debimos ocuparnos de él, sino vivir con el permanente temor de que otro infarto lo sacara de juego para siempre.

Mi padre: Giovanni Perleche, como yo. Un trujillano que sin un cobre en el bolsillo se había venido a Lima a los dieciséis años y que, sin posibilidades de estudiar una carrera, aprendió de todo en las mil ocupaciones que debió desempeñar. Alguien de quien heredé el perfil de rasgos afilados y algo llamativos, la delgadez no exenta de energía, y también cierta inteligencia y cierto arrojo para afrontar las adversidades, como la de perder a su mujer –una profesora de primaria muy querida en su trabajo- tras una larga y dolorosa batalla. Desde que murió mi mamá (muy joven, a los treinta y cinco años, víctima de un cáncer), mi papá no se había vuelto a casar y, aparentemente, vivía solo en el departamento del Cercado en el que nació y en el que permanecí hasta cumplir la mayoría de edad. Digo aparentemente porque, desde que se quedó viudo, tuvo muchas relaciones con mujeres a las que, una vez que me fui yo, metía al departamento, pero a las que nunca dejaba quedarse de modo permanente con él. Quizá lo hacía por respeto a la memoria de mi mamá. O quizá porque nunca encontró a nadie que estuviera a la altura de ella. Lo cierto es que fue una de esas mujeres la que un día me llamó por teléfono y me notificó del infarto.

No hubo felizmente más recaídas y el mismo día en que a mi papá le dieron de alta (luego de hacerle miles de chequeos y cerciorarse de que estuviera fuera de peligro), Micaela me dio la noticia que se había guardado para un mejor momento: estaba embarazada. Me alegré de una manera inesperada. A diferencia de ella, yo no me había proyectado nunca tener un hijo y las pocas veces que lo conversamos me había mostrado más bien indiferente. Sin embargo, para ser sincero, en las semanas que pasé en el hospital, cuando la salud de mi papá parecía empeorar y la muerte se anunciaba como una realidad insuperable, había sentido una ansiedad y una desesperación que, más tarde lo pude comprender, estaban asociadas al deseo de que alguien venido de mí me sobreviviera.

Aquel mar calmo de los primeros años no lo volveríamos a ver más, pero el horizonte y el cielo se vislumbraban colmados de luz. Con mi padre recuperado y un niño por venir, la vida se había impuesto con sus mejores argumentos.

UN HIJO siempre te hace bien. La mayoría de los hombres creemos –nos forman para ello- que todo gira a nuestro alrededor y que si algo falla, ese error no depende directamente de nosotros. Por eso vivimos echándole la culpa a los otros, a los que están a nuestro lado. Pensar que somos débiles o incompletos o dependientes de los demás es un obstáculo que te amilana, que te saca de carrera. Hasta que viene un niño.

Y entonces, además de dejar de sentirnos el centro, aparece una inusitada sensación de fragilidad. Te levantas con la conciencia de que hay una nueva parte de ti mismo a la que debes proteger y alimentar de todas las maneras posibles para que adquiera la independencia y la energía que tú, paradójicamente, vas perdiendo. Para que sea como tú pero mejor, mucho mejor. Una versión enriquecida de ti mismo. Y te pones a hacer un montón de cosas que antes no pensabas hacer, y evitas muchísimas otras, porque descubres que ayudando a ese ser que tiene tanto de ti y que a la vez será tan diferente, te estás ayudando a ti mismo.

Un hijo viene a decirte quién eres. Está hecho de tus sueños y deseos y, claro, de todo aquello que es insalvable, de aquellas fallas que él te ha enseñado a ver con una descarnada lucidez y que ahora quieres atenuar o borrar. Un hijo es tu oportunidad para mirarte. Para enmendarte o volver a equivocarte.

La noticia de que seríamos padres no solo me tomó por sorpresa a mí sino también a Micaela porque, a pesar de ella llevaba una alimentación saludable, hubiese querido estar mejor preparada: tomar los suplementos necesarios, consumir más omega 6, acondicionar su cuerpo para tener un hijo. Quizá por eso, o porque íntimamente, como le había dicho un médico, se negaba a aceptar su nuevo estado, tuvo un embarazo difícil, tenso, en especial a partir del tercer mes: andaba inapetente y si comía algo, de inmediato lo devolvía. Debió ser hospitalizada hasta en tres oportunidades con la prescripción de tomar, pese a sus reparos, una serie de medicamentos para poder continuar con el embarazo. Aunque un tanto desconcertado, yo la asistía en todo y procuraba levantarle los ánimos. Felizmente, al llegar el sexto mes, empezó a sentirse mejor y desde entonces pudimos disfrutar con más tranquilidad de los preparativos para la llegada de Tadeo (le pusimos ese nombre porque nos gustaba, nos sonaba bien, pero quién iba a saber que presagiaría aquello de los “imposibles”). Nos sentíamos tan contentos

que hasta participamos de la organización del baby shower, al que entre familiares y amigos acudieron más de un centenar de personas.

Una noche, a eso de las tres de la mañana, Micaela me despertó entre asustada y feliz: se le había roto la fuente. Cogí entonces la maleta que teníamos preparada (habíamos acordado que el parto fuese natural y que lo esperaríamos en casa) y, cargando a mi mujer en brazos, me la llevé al hospital (a pesar de tener menos comodidades, nos pareció una mejor opción que una clínica donde para todo te quieren sacar dinero y en la que, nos enteraríamos después, un seguro particular no cubre ciertos casos). Allí, en una salita fría en la que entraba y salía mucha gente, esperé por varias horas hasta que el médico me dijo que la dilatación estaba demorando demasiado y que si quería, podía irme un rato a descansar a casa. Le hice caso, aunque solo pude pegar los ojos por una hora pues, como ya he dicho, me quedé pensando en las flores con que quería aparecerme al otro día. Entonces recibí aquella llamada funesta y cuando regresé al hospital, una enfermera me dio la noticia: Micaela ya había dado a luz pero había habido un problema. El médico encargado del área fue quien me lo explicó: el bebé había nacido con dificultades para respirar y, luego de evaluarlo, habían encontrado que tenía una hernia diafragmática, es decir que uno de sus pulmones no se había desarrollado bien, lo cual hacía inevitable una operación inmediata, muy riesgosa y de difícil pronóstico. Lo primero que sentí al escuchar esas palabras fue que las piernas me temblaban y, luego, que el cuerpo se me desvanecía. Esa sensación se agravó infinitamente cuando, por indicación del médico, entré a la sala de Cuidados Intensivos a ver a mi hijo: estaba sedado, conectado a un respirador artificial, a cuyo conducto se aferraba con desesperación para, en medio de la inconsciencia, seguir viviendo.

Traté de no quebrarme frente a la enfermera que me había acompañado y le dije que iba un momento al baño. Y en aquel cuartito viejo de paredes grises, limpio pero con una tristeza que impregnaba a todas las cosas -la tristeza de aquellos adultos que como yo solo estaban de paso en el hospital-, me eché a llorar. No fue un llanto enérgico, la explosión de una rabia y un miedo sin control, sino un lloriqueo silencioso, balbuceante, que emergía con una vibración leve en la garganta y se irradiaba por el pecho y el estómago y repetía el mismo ciclo, mientras las lágrimas me saltaban a la cara de un modo espaciado pero con un flujo largo. Estar así, arrinconado a una de esas paredes, frente a un espejo empavonado que me reflejaba pero sin atreverme a mirarme en él, me permitió regresar –o empezar a regresar- de esa especie de limbo en el que el tiempo parecía suspendido y comprender que no podía quedarme paralizado.

Fue la primera prueba que debí pasar. La otra fue ir donde Micaela, que estaba recuperándose en una habitación de piso, para decirle, de la mejor manera posible, con una serenidad que en realidad no tenía, lo que estaba pasando con el bebé. Lloramos mucho, abrazándonos con cuidado porque ella aún estaba convaleciente y, después de eso, nos dimos fuerzas para afrontar el destino.

La operación demoró seis horas. Tadeo pudo, por suerte, superarla, como pudo superar también las veinticuatro horas posteriores donde la mayoría de casos similares, luego de un periodo de “luna de miel”, es decir, de aparente recuperación, fallecía por obstrucción respiratoria. Nada, sin embargo, de lo que vendría después sería normal.

El primer año fue sin duda el más difícil. Tadeo vomitaba todo el tiempo y dos o tres veces al mes terminábamos en el hospital, hidratándolo, haciendo que el cuadro no se le complicara con su problema respiratorio. Micaela, angustiada, recurrió al naturismo, aunque los resultados fueron peores. Con claridad los veo a ella y a Tadeo tirados en la cama, flaquísimos y somnolientos, soportando una “limpieza” con productos naturales, bajo la premisa de que ambos estaban contaminados por los fármacos que habían ingerido durante el embarazo. Al principio toleré que se hiciera eso, pero cuando los vi tan mal, en especial a Tadeo que no paraba de vomitar, corté con todo. Lo llevé al hospital y prácticamente lo salvaron de la inanición. No en ese momento pero sí después supimos la razón: Tadeo era en extremo alérgico y muchos de los componentes naturales de aquella “receta”, en lugar de hacerle bien, estaban dañando su sistema inmunológico.

Con el tiempo llegamos a encontrar una solución: darle comida natural y alejarlo de los alimentos con químicos o industrializados. Mejoró, pero vinieron otros problemas. Tadeo no conciliaba el sueño, solo dormitaba de manera intermitente y si se quedaba dormido, era por poco tiempo. Pasaba las noches con un llanto agitado, inconsolable, que hacía que nos desesperásemos y solo pudiésemos cerrar los ojos por unos momentos. Ese sería el primer signo de que las cosas no marchaban como debían. Y luego vendrían otros: unos movimientos un tanto extraños, unas maneras raras de mirar y tocar las cosas, la obsesión por los objetos circulares. Acudíamos a especialistas para que nos orientaran, pero era poco lo que en verdad nos decían: hay que esperar, todavía está muy chiquito para dar un diagnóstico, todo puede ser un trastorno generalizado a partir de un nacimiento tan complicado.

De esos días en que casi no podíamos dormir y vivíamos a salto de mata, recuerdo uno en especial. Una noche regresé cansado a casa y me di con la sorpresa de que ni Micaela ni

Tadeo estaban. Había una nota en la mesa: “Me voy al hospital. Tadeo se ha puesto mal. No quise llamarte para no preocuparte”.

Como un autómatas, me dirigí al hospital. En la entrada de Emergencias, me encontré con mi suegra, la señora Esther, quien siempre nos ayudaba. “¿Qué pasó, señora?”, le pregunté luego de saludarla. “Parece que se ha intoxicado. En la mañana tuvo una fiestecita en el nido y seguro comió algo que no debía”. “¿Pero las profesoras o las encargadas no vigilan eso?”, pregunté con cierta molestia. “Sí lo hacen”, trató de calmarme, “pero tú sabes cómo son los niños. Aprovechan el menor descuido y hacen lo que quieren”.

Entré a la habitación donde estaban. Tadeo se encontraba dormido, sedado y conectado a una botella de suero. Al costado estaba Micaela, adormecida en una silla, con el rostro demacrado. Al sentirme llegar, se despertó. “¿Viste a mi mami?”, me dijo. “Sí”, respondí. “Me acaba de contar lo que pasó. ¿Ha vomitado mucho?” “Sí”, me confirmó. “Como diez veces. Le di sus sales y sus medicamentos, pero no le pasaba. Por eso lo traje. El médico dice que es una crisis alérgica de esas que antes le daba”.

Estuvimos vigilando por varias horas el sueño de nuestro hijo, hasta que dio la medianoche. Micaela quiso quedarse pero yo me opuse. “Tú estás bien cansada; has estado aquí todo el día. Mejor me quedo yo”. Micaela se miró la ropa, que estaba sucia por los vómitos, y aceptó irse con su mamá. “Cualquier cosa me llamas”, me recordó antes de abandonar la habitación. “Claro”, le dije, “voy a estar con el teléfono prendido”.

Cuando me quedé solo, me puse a observar a Tadeo. Como otras tantas veces, su semblante estaba desmejorado y había perdido peso. Todavía tenía el rostro de un bebé: era como si tuviera menos edad, como si cada vez que se enfermara, volviera a ser el mismo pequeñito débil y desvalido que me encontré aquella mañana en una cama de Cuidados Intensivos. Volví a mirar sus rasgos y descubrí el sello de ambos: los ojos, los pies y las manos de Micaela; las cejas, el pecho y la forma del cráneo, míos. Era un cuerpo débil, pero yo tenía la ilusión de que con el tiempo se fortaleciera y su inteligencia siguiera siendo tan desarrollada como hasta entonces. Puede ser débil, me gustaba decirle a Micaela, pero si es inteligente no solo va a saber cuidarse sino que va a ser una persona con posibilidades en la vida.

Al verlo, volví a experimentar la sensación de inquietud que, en situaciones como esa, me embargaba. Desde que nació, Micaela y yo nos preguntábamos qué había sucedido, por qué nuestro hijo había tenido aquel problema. “Es un misterio”, nos decía su médico y también los otros especialistas a los que les hacíamos la misma pregunta. “Sucede un caso en un millón de embarazos, pero no se ha determinado una causa clara”. A mí esa respuesta no me satisfacía y

por eso trataba de investigar por mi cuenta. Una mañana, buscando en internet, encontré una enciclopedia médica que decía: “Entre las causas posibles se reporta la presencia de insecticidas en el ambiente”. No se decía más, pero ese dato bastó para dejarme pensando. Recordé ese fin de semana del verano en que Micaela, con tres meses de embarazo, decidió irse con su mamá para que la ayudara con los vómitos y las náuseas. Yo me quedé solo y una noche en que no podía dormir por los zancudos, rocié con baigón el cuarto, incluso hasta la propia cama. Quizá ese había sido el origen de todo; quizá Micaela, al regresar, había inhalado los restos que se habían quedado en el ambiente. Era solo una posibilidad, pero cerraba la puerta a lo puramente incierto e inexplicable ...

Como a la una de la mañana, pasó una enfermera para efectuar el control de rutina. Todo estaba en orden, así que me sentí más tranquilo y me animé a ir unos instantes al pasillo. Saqué de la máquina dispensadora un café y unas galletas de soda.

Al volver a la habitación, revisé el cuerpo de mi hijo y me di cuenta de que se había orinado. Le cambié el pañal y le arreglé la ropa de cama. Luego, me senté en la silla de al lado hasta quedarme dormido.

Poco antes del amanecer, cuando una mancha de luz pálida oscilaba en la ventana, me despertó una voz alborotada que decía “papi, papi, quiero el cidí”. Era Tadeo reclamando los discos que había en el velador y que eran parte de los juguetes que su mamá le había llevado. Se los di con más gusto que nunca. Lo veía mejor, con su ánimo de siempre, y eso me infundió un verdadero alivio.

Mientras mi hijo estuviera bien, el mundo podía continuar.

MIS JUGUETES SIEMPRE han sido los libros. Lejos de ser una evasión o un entretenimiento, constituyen un insumo fundamental para tratar de entender el mundo y, a la vez, construirse uno propio. Podría vivir sin escribir, pero no sin leer, pero últimamente tiendo más a volcar mis pensamientos y recuerdos en la escritura. Y si no estoy escribiendo, me quedo dándole vueltas a aquello que más tarde pondré en blanco y negro.

Todos mis libros se han quedado, además, en mi antigua casa.

La otra vez Sandrita -nueve años, unos ojos achinados pero grandes, un candor incorruptible: la niña que me trae el almuerzo al departamento y con la que a veces converso-,

me preguntó a qué me dedicaba y ante mi respuesta miró a todos lados y comprobó sorprendida que no había ningún libro cerca. Ni uno solo. “Quizás las hormigas o los ratones lectores se los llevaron mientras dormía”, me escandalicé a modo de broma, y ella se sonrió.

No los extraño. Si me provoca leer algo, lo busco en internet.

Mejor no tener apego por los libros como objetos materiales. Mejor no aspirar a atesorarlos.

De joven me sobraba el tiempo y mi drama era que no tenía plata para comprar los libros que quería leer. Luego, por trabajar tanto, me quedé sin tiempo y mi pequeña tragedia personal era que no podía leer los libros que ahora sí podía comprar y que, dispersos por todos lados, formando montañas que se cubrían de polvo, eran como el doloroso símbolo de mi perdición.

Pensaba entonces en una frase que alguna vez leí por ahí:

“El infierno es infierno porque tiene una ventanita por la que se ve el paraíso”.

Pero sí tengo un apego malsano por ciertos objetos. Desde chico, si no estoy con ellos, si los pierdo, si los deterioro, me descubro buscándolos, reponiéndolos, reparándolos, con una dedicación y una ansiedad dignas de un loco. Por eso nadie puede entender cuán difícil, cuán doloroso fue para mí aceptar que mi hijo tenía una salud frágil, quebradiza, que allí donde cualquier otro niño se movía con naturalidad y despreocupación, él bordeaba un despeñadero. El solo verlo correr, hablar, sonreír me motivaba una alegría secreta e impagable, pero también me enseñó a convivir con la sombra de la amenaza. Las llamadas telefónicas me aterraban; cualquier cosa que alterara el silencio me ponía los pelos de punta. A mi hijo nadie lo podía “arreglar” y en cualquier momento podían surgir nuevas señales de su resquebrajamiento. Era como si viviésemos con una bomba de tiempo en casa, o bajo un techo de cristal en un lugar cercado por las tormentas; y con la sensación de que uno también estaba un poco roto.

Y sin embargo, una fe, una esperanza nos asistía. Yo tenía una suerte de entusiasmo racional que me decía que, en lugar de ver las paredes quebrantadas, los techos a punto de caer, había que fijarse en las columnas, en la fuerza de los cimientos que permitiesen pensar en algo posible, en un edificio distinto pero viable. Tadeo había sobrevivido a lo peor; lo que vendría no sería fácil pero tampoco imposible. Micaela, en cambio, luego de desengañarse del

naturismo como alternativa curativa, había puesto sus esperanzas en Dios. En realidad, asumí que ambos eran caminos que se complementaban. Sucedió paulatinamente, pero hubo un momento en que ya estaba metida del todo en una iglesia evangélica. Los sábados, desde temprano, se iba para allá con Tadeo. Había visto casos de enfermos terminales que se habían curado y estar con esa gente le renovaba los ánimos y le daba un sentido de pertenencia que nunca antes había tenido.

Fue por esa época -Tadeo ya había cumplido los cuatro años- que alguien de la iglesia le sugirió un médico que podía ayudarnos. Una nueva luz se dibujó. Nuestro hijo podía carecer de una pilosidad en el estómago y ese hecho hacía que no solo fuera intolerante a muchos alimentos, sino que varios de estos dañaran su cerebro y ocasionaran trastornos en su conducta. Empezamos entonces a hacerle numerosos exámenes que mandábamos al extranjero y, a partir de la información obtenida, a suministrarle una serie de suplementos. Luego de un período reactivo, su comportamiento y su lucidez mejoraban notablemente, pero tras unas semanas, los efectos favorables decaían, aunque no desaparecían del todo. “No hay que desalentarse”, nos decía el médico. “El sistema neurológico se acostumbra a la presencia del fármaco y tiende a volver al estado anterior. Lo que hay que hacer frente a eso es sorprenderlo con nuevos medicamentos y continuar con los progresos”. Al año Tadeo tomaba unos doce suplementos – siempre sujetos a cambios según lo que arrojaran las pruebas y los retrocesos en su conducta-, además de alimentarse con comida saludable –de preferencia orgánica- y llevar terapias de diverso tipo. Era un régimen que sin duda le era favorable, pero cuyo costo, a pesar de que a cada tanto me conseguía nuevos trabajos, me obligaba a hacer malabares financieros.

Siempre he tenido una especie de inconsciencia con el dinero. Nunca he dejado de pagar mis cuentas, pero hice del crédito un laberinto del que no pude salir. Y esa inconsciencia se desquició con la situación de Tadeo. Si había algo que podía ayudarlo, yo no lo pensaba dos veces. Se hacía y ya después se veía de dónde se sacaba para pagar las deudas. La única alternativa que se me ocurría era trabajar más, mucho más. Y así, en una marea vertiginosa y envolvente, me vi desempeñando todas las ocupaciones posibles, en un rango de horas que desconocía los fines de semana o los tránsitos del día a la noche. Trabajaba sin parar, hasta la extenuación, movido por la ilusión fantástica de que mi vida no importaba y que todo lo que hacía era por mi hijo. Por decisión mutua Micaela no trabajaba. En los puestos que había tenido, le pagaban muy poco y era preferible que, siendo psicóloga, le dedicara su tiempo a Tadeo. Ella podía ayudar más así, que ausentándose por horas y dejando a nuestro hijo en manos de otra persona. Eso no implicaba que no me echara una mano; me ayudaba corrigiendo exámenes,

haciendo materiales y aportaba en todo lo que podía en los estrechos márgenes de tiempo libre que Tadeo le dejaba.

Caminamos por esa cuerda floja durante casi dos años, hasta que fue imposible mantener el equilibrio. Una tarde tuvimos una discusión muy fuerte: por más esfuerzos que hacía, yo no podía seguir costeando todos los gastos que teníamos. Algunos días después, nos enteraríamos de que la señora Esther había sido testigo involuntario de aquella discusión. Había ido de pasada a visitar a su nieto y se había encontrado con esa tensión y esos gritos alterados. No se atrevió a tocar la puerta y esa noche no pudo dormir pensando en cómo podía ayudarnos. Al otro día, mientras bañaban a Tadeo, le comunicó a Micaela la solución que había encontrado: que nos fuéramos a vivir a su casa en Surco, en un minidepartamento que nos construiríamos. ¿Dónde? Como en el tercer piso ya no se podía, porque ese espacio estaba alquilado y la arquitectura de la casa no permitía otro piso, podía ser en el jardín. No sonaba tan bien, era cierto, pero era posible. Había conversado con don Jacinto, el maestro de obras que había hecho todas las refacciones y ampliaciones de la casa, y él le había dicho que no saldría muy caro. Además, lo que tendríamos sería algo propio. Su esposo ya había sido informado y estaba de acuerdo. Sus otros hijos –que vivían en el extranjero pero que en algún momento serían herederos de la propiedad- con seguridad nos apoyarían.

A la medianoche, luego de dudarle mucho y cuando ya estábamos a punto de dormir, Micaela me habló de la propuesta de su mamá. No la desestimé como ella temía. Al contrario, me parecía una buena idea y no veía mayor inconveniente en vivir cerca de mi suegro, pues en general me llevaba bien con él y pensaba que todo lo negativo que se decía de él pertenecía sobre todo a un pasado lejano. Lo que me preocupaba era de dónde sacaría el dinero para la construcción. “Déjame pensarlo”, le dije agotado y cerré los ojos.

Aquí empieza una de las etapas más difíciles que me ha tocado vivir, una etapa que, vista a la distancia, tiene algo de tragicómico. Me acordé de que un banco me había ofrecido una compra de deuda por cinco años, lo cual aumentaría los pagos por intereses, pero me daría un nuevo arco de crédito disponible. Tras una semana de presentar boletas, someterme a evaluaciones y firmar papeles, obtuve una tarjeta con un crédito nuevo. Le di la noticia a Micaela con ilusión porque pensé que se trataba de una buena inversión y que hacerla mejoraría nuestro estado. Pero qué lejos estaba de la verdad.

Arreglado el asunto del dinero, solo faltaba conseguir un arquitecto. Con discreción Micaela y yo sondeamos entre antiguos conocidos para ver si podían echarnos una mano. Hubo muchas promesas, pero nunca llegamos a nada en concreto. La señora Esther realizó, por su parte, sus propios movimientos. Habiéndole comentado lo que pasaba a su marido, este sugirió llamar a una sobrina suya que trabajaba en una conocida empresa constructora. Ellos mismos la recibieron una mañana de domingo en su casa y recorrieron con ella el área sobre la que se haría la construcción. Silvana, así se llamaba la sobrina, era una mujer de unos cuarenta y pocos años, flaca y más bien baja pero con unos arreglos y unos aires de gran señora, que se tomó el té que le ofrecieron después de la inspección y, luego de mencionar los importantes encargos en los que solía estar involucrada y el gran esfuerzo que iba a hacer para darse un tiempo en el diseño que le pedían, dijo que solo iba a efectuar un cobro simbólico por sus honorarios. La señora Esther y su esposo se quedaron con la boca abierta cuando escucharon la cifra, excesiva por donde se la mirara. Tratando de guardar las apariencias, la acompañaron hasta la salida y le dijeron que tomarían en cuenta su generosa oferta. Una vez solos, la señora Esther levantó las cejas sin decir palabra y su marido, fiel a su genio, se fue a su oficina despotricando contra su pariente.

A Micaela no le sorprendió aquella escena cuando se la contaron. Sabía que la familia de su papá era muy estirada y que, en el fondo, la sobrina había buscado la forma de liberarse diplomáticamente de una responsabilidad que no quería asumir. “Creo que vamos a tener que contratar”, me dijo entonces Micaela con cierto desaliento. “Por allí que encontramos a alguien que no nos cobre mucho”. Pero la señora Esther no se dio por vencida. Se le ocurrió hablarle a una conocida de la parroquia a la que iba todos los fines de semana. La señora Romina era una viejita solterona, vestida siempre de un modo austero, a la que todo el mundo tomaba como una religiosa sin votos, pues no solo participaba activamente de la liturgia sino que, con una lucidez y un empeño encomiables, organizaba colectas, grupos de ayuda social y cuanta forma de expresión de caridad cristiana pudiese haber. Como arquitecta, había contribuido además a construir albergues, parroquias y otras edificaciones vinculadas a la iglesia. Cuando escuchó el pedido, dijo sonriente que hacía mucho que se había desligado de la arquitectura, pero que cómo no iba a poder hacer ese favor. No pasaron muchos días para que mis suegros la tuvieran en el comedor de su casa, tomando té y hablando de la construcción. Luego, revisaron el jardín. Si le daban una semana, podría tener un esbozo listo. Y así fue. En la fecha indicada les entregó un sobre de manila con un diseño bien impreso, en cuyo reverso estaban su firma, su sello y su número de colegiatura.

Micaela y yo, que nos enterábamos de esos avances por los comentarios de la señora Esther, nos alegramos. Y la tarde del domingo siguiente nos reunimos todos en la casa de Surco para darle el plano a don Jacinto. No obstante, nos llevaríamos una tremenda sorpresa.

- ¿Qué es esto? –lo oímos exclamar entre extrañado y divertido al examinar el plano.

La señora Esther pensó que había mirado mal y su marido, muy serio, le dijo que no estábamos para bromas.

- Lo que es un chiste es esto –respondió don Jacinto ya riéndose; le faltaban dos dientes delanteros y se tapaba la boca con la mano-. Miren nomás: el baño es casi del mismo tamaño que los cuartos. Esto no sirve para nada.

De todas formas, las obras se iniciaron en noviembre. Frente a la decepción que había significado el plano diseñado por la señora Romina –atribuible a su avanzada edad y sobre el que era inútil reclamar-, don Jacinto tuvo la idea de usar uno con el que había trabajado no hacía mucho y cuyas medidas eran muy similares al departamento que se pensaba construir. “Va a ser casi lo mismo”, nos dijo. “Le hacemos unos pequeños cambios y cuando esté todo listo mandan a hacer el dibujo y le dicen a un arquitecto para que se los firme. Eso no cuesta mucho”. Luego, nos dio una lista con los materiales que se iban a necesitar para levantar los cimientos.

Compramos la mayoría esa misma tarde y dos días después don Jacinto y sus ayudantes se aparecieron en la casa de Surco, muy temprano. Mi suegra y su marido los esperaban ya bañados y desayunados. “Han llegado puntualitos”, se sonrió el papá de Micaela al hacerlos pasar. “Así me gusta; hay que hacer las cosas bien”. Lo decía con el mismo buen humor que había adoptado desde que se enteró de que se iba a hacer la construcción, pero cuando se escucharon los primeros martillazos y, sobre todo, se encendieron los taladros, se descontroló. Apagó el televisor en el que estaba viendo las noticias en su cuarto, bajó a la cocina donde su mujer preparaba el almuerzo, y dijo con un nerviosismo apenas asolapado: “No aguanto la bulla. Me voy a dar una vuelta por allí...”

La señora Esther no se sorprendió y por el contrario le pareció una buena idea. Conocía de sobra su vieja costumbre de caminar por las calles o recorrer los centros comerciales cada vez que podía. Aunque no tuviera dinero para comprar toda la comida que le provocaba (se contentaba con probar los productos de degustación que se ofrecían en los supermercados),

esas vueltas lo entretenían y hasta lo relajaban. Además, si él no estaba, ella se sentiría menos tensa y los obreros trabajarían con mayor libertad.

Una tarde, poco antes de la una, me di una escapada del trabajo. Como era difícil que estuviera al pendiente de los eventuales pedidos de don Jacinto, le dejé a la señora Esther una buena cantidad de dinero para las compras. Conversamos también de Tadeo. Ya no iba a poder acompañarlo a sus terapias, porque se quedaría allí supervisando la obra. Micaela se las arreglaría sola por un tiempo y para dividirnos el trabajo yo me encargaría también de ver la construcción. No estuve más de una hora y al momento de arrancar el carro, vi a mi suegro llegando de la calle con una bolsita de pan en la mano. Le pasé la voz con amabilidad, pero él solo alzó el brazo sin mirarme y se pasó de largo.

Trascurrieron unos diez días de esa manera. Lo único que cambió fue que no volví a cruzarme con el papá de Micaela, quien había dejado sus caminatas para después del almuerzo (justo cuando yo llegaba) y, en cambio, había comenzado a involucrarse con la construcción, lo que podía ser una buena señal. Por las mañanas se plantaba en el jardín para conversar con los obreros, contándoles anécdotas, haciéndoles chistes y si le provocaba, hasta se iba a una ferretería cercana a comprar algunas pequeñas cosas que se necesitaban. Eso sí, cuando don Jacinto, de improviso, dijo que había terminado los cimientos y que le trajeran lo antes posible las primeras remesas de ladrillo y cemento, mi suegro se desinteresó y se subió a su cuarto a ver televisión. Entonces la señora Esther apagó sus ollas, se fue sola a la tienda y regresó al poco rato con el cargamento. Desde la ventana de su cuarto, sin dejarse ver, su marido observó con mala cara cómo los ayudantes de don Jacinto hacían el desembarco, pero no dijo nada. Esperó a que el camión se fuera y retomó la película que estaba viendo.

Al enterarme de eso, le prohibí a mi suegra que volviese a hacer semejante esfuerzo. En adelante, yo me encargaría de las compras grandes. Al caer la tarde, llamaba por teléfono a don Jacinto para saber qué iba a necesitar al otro día. Lista en mano, hacía las compras y en la noche efectuaba el desembarco. Casi siempre lo hacía yo mismo, llevando las cosas en mi carro y dejándolas en las áreas libres de la cochera, pero un par de veces debí recurrir a los camiones de alquiler. En esos casos contrataba a un par de ayudantes y hacía que estos y el chofer se moviesen haciendo el menor ruido posible. “Hay una persona enferma adentro”, les decía antes de llegar y se lo repetía a cada momento.

Había quedado también con la mamá de Micaela en que ella no bajase a abrirme la puerta (podía usar el control remoto que me habían dado para la cochera) y al parecer fue una medida adecuada. Yo entraba de frente y con las mismas me retiraba. Casi siempre encontraba

las luces de mis suegros encendidas y, por lo que sabía, me imaginaba que la señora Esther estaba tejiendo y su marido viendo televisión.

Pero una noche llegué un poco más tarde y vi las luces apagadas. Quizá ya estaban durmiendo. Como solo llevaba unas bolsas pequeñas, apenas si demoré. Estaba saliendo cuando escuché una voz proveniente del cuarto del segundo piso. “Esta casa se respeta”, decía sin dirigirse a nadie pero claramente era para mí. Era mi suegro. “Perdón”, se me ocurrió decir sin saber qué había hecho mal. Continué avanzando y otra vez hubo el llamado de atención: “Este no es un terreno deshabitado para venir a cualquier hora”. Le ofrecí de nuevo disculpas. No obtuve respuesta. No se trataba de un diálogo ni una discusión, sino de una queja dicha sin levantar la voz pero con una convicción férrea, profunda, como la de un loco que sabe amenazado su territorio y no va a escatimar esfuerzos en defenderlo.

Aguardé unos minutos más y, como solo se oía el ruido murmurante del motor, me desaparecí tras la puerta.

SALGO DE LA OFICINA al amanecer. Dejo de tamborilear el teclado, de machacar estos apuntes, cuando el silencio se repliega y hay un latido nuevo en las cosas, como un oscilar de sombras que se abre a un parpadeo azulado del cielo y luego a un fulgor opaco que pone al descubierto a la ciudad.

Entonces abandono el diario y me pongo a caminar por las calles desiertas. Me gusta el aire como vacío que va amoblándose, llenándose de personas que salen a trabajar mientras voy en sentido contrario, presto a ocultarme.

El edificio que ocupo está en Jesús María y cuando llego al departamento del tercer piso, hay todavía una quietud que trato de no romper moviéndome con sumo cuidado, como si temiese despertar a alguien cuando, en realidad, lo único que me acompaña son estos recuerdos que no se inmovilizan en las páginas que escribo, sino que permanecen vivos, activos, aunque más modulados.

Llegar a este lugar fue una suerte que no me imaginaba. Un día mi amigo Dante me envió un correo electrónico preguntándome cómo estaba. Le empecé a contar lo que me estaba pasando, pero luego me di cuenta de que lo iba a cargar por gusto y solo le puse: “Ahí pues, en la lucha, aunque si no quiero caer en combate, tendría que mudarme a otro sitio, solo que no tengo adónde ir y, ya sabes, está el problema de la plata”.

Me volvió a escribir a los pocos días y me dijo que podía venirme a vivir a este departamento que, dentro de las varias propiedades que tiene, no pensaba alquilar ni vender y que podía quedarme en él el tiempo que quisiese sin ningún compromiso. Me daba también ánimos y me decía que el mal tiempo pasaría.

Ah, Dante. No solo es mi mejor amigo sino una de las personalidades más complejas y misteriosas que conozco. Puede ser un pan de Dios y así se ha mostrado conmigo. Durante todo el tiempo que nos conocemos, es decir, desde que éramos unos jóvenes universitarios, no solo ha sabido escucharme con paciencia sino que me ha ofrecido su ayuda generosa y desinteresada. He perdido la cuenta de las veces que me ha invitado a comer, de los libros que me ha regalado y de los préstamos que me ha hecho cuando he estado desesperado y de los que nunca me ha vuelto a hablar para cobrarme o algo parecido. Y sin embargo, hay ciertos aspectos en él que me resultan inexplicables, como su obsesión por trabajar sin descanso para obtener más dinero o la manera implacable con que cobra las rentas de sus propiedades a gente que sabe puede pagarle y no lo hace. Es como si fuera otra persona, ajena a aquella otra con la que me he tomado innumerables cafés bien conversados como antesala a nuestras visitas a librerías, las que siempre concluían en opíparas comidas donde celebrábamos nuestros hallazgos y nuestra amistad.

Hay cosas de las que nunca hemos hablado y que sé por otras personas. Una es la relación tirante con su madre, que solo se acalló con la muerte de esta; otra, la distancia con su padre, quien sufría de esquizofrenia y pasó sus últimos días en un hospital psiquiátrico. Son situaciones que no le quitaron su espíritu amable y desprendido, pero que sí le dejaron huecos, resquebrajaduras que se manifestaban en sus repentinos silencios, en su desinterés por tener una pareja y su obsesión por mantener siempre las cuentas claras. Por eso me alegró mucho que a pesar de que ya no nos veríamos tan seguido, hiciese ese doctorado en Estados Unidos donde, creo, no solo se ha liberado de lastres antiguos sino que se ha abierto más al mundo.

Dante solía decirme que yo era una persona madura porque contaba con experiencias que él no tenía ni quería tener. En algún momento le di la razón, pero ahora creo más bien que soy una energía desbocada a la que las caídas y los tropezones le han enseñado a no combustionar. A no arder ciegamente.

No puedo continuar sin explicar quién era realmente mi suegro. Micaela, como siempre muy reticente, me había contado algo, pero sería su mamá quien, en una tarde de larga

conversación, me mostraría el panorama completo. ¿Cómo era que lo había conocido? Ella había venido recién de Tarapoto y trabajaba en Sears, una de las primeras tiendas por departamento que se habían abierto en Lima y por su buen desempeño, a pesar de no contar con estudios superiores, había llegado rápidamente a ser administradora del local principal. Un día, al entrar a su oficina, lo esperaba el representante de una marca española que quería colocar sus productos en la cadena. Era él.

Le debía de doblar la edad, pero igual le gustó. Su vestimenta elegante, su forma pausada de hablar, las referencias que hacía con naturalidad sobre ciudades y gentes interesantes, incluso hasta su físico algo subido de peso, todo eso le pareció atractivo. Y seguramente ella también debió de parecérselo a él -cosa que no era infrecuente, a decir verdad, pues era y es una mujer guapa-, porque a los pocos días la llamó para invitarla a almorzar. Claro que aceptó. Y discreta y práctica como es, no se lo comentó a nadie. Fue un encuentro agradable, preludio de muchos otros. A los dos meses ya habían conocido a sus respectivas familias y se habían hecho formalmente enamorados. Antes del año ya estaban casados. Luego vinieron la luna de miel en Europa, el departamento en Santa Catalina en el que vivieron los primeros meses, la casa nueva en Surco a la que se mudaron antes de que naciera su primer hijo, Eduardo. Y allí, en ese espacio al que vieron crecer, sobrevino una tarde el horror. Ella le había servido la comida, como siempre, y al hacerlo le detectó una mirada esquiva y una mueca rara. Se sentó a su lado para acompañarlo y cuando le comentó cómo le había ido en el trabajo, no obtuvo respuesta. Entonces se oyó el llanto del niño, el llanto típico de un bebé de meses. “Cállalo”, le dijo él. Ella lo obedeció, como siempre. Se fue corriendo al cuarto para calmar a su pequeño. Cuando lo logró, volvió al comedor. Pero al rato se volvió a escuchar el llanto. “Te dije que lo callaras, mierda”, rugió más fuerte su marido. No tuvo tiempo de hacer nada porque casi al instante recibió un puñetazo en la cara que la tumbó al piso. Como era su costumbre, no dijo nada a nadie. Esa noche él no durmió en la casa, aunque al día siguiente se apareció arrepentido. No dio mayores explicaciones, solo se disculpó, y ella le aceptó las disculpas. Quería pensar que se trataba de un hecho excepcional y, sin embargo, la volvería a golpear. Tres, cuatro veces más. La última sería cuando, sin poder aguantar más, lo denunció en la comisaría y se fue con sus cuatro hijos a vivir a la casa de su hermana. Fue un escándalo que terminó con él arrodillado en la puerta de la casa, prometiéndole que jamás volvería a ponerle la mano. Y así fue.

Pero no dejó de ser un tipo por momentos intratable. Siguió maltratando a sus hijos y ella dejó pasar las cosas. De solo recordarlo se angustiaba. Se veía una tarde cualquiera en el

comedor, con su marido malhumorado, diciéndoles a los chicos que no se muevan, que no hablen, que no respiren, que por qué están tan flacos o tan despeinados o tan rígidos o tan serios. Y si alguien no cumplía sus órdenes, zas, una cachetada, un patadón, un golpe en la barriga, en cualquier parte, sin importar que se tratase de las niñas. Los chicos la miraban expectantes, en busca de apoyo, de justicia, pero ella se quedaba paralizada, o si se movía era para atenuar los llantos, sobar los golpes, atenderlos. Nada más. Y la escena finalizaba cuando su marido se subía a su cuarto a ver televisión, tirando con asco la comida, o ella tenía que llevar a los chicos a los suyos. Se veía también en una mañana plomiza de invierno, cuando el perro de la familia, ese chitzú que su marido había consentido comprar después de muchos ruegos, entra corriendo a la oficina y remueve y despedaza unos papeles con los que su esposo venía trabajando. Su alarido furioso, alucinado, se escuchó hasta la otra cuadra, y eso no fue nada porque más miedo dio lo que hizo después: persiguió al animal hasta capturarlo en el jardín y lo pateó muchas veces, lo pateó con una saña y un rencor descomunales, indiferente al llanto y al ruego de los chicos que le pedían que lo perdonara. Y más que disuadirlo, esas peticiones desconsoladas exacerbaban su sadismo. Cuando el pobre animal había dejado de chillar y solo temblaba, lo cogió y lo arrojó como cualquier cosa al descampado que había al otro lado de la casa y lo dejó morir.

Todo eso naturalmente había dejado huellas profundas, imborrables, en sus hijos. Y quien más las cargaba era Micaela que, siempre tímida y reservada, tenía una gran dificultad para mostrar sus emociones y en circunstancias de tensión o de crisis se bloqueaba o buscaba salidas que implicaran no ir contra la corriente. Una coraza de muda aceptación la protegía, y a veces solo sus ojos permitían adivinar lo que estaba ocurriendo en su interior. Haber estudiado Psicología la había ayudado un poco a manejar esos asuntos, pero el tener un niño como Tadeo la había...

¿Por qué la señora Esther no había defendido a sus hijos, que habían quedado como traumatizados? ¿Qué la inmovilizaba? El temor a destruirlo todo, a perder su mundo que, aunque con resquicios, era todo lo que tenía. Quién de su época se había atrevido a cortar los males de raíz. Nadie. Su tía Fermina también había tenido un marido borracho que le traía problemas, pero permanecieron juntos hasta la muerte. Manuela, su prima, sufría con su esposo por sus continuas aventuras y, sin embargo, eran trapitos sucios de los que solo se sabía de oídas, por comentarios, y si bien habían pasado por peleas y distanciamientos, habían logrado un acomodo, un equilibrio donde se salvaguardaba la familia. De la gente que había hecho lo contrario –conocidas, solo conocidas– no tenía una mejor impresión. Se decían más libres, más

tranquilas, pero había que ver que muy pocas llevaban su soltería o su libertad con un ánimo que fuera envidiable. Acababan sus vidas solas, distrayéndose con cualquier cosa, y alejadas también de sus hijos. Y eso era impensable para ella.

Siempre había tenido la curiosidad de por qué su marido se comportaba así, aunque no había ido más allá. Nunca había podido preguntárselo a la cara; le parecía una intromisión, un desatino, el escarbar en una herida invitándola a volver a sangrar. Pero había escuchado frases, recuerdos, fragmentos de vida que le habían permitido hacerse una idea. Habían salido de la propia boca de su marido cuando este se ponía a conversar con otras personas, en reuniones familiares o con otra gente. Porque, en esos momentos, le gustaba contar su experiencia, impresionar con sus historias, imponer su voz. Y ella, si estaba cerca, escuchaba en silencio, se mantenía atenta a toda aquella información, como si fuera una más. Lo que contaba era, para decirlo en una sola palabra, que se había hecho desde abajo. Solo y con mucha suerte. Su familia, descendiente de brasileños y residente en la selva, había tenido una época de bonanza de la que él, el último de once hermanos, no había podido ver ni el rastro y había sido como el entenado. Tanto así que a los diez años lo enviaron a Lima a estudiar gracias a una beca que se ganó. Un beneficio obtenido, más que por sus buenas calificaciones, por los oficios de quien era su padrino. Lo había hecho pasar por pobre, por huérfano, y fue así como vivió en la capital: interno en un colegio estatal, libre solo los fines de semana, tiempo que no empleaba en visitar a los pocos familiares que tenía, sino en distraerse caminando por la ciudad. Caminar y hablar: esos eran sus pasatiempos favoritos. Y fueron gracias a ellos que pudo conocer gente, relacionarse, como aquella vez que, estudiando economía en la Agraria, se topó con el gerente de la empresa española de textiles más importante en el mundo, quien le daría una oportunidad de trabajo que lo encauzaría por un camino más seguro y estable. No obstante, esa tranquilidad se acabaría al momento de chocar con alguien al que no le gustaba su carácter, alguien que llegó a ser su jefe y prácticamente lo mandó al retiro, con un sueldo mucho menor que lo obligó a rentar parte de su casa cuando, ya jubilado, se quedó con una pensión miserable.

Aquella vez, cuando la señora Esther lo denunció y se fue de la casa, sus hermanas la habían alentado a separarse, a dejar a ese hombre de arranques incomprensibles que, vistas las evidencias, no la valoraba ni la quería. Eran sugerencias muy razonables, sí, pero que no lograban abrirse paso en su corazón. El rompimiento de su familia era algo que no se podía imaginar. Tener hijos, criarlos, atender los asuntos de la casa era su razón de ser. Y eso era algo que había aprendido de su mamá, tan generosa y sacrificada ella, o que tal vez le venía de su propia naturaleza. El logro de la labor cumplida, el trabajo, la vida útil le daban una enorme

satisfacción. En cambio, si no tenía nada que hacer, se aburría y terminaba por vencerla el sueño. Por eso le gustaba tanto estar con su nieto. Era su forma de distraerse, de tomar un poco de aire fresco, mientras disfrutaba de él.

EL VIERNES DE LA MISMA semana en que tuve aquel desencuentro con mi suegro, me pasó algo muy extraño con el carro. Era de noche, me estaba yendo a dictar y, de pronto, en plena hora punta, una nube de humo denso y blanco salió del capó y me obligó a detenerme para no arruinar el motor. Me cuadré frente a un hotelito de mala muerte, en una transversal a la avenida Arequipa, lugar que me pareció adecuado porque podían pensar que se trataba de un cliente. Presuroso tomé un taxi, dicté mi clase y, a las once de la noche, volví.

El mundo era otro: cerrados los comercios aledaños, el hotelito había adquirido un protagonismo rutilante, perturbador, pues en torno a él merodeaba un grupo de travestis que se ofrecían a los transeúntes y a los autos que circulaban por allí. Yo me metí de frente al carro, dispuesto a llamar al seguro para que me trajese una grúa, pero uno de los travestis, apenas me vio, se acercó. Tenía un vestido blanco diminuto, la larga cabellera lacia amarrada en una cola de caballo, los grandes ojos achinados por las sombras, la boca pintada de morado y si uno quería fantasear, había conseguido parecerse en algo a la cantante Amy Winehouse. Ante sus propuestas le expliqué con tono serio que solo estaba allí por un problema, que no tenía ningún plan para esa noche que no fuera el de llevar el carro al taller, y sin más le cerré la luna. Otros dos travestis se aproximaron con la misma intención y a ellos ni siquiera les di una explicación. No tardaron en aburrirse y olvidarme, pero el del vestido blanco era de otra naturaleza.

Parado frente a mí, que llamaba una y otra vez a la operadora porque la grúa no venía a la hora acordada, echó mano de todos sus recursos: se remangó el vestido hasta lo indecible, modeló como en una pasarela bajo las luces mortecinas del hostel, hizo un bailecito coreografiado con la música de su teléfono, me mostró sus senos de fantasía y, como nada de eso le funcionó, se puso a cantar (no, no; en nada se parecía en eso a la Winehouse). Llegada la medianoche, por fin se apareció la grúa (venía desde Cieneguilla luego de tres servicios seguidos) y solo entonces el travesti del vestido blanco me consideró un caso perdido y se arrojó a las pistas a buscar otros clientes.

Más tranquilo, me concentré en el proceso de subir y asegurar el carro al remolque, pero cuando ya estábamos a punto de partir, el travesti del vestido blanco caminó hasta la

cabina donde yo ya me encontraba de copiloto y me habló por última vez. Se había despojado por completo de sus gestos pretendidamente sensuales y seductores y en su cara y en su voz se traslucían, en cambio, esa indefensión y esa ternura de los niños –o las niñas- que no admiten jamás una derrota.

“Sé que volverás”, me susurró.

Dejé pasar por alto el incidente con mi suegro y la cochera y me prometí a mí mismo hacerme un espacio por las tardes para no tener que llegar de noche y ocasionar un malestar que, después de todo, era comprensible. A la semana siguiente, sin embargo, se reiniciaron las tensiones. Ya no conmigo sino con Micaela, a quien delegué la tarea de vigilar las obras. Como el plano que nos había dado el señor Jacinto no calzaba exactamente con el lugar, ella y yo nos pusimos a hacer modificaciones mientras se preparaba el piso y se alzaban las paredes exteriores. Don Jacinto nos había advertido qué no podíamos cambiar y qué sí, y durante varias noches hicimos infinidad de bocetos en hojas de papel simple en torno a los detalles de distribución de la sala-comedor, los dos cuartos, la cocina y el minúsculo baño, todo montado sobre un área de sesenta metros cuadrados. Al final presentamos dos posibles esquemas dentro de los muchos que se nos ocurrieron, y casi saltamos de alegría cuando don Jacinto aprobó el que más nos gustaba. Cuando eso pasó, pensábamos que estábamos los tres solos parados en la tierra apisonada sobre la que se levantaban ocho pilares ensombrecidos por la caída de la tarde, pero no: de pronto nos dimos cuenta de que el papá de Micaela andaba rondando sin acercarse.

En realidad, no era que solo estuviese allí por nuestra presencia; más bien, estaba todo el día vigilando la construcción, dando órdenes a los operarios o contando chistes y anécdotas según su estado de humor, y cuando me veía, se mantenía distante. Me saludaba, sí, y hablábamos de un par de cosas concretas, intentando retomar el buen trato que antes nos teníamos. Pero con la que sí se mostraba sin tapujos era con Micaela, encontrándole pretextos para ponerse a renegar o a decir que éramos unos indecisos. La primera vez que eso sucedió fue cuando Micaela se dio cuenta de que las ventanas de la sala-comedor podían ser más grandes y, a pesar de mis intentos por que las dejara así, le pidió el cambio a don Jacinto. Este, quizá para ahorrarse una discusión, aceptó a regañadientes y mandó a sus ayudantes a retirar algunos de los ladrillos que ya habían puesto. La segunda vez fue más grave. Una noche Micaela me recibió en la casa llorosa. No me lo había querido decir antes, pero habíamos

cometido un terrible error. En nuestro esquema, el lavadero de la cocina estaba mirando a la pared, cuando en realidad debía ir al lado de la ventana para que el aire ayudase a secar la vajilla. Me opuse terminantemente a pedir un cambio, porque don Jacinto tendría que mover las tuberías, cosa bien complicada, y su papá pondría el grito en el cielo. No me insistió y, como en los días siguientes la vi preocupada y pensativa, le dije que estaba bien, que si tanto le molestaba eso se enfrentase ella sola al cargamontón. Nunca supe qué pasó en realidad, pero lo cierto es que logró hacer el cambio y desde entonces la vi más relajada.

Lo peor, sin embargo, aún estaba por venir. Una tarde en que me suspendieron una clase, fui a la construcción y antes de que llegara a donde estaba don Jacinto, alcancé a escuchar que el papá de Micaela le decía algo a este mientras se retiraba: “Carajo, ya vienen a joderte otra vez, dime nomás y lo boto”. No di un paso más y, hecho una furia, me largué de allí. Si alguien podía molestar era don Jacinto, no él. Y si bien habíamos hecho cambios de última hora –que, por lo demás, yo había querido evitar-, ¿no tenía derecho a ver mi construcción, el lugar en el que finalmente viviría con mi familia? ¿Debía seguir soportando tanta intromisión? Me dije que no y esa noche, lleno de rabia y de odio, le informé a Micaela que no iba a poner un centavo más y que por nada del mundo me iría a vivir para allá.

Micaela, llorando, me preguntó qué había pasado y se lo conté a gritos. Me dio la razón sin molestarse, pero me recordó que a esas alturas ya no podíamos dar marcha atrás: casi todo el casco estaba levantado y habíamos invertido mucho dinero. “Claro que sí podemos detenernos”, bramé. Y agregué que, a pesar de que me había dado cuenta demasiado tarde de que haber hecho esa casa era una locura, más demencial sería persistir en ella e irnos a vivir con un tipo abominable como su papá. Preferiría seguir pagando deudas antes que terminar de destruir nuestras vidas.

No quise discutir y me encerré en el cuartito que usábamos como biblioteca en el departamento de Pueblo Libre. Y en los días siguientes, me olvidé de la obra y no le di cara a nadie. Salía más temprano a trabajar y regresaba lo más tarde posible. Fue entonces cuando empezaron las llamadas, desde diferentes números para que no las reconociera. Las primeras fueron de la señora Esther, que me daba la razón, se disculpaba y me decía que había hablado con su esposo y ya no volvería a pasar nada similar. Yo la escuchaba hablar por respeto y a veces, dándole explicaciones y otras no, le contestaba reiterándole mi decisión. Cuando ya era claro que no iba a hacerle caso, vino lo impensado: el propio papá de Micaela trató de comunicarse conmigo por teléfono. Le colgué tres veces y en una cuarta, en que pensaba decirle su vida con pelos y señales, me encontré con una persona transformada. No era solo que me

estuviera ofreciendo disculpas, sino que era un manojo de nervios que parecía esperar de mí una respuesta que le devolviera la vida. Y no, no estaba mintiendo. Y mientras lo dejaba deshacerse tras el fono, escuchando sus disculpas y explicaciones, pude imaginarme lo que había pasado: su esposa, herida de muerte porque su proyecto se estaba desmoronando, se la había tomado contra él; probablemente no le hablaba ni lo atendía como siempre, y eso era algo que él no podía soportar. Estaba perdiendo, y mucho. Indiferente, lo dejé concluir su perorata y antes de cortar le dije: “Yo no tengo nada que hablar con usted”.

Al otro día, temprano, me encontré en la sala de Pueblo Libre con una señora Esther llorosa, junto a una Micaela demacrada y a un Tadeo confundido. Se veían tan mal que no me pude rehusar a conversar. Nos sentamos a la mesa y otra vez volvían las promesas. Esa era nuestra construcción y, de ahora en adelante, nadie se iba a meter; y si su esposo volvía a inmiscuirse, la señora Esther no solo me daría la razón sino que se marcharía de la casa de Surco para siempre. Lo juraba. Todo ese bolondrón ya me tenía aturdido y, más por cansancio que por convencimiento, cedí. Dije que estaba bien, que continuaríamos con la obra siempre y cuando las cosas cambiaran. Y al ver que poco a poco la tranquilidad y hasta la alegría fueron retornando, tuve la clara sensación de que toda aquella guerra que en cierta forma yo había declarado y también dado por terminada, no había sido en vano, que gracias a ella yo ahora tenía un poder y una autonomía de los que antes no había gozado y que eran necesarios.

Yo aún podía tener cierto control sobre mi destino.

Yo aún podía tener una vida posible.

No obstante, me estaba equivocando, porque no sabía que Paco Mendizábal y su mundo volverían a cruzarse en mi camino.

SEGUNDA PARTE

QUIEN ESCRIBE lleva una doble vida. Dedicar horas al trabajo mundano, rutinario y, cuando los otros se disponen al descanso o a la diversión, un llamado terminante, irresistible, lo mueve a internarse en un oscuro socavón y a manipular aquello que mejor sería evadir: los recuerdos arrinconados en el inconsciente, las emociones desbocadas o indóciles, las regiones de su corazón que con solo rozarlas o mirarlas provocan los efectos de un terremoto o una deflagración. Y con esos materiales inatractivos, en apariencia deleznable, va construyendo una casa. Una casa afincada en el reino de lo invisible. Una casa que nadie le ha pedido que haga y en la que, sin embargo, pone todo lo que tiene, y aun aquello que no sabía que tenía, porque al hacerla se está volviendo a hacer a sí mismo. Esa casa le debe todo a la tiniebla, está impregnada de miedos y fallos y caídas, pero llegará el día en el que lucirá firme y verdadera y el que ingrese a ella no hallará más que una luz.

El minidepartamento estuvo listo a inicios del otoño, cuatro meses después de que pusieran la primera piedra. Quedó bastante bonito y hasta hubo una pequeña ceremonia de inauguración organizada por mi suegra. Rompimos una botella de champagne sobre la puerta de entrada y al final nos tomamos una foto en la que Micaela y yo aparecemos junto a sus padres con un gesto indefinido en el que se mezclan todos los sentimientos y hay como una velada luz que podría ser la de la esperanza.

Alguna vez había escuchado decir que lo más caro de una construcción eran los acabados, pero solo hasta ese momento fui consciente de la rotunda verdad de esa afirmación. Gasté más, mucho más de lo que había previsto y, aferrándome a la peregrina idea de que si algo se hace hay que hacerlo bien, duplicué el monto de mis ya excesivas deudas. No había sido la mejor decisión económica y por eso hacía malabares con las cuentas y oscuros nubarrones de incertidumbre se cernían sobre mi cabeza, hasta que hubo una aparición providencial.

Yo estaba echándole gasolina al carro cuando lo vi. A unos metros, detrás de una de las estaciones del grifo, en espera de su turno, miraba su celular con atención. Tenía algo de sobrepeso y menos pelo, los años habían dejado sus trazas, pero sin duda era él. Sin pensarlo, de un modo automático, lo llamé: “¡Paco!” Me miró, me reconoció sonriente y, de un modo más impulsivo aún, vino hacia mí.

Yo también me bajé del carro y entonces nos dimos un abrazo largo, fuerte. Eran veinte años que no nos veíamos y en algún momento, cuando trabajábamos juntos en una academia como profesores (él enseñaba matemáticas), habíamos sido muy amigos. Nuestra amistad se basaba en múltiples afinidades; entre ellas estaba que le encantaba leer y apreciaba lo que yo escribía. No podíamos hablar mucho porque estábamos en un lugar de paso, pero alcanzamos a intercambiar nuestros números telefónicos y yo me quedé con su tarjeta: era, ahora, nada menos que el subdirector de un colegio bastante conocido.

Nos despedimos con esa alegría de los gratos reencuentros y a los pocos días me estaba llamando por teléfono. Quedamos en reunirnos un sábado por la tarde, en una cebichería de Lince. Había tantas cosas que contar y las cervezas que nos tomamos nos ayudaron a soltarnos. Luego de muchas vueltas, finalmente había sentado cabeza: se había casado y había tenido un hijo, Rodriguito. Yo le hablé de Micaela y de Tadeo, de la construcción que había hecho y de la locura de los gastos impensados en los que me había metido. Y no sé muy bien cómo, en medio de esa euforia de los recuerdos y el ponerse al día, lo escuché decir que había trabajo en su colegio, que justo estaban necesitando un profesor de Redacción para los últimos años de secundaria, porque el que habían tenido hasta entonces había sido muy malo, y qué mejor que contar con alguien que, como yo, no solo dominaba el tema sino que sabía enseñar. ¿No me interesaba? ¡Sería estupendo volver a trabajar juntos!

No tuve que pensarlo mucho: necesitaba el dinero. Así que en un par de días ordené mis horarios para poder cubrir veinticinco horas más: por la mañana enseñaría en el colegio y, por las tardes y noches, en la universidad. Once horas diarias seguidas. Más de sesenta horas a la semana. Miles de exámenes por corregir. Unos minutos apenas para trasladarme de un sitio a otro, sin tiempo siquiera para comer. Pero nada me detendría si yo así me lo proponía...

El local estaba en San Borja, cerca de los lugares por los que solía andar, y si había un punto que podía considerarse desventajoso, era la composición del alumnado: chicos movidos, en su mayoría expulsados de otros colegios por problemas de conducta. Paco no me lo señaló de esta manera. Me dijo que había algunos alumnos con los que había que tener especial atención pero que, una vez que dejara sentada mi posición de autoridad, no tendría mayores inconvenientes.

Para todo profesor, la primera clase es crucial porque de la primera impresión, de la atmósfera y la mecánica que se instalen ese día, dependerá todo lo demás. Por eso tomé todas las previsiones del caso y preparé con mucho cuidado mi primera presentación.

Pero lo que me encontré fue mucho más complejo de lo que me había imaginado. Había terminado el primer recreo y cuando Paco y yo entramos al aula, fue como si nos introdujéramos a un descampado dominado por una horda de animales salvajes. Las carpetas estaban desordenadas, había garabatos violentos en la pizarra y cosas regadas por el piso, y los chicos correteaban, gritaban y se golpeaban como unos desadaptados. La voz de Paco tuvo que tronar y dar órdenes precisas para que se hiciera el silencio y todos se ubicaran en su asiento temerosos de recibir algún tipo de reprimenda. Esa voz también habló de mí y dijo que yo era el nuevo profesor de Redacción y que, por mi experiencia y mi talento, no solo había que comportarse correctamente, sino saber aprovecharme.

Me quedé solo con ellos y antes de que el bullicio y el movimiento volvieran a imponerse, les hablé con una voz fuerte que no sonó intimidante sino amistosa. Les dije que aprenderíamos a escribir y que al hacerlo tendríamos oportunidad de hablar de temas interesantes. La escritura podía ser un medio para expresar cosas extraordinarias y por eso mismo me interesaba saber qué hecho digno de contarse habían visto o vivido últimamente. Un chico, tratando de hacerse el gracioso, dijo que el fin de semana se había metido una borrachera espectacular en la que había acabado vomitando a todos sus amigos. Unos cuantos se rieron y una chica, a todas luces más correcta, reprobó su intervención, pero yo me apuré en decir que no estaba mal lo que había contado, solo que no tenía mucho de extraordinario. Entonces les hablé de William Burroughs. Les conté que había sido un brillante estudiante de Harvard y que lo había perdido todo por meterse en drogas, las que había consumido en todas sus formas: fumado, comido, inhalado, bebido, inyectado, puesto en supositorio, etc. Y que una vez en ese camino, había tenido una experiencia de veras extraordinaria: al ser expulsado de la universidad, se había puesto a trabajar como exterminador de insectos y, como era previsible, se había inyectado también insecticida y tenido alucinaciones demenciales. Y feliz con ese descubrimiento, había hecho una fiesta en su casa en la que invitó a sus amigos a que también probaran el insecticida y en la que en algún momento, cuando ya estaban todos al borde de la locura, se puso a jugar a Guillermo Tell con su novia. No fue con una flecha sino con una escopeta de cazador cuya bala se salió de curso e hizo explotar en mil pedazos la cabeza de la chica. La fiesta se terminó, pero no la aventura, porque Burroughs huiría por México sin dejar de drogarse en ningún momento.

Varios chicos se rieron, otros pusieron cara de asombro. Todos, igual, estaban atentos. Y para no perder su atención, encendí el televisor y puse en la computadora algunas escenas de la película de Cronenberg basada en *El almuerzo desnudo*. Y mientras veían esas imágenes

sin audio, les recordé que nada se comparaba a la experiencia de leer el propio libro. Bien vistos, los cuentos y las novelas eran también como películas, solo que el ecran lo constituían ellos mismos. Los rostros de los personajes, los escenarios, los sonidos, los olores y las texturas no solo eran proyectados en su imaginación, sino que iban surgiendo –y tomando cuerpo- de ese pozo insondable que eran las propias vivencias y emociones. La escritura podía transparentar una riqueza y una densidad que quizá no sabían que tenían y que, una vez develadas, los haría mirar con otros ojos el mundo que los rodeaba y también a ellos mismos. Leer era habitar un paisaje interior y poder descubrirse.

No estoy seguro de que entendieran todo lo que les dije, pero varios chicos me comentaron que les gustaría leer el libro. Les anuncié entonces que lo tenía, que se los traería la próxima clase para que le sacaran copia si querían y que ahora, para conocernos un poco más y empezar con nuestro curso, escribieran en una hoja aquella cosa extraordinaria que de seguro les había pasado y que solo ellos podían contar. Me hicieron caso y aunque poco a poco fueron creciendo el barullo y la inquietud, se quedaron en su sitio redactando hasta que sonó el timbre.

Puse las hojas en mi maletín y vi entonces cómo se reinstalaba en un segundo el alboroto en todo el colegio.

Todavía me esperaban tres salones más.

Caminé con paso lento por un pasadizo lleno de muchachos y comprendí que no sería un trabajo fácil y que, sin embargo, sobreviviría.

A VECES ME doy mis vueltas por el Centro. Un día, pasando por un antiguo bar, vi un cartel que anunciaba un recital de poesía de los noventa. El día programado era feriado y aunque temía encontrarme con algunos conocidos, me presenté. Era un hervidero de gente. Leían figuras borroneadas por el tiempo, o distantes porque vivían fuera del país desde la época del terrorismo y la dictadura fujimorista, y el público las escuchaba con unción. Nadie parecía percatarse de mi presencia, o saber quién era, salvo un conocido de aquellos tiempos, alguien que se fue a estudiar y trabajar a Alemania y que había vuelto por esos días para unas cortas vacaciones. No hablaba mucho, lo suficiente y, acabada la velada, me propuso tomarnos una cerveza y conversar, como lo hacían muchos de los que se quedaron allí. No quise desairarlo, así que le dije que sí, que me tomaría un café con él.

El bar se fue transformando o, mejor dicho, volvió a ser un lugar frecuentado por artistas y bohemios y regido por los códigos habituales. Lo único distinto era que muy cerca de donde estábamos se había sentado una pareja de chicos muy jóvenes, acaso escolares que no alcanzaban la mayoría de edad. “Son unos guagas”, me dijo la persona que estaba a mi lado. “Seguro que es la primera vez que vienen por acá”. Era probable. La noche avanzaba, el alcohol reflúa lentamente por las venas, las voces y los vasos se elevaban en conversaciones gozosas y cánticos eufóricos que acompañaban a las viejas y melancólicas canciones de la rockola. Era el éxtasis natural de la ebriedad. Y sin embargo, algo inédito empezó a suceder. Los jóvenes estudiantes se estaban besando con una intensidad sobrecogedora; eran de una textura pequeña pero irradiaban una combustión invisible que prendía en el aire y hacía que los que estábamos a su alrededor los observásemos y hasta hiciésemos comentarios. Una chica no se pudo contener y los fotografió. “¡Eso es amor puro!”, se maravilló. A mí el espectáculo me hizo recordar aquel hermoso poema de Belli en que los amantes se sustraen del mundo y se van despojando de la materialidad de sus cuerpos hasta quedarse con la sangre pura de los ojos, mirándose solamente. Los chicos parecían estar a solas amándose a sus anchas y a pesar de que la gente trataba de olvidarse de ellos, siempre alguien se quedaba contemplándolos con asombro, en silencio. Una hora después, cuando por fin se levantaron para retirarse, un largo, sonoro aplauso estalló en el aire. Era un aplauso celebratorio, pero también -se podía ver en los gestos y en las miradas de quienes lo realizábamos- de nostalgia, de secreta amargura y hasta de una rabia plenamente justificada por lo que alguna vez se tuvo y ya no volverá más.

Los hechos extraños en el colegio –ya se verá que no exagero con este calificativo- empezaron con el viaje a Cieneguilla. Yo solía ir a dictar mi clase y no hablar con nadie del personal salvo con Paco y la directora, una señora de unos cincuenta años, muy dinámica y de mente abierta, con la que también me llevaba bien. Tampoco coordinaba con ninguna otra área, así que mi autonomía era plena, pero se había programado una reunión general, una especie de retiro al que acudirían todos los empleados (el colegio pertenecía a una corporación que comprendía a otras instituciones educativas), y yo no podía faltar. “Tómalo como un pedido especial”, me dijo Paco en el momento que me informó de la actividad.

Un sábado salimos del local a las nueve de la mañana. Se respiraba un ambiente de camaradería alentado por los profesores más chispeantes y ocurrentes, y yo traté de responder a él saludando a cada miembro que me presentaban y celebrando las bromas o los juegos que

se hicieron durante el camino. No le prestaba más atención que esa a lo que sucedía a mi alrededor, abocado como estaba en leer la novela que había llevado o en mirar el paisaje de cerros pelados por la ventanilla. Cuando llegamos al centro de convenciones que nos albergaría, había un sol deslumbrante y corría un aire fresco y limpio que me hizo pensar que sería un fin de semana sin sorpresas. Pero no sería así.

El cambio, lo nuevo, surgió cuando nos agruparon en equipos que se distinguirían por las camisetas que nos obligaron a poner. La coach encargada de las actividades propuso que compusiéramos una canción y una coreografía alusivas a los cuarenta años de la corporación, y como por ser del área de Comunicaciones asumían mi habilidad para las letras, acepté el reto y me puse a liderar el trabajo con un par de personas más. En ese momento descubrí que una joven que tenía a mi cargo –una secretaria de la misma sede donde yo trabajaba y a la que no había reconocido porque, como he dicho, solo dictaba mi clase y me iba- me miraba de una manera extraña. Era una especie de intensidad, pero más que eso, una inspección de arriba abajo que me hacía para sus adentros, sin importarle que me hiciera sentir incómodo. Quizá le recordaba a alguien, o me conocía de algún otro lado. En todo caso, no me dijo nada y yo tampoco le dije nada. Continué dando ideas y direccionando el trabajo que nos habían pedido, aunque, eso sí, no pude evitar echarle yo también una rápida mirada evaluatoria.

No tenía nada que llamara especialmente la atención. Su rostro, sin ser desagradable, tenía las facciones de cualquier chica mestiza de unos veintitantos años que uno podía olvidar muy pronto si solo lo veía. Y su cuerpo, ni grueso ni delgado, era uno promedio para una chica joven que acaso podía esconder sus encantos, pero al que con seguridad nadie voltearía a mirar en la calle. La miré dos veces, reteniendo su imagen en la mente, y al constatar que no me atraía por ningún lado, me olvidé de la forma profunda en la que me observaba.

Con esa tranquilidad seguí con las actividades del día. Hubo después de la presentación de las canciones una charla sobre los valores que encontrábamos en el colegio y sobre aquellos que queríamos imprimir. Siguió un almuerzo en un comedor ventilado y grande en el que sin proponérmelo me senté a la mesa de los profesores de Ciencias y no la pasé tan mal como temía. Luego se realizó otra dinámica, esta vez la construcción de un cuerpo humano que representaba nuestras fortalezas y debilidades como miembros de cada área, y ya casi al caer la noche, concluimos con un plenario en el que cada uno se comprometía a hacer un aporte personal a la institución y, azuzados por unos videos y unos discursos motivadores de los expositores, llegamos a gritar a voz en cuello, todos confundidos, cuáles eran nuestros propósitos.

La cena fue más discreta y al terminarla, sentado en una mesa en la que estaban los chicos de limpieza y de contabilidad, me despedí muy tranquilamente para irme al cuarto que me habían asignado. Eran dobles, pero para mi suerte, o quizá por la mano generosa de Paco, no había nadie más a mi lado. Me bañé, vi un poco de televisión, la apagué y antes de las diez de la noche ya estaba dormido. Pero en algún momento un barullo de voces y de música alegre me despertó. Me dije que podía obviarlo y encendí el televisor para no pensar en ello y poco a poco, como era mi costumbre, quedarme otra vez dormido. No pude hacerlo. Me había puesto el polo y el jean para salir a ver qué podía hacer cuando alguien tocó la puerta. Era Paco, con los ojos brillantes de esa alegría que ya le conocía y que debía provenir indudablemente del alcohol. “¿Qué haces aquí, literato?”, me dijo y recién entonces me di cuenta de que llevaba una lata de cerveza en la mano. “No te vas a dormir cuando lo mejor empieza”. No le respondí nada, me quedé de pie al lado de la cama haciendo deducciones de lo que pasaba, y al considerar que era bastante difícil que volviera a conciliar el sueño, acepté acompañarlo.

Caminamos por el sendero de gravilla que dividía en cuatros secciones los bungalós y en el trayecto me fui desperezando y contagiando del buen humor de Paco, quien hacía bromas sobre todo y me recordaba aquellas veces en que habíamos bailado y tomado hasta el amanecer y lo pasamos tan bien. La fiesta -porque de eso se trataba- era en las piscinas y en aquellas bancas y mesas iluminadas por reflectores de luz blanquecina, bebían animadísimos muchos de los miembros del colegio, no solo los más jóvenes sino también los mayores, que de tanto en tanto se iban a bailar a los espacios pavimentados. Me senté con Paco junto a un grupo de tutores y en ese momento vi entre ellos a la chica que me había mirado intensamente durante la mañana. La saludé, como a todos, sin ninguna aprensión, tratando de ser lo más amistoso posible, pero no sé qué en los ojos de aquella chica me inquietó de una manera nueva.

Para no pensar en eso me puse a tomar. Alentado por Paco que me retaba y hacía reír a toda la mesa con sus comentarios, me tomé varias latas de cerveza sintiendo esa levedad del cuerpo que tanto me gusta. Tomé mucho, aunque no con la rapidez y la ansiedad de mi amigo que, una hora después, se quedó dormido y fue llevado en hombros a su cuarto. Para entonces podía irme también y, sin embargo, no lo hice porque me sentía muy a gusto con el efecto de la cerveza y la conversación agradable de los chicos de la mesa. La muchacha de la mirada casi no hablaba, solo se sonreía y se comunicaba con gestos de agrado, y si me miraba no me importaba porque después de mucho tiempo una sensación de despreocupación, de alegre distensión, me invadía.

Las horas se fueron pasando. Unas dos o tres veces bailé, no recuerdo con quién, y hubiera creído que se trataba de una fiesta como cualquier otra hasta que, en medio de mi embriaguez, me di cuenta de que algo extraño, o más bien imprevisto para mí, pasaba. Retirada la mayoría de gente, los que quedaban eran parejas que se habían formado en ese momento o se habían terminado de definir en ese instante. Quiero decir que había un diálogo nuevo entre personas que yo jamás había visto juntas o que pertenecían a sedes distintas o que se sabía estaban casadas. Serían unas ocho personas y estaba claro que no se irían de allí a dormirse solos. Lo comprendí mejor cuando dos de los chicos que estaban frente a mí –y que se habían conocido esa noche- pasaron de besarse con un ímpetu cada vez más creciente a tocarse y, finalmente, irse. Entonces, justo entonces, miré a mi costado y allí estaba la chica de la mañana observándome con una expectación invitante. Podía ser que yo no estuviese entendiendo bien la situación, pero para que no quedase dudas, la chica se me acercó al oído y me dijo sonriente: “Me gustas”. Algo en ese momento se activó en mí. Había como un aura turbia en aquella mujer que no me convencía, que me repelía y que hizo que me levantara de mi asiento con brusquedad. Alcancé a ver que su rostro se transformaba, una mueca de desagrado e indignación se traslucía, y en lugar de decirle algo que explicara o atenuara mi actitud, emprendí la fuga con paso rápido.

LA JORNADA DEL DÍA SIGUIENTE, domingo, empezó a las diez de la mañana. Tomamos desayuno muy cerca del auditorio donde se realizarían las actividades finales, de pie o sentados en los jardines resplandecientes por el sol luego de servirnos de las mesas en las que habían puesto de todo. Nadie hablaba de lo que había pasado la noche anterior, hacía unas horas nomás, pero los estragos de la mala noche se veían en los rostros cansados y en la ansiedad con que se buscaban los yogures, ensaladas de frutas y gaseosas. Yo me fui desplazando por varios lugares, picoteando de aquí y de allá, y luego escuché la última conferencia sentado en la última fila junto a la entrada, saliendo de tanto en tanto a cambiar de aires. El almuerzo fue una parrillada también al aire libre y que generó un alboroto porque la mayoría se abalanzaba a servirse las carnes y los embutidos sin preocuparse por si quedaba algo para el resto de personas. No bien terminé de comer, me alejé de allí y me fui a una zona donde había una máquina dispensadora de café. Me tomé uno, solo, disfrutando de la

tranquilidad de no tener que hablar con nadie y en el momento en que, según mis cálculos, ya debería de estar en marcha el discurso de cierre de los directivos principales, volví al auditorio.

El viaje de regreso no lo hice en los buses alquilados, junto al resto de profesores, sino con Paco quien, en algún momento de aquel día, me dijo que podía irme con él en su carro, solo que debía esperarlo un rato más, pues tenía que cerciorarse de que todo quedase conforme con la administración del centro de convenciones. Así lo hice y nos fuimos conversando sobre los tiempos pasados, sobre esas juergas interminables en las que ambos habíamos participado y sobre el destino impreciso de algunos amigos de aquella época. No sentía el calor por el aire acondicionado, y los cerros que parecían tan cercanos a las ventanillas adquirían colores hermosos conforme caía la tarde. En algún momento no aguanté la curiosidad y le pregunté por la chica de la mirada intensa. “No me digas que te la tiraste, huevón”, se sonrió Paco volteando para mirarme la cara. Le dije que no, que no me gustaba y que más bien me inquietaba la forma tan fuerte con la que miraba, o con la que al menos me había mirado a mí. Me comentó que no había notado eso que le decía y que, a decir verdad, no le había prestado mucha atención. Sabía que se llamaba Ingrid, que era secretaria de nuestro local, que estudiaba algo en las noches y era charapa o de familia de la selva, pero no más porque había ingresado al colegio no hacía mucho. Un poco más serio, me recomendó por si acaso que no me metiera con nadie del trabajo, o que en todo caso lo hiciese con mucha discreción y, como mi cara de negativa y de rechazo fue tan elocuente, pasamos a otros temas. Paco tuvo la gentileza de llevarme hasta mi casa y una vez allí me encontré con un silencio y una tranquilidad agradables. Tadeo y Micaela dormían, cada uno en su cuarto, a pierna suelta.

Me olvidé de la chica por un buen tiempo. Mis energías se iban en el dictado, en ir y venir de un local a otro, en la corrección de exámenes y trabajos. No preparaba mis clases para la universidad porque me las sabía de memoria y porque había descubierto que los alumnos encontraban cierto encanto en ese grado de improvisación y hasta de espontaneidad que uno puede permitirse cuando conoce bien su materia. En el colegio, sin embargo, debía apelar a otra forma de creatividad para que las clases, aunque no salieran perfectamente, al menos no se me fuesen de las manos. Conversaba con los alumnos sobre ellos mismos, sobre sus intereses y los detalles nimios de sus vidas; si había sucedido un hecho inusual en el aula –por lo general, algún problema de conducta que había derivado en un castigo para los responsables o todo el salón-, los invitaba a darme su versión, a regodearse en la reconstrucción de lo acontecido y hasta en exagerar o deformar los hechos. Les encantaba hacerlo y eso me daba pie para tenerlos contentos y trabajar lo que había para ese día. También les contaba algunas anécdotas mías o

datos curiosos sobre algún tema que había surgido de improviso, o les hacía apuestas –un sánduche o una gaseosa- que ganaba el que terminaba primero los ejercicios o los hacía todos y si yo perdía, debía traerles caramelitos o chupetes para todos, algo que fuese barato y comestible, aunque no todos cumplían. Los tenía condicionados y el colegio no tenía problemas con eso, porque la directora consideraba que era una forma válida de estimularlos.

Una mañana en la que yo había perdido la apuesta y llevado a todo el salón chocolates, me mandaron a llamar de las oficinas administrativas. No era para nada malo sino para entregarme un cheque con un monto adicional a mis ingresos (algo que se habían olvidado). Me recibió Norma, la más antigua y carismática de las secretarias, pero quien me lo dio, en un apartado interno al que me hicieron pasar, fue la chica de la mirada intensa. Cuando la vi, temí que su rostro revelara molestia o resentimiento, pero no: me atendió amablemente, con una sonrisa amical, llamándome por mi nombre. Pasada mi aprensión inicial, yo también la saludé con una sonrisa y, recordando lo que me había dicho Paco, me despedí con un “gracias, Ingrid”. De regreso al aula, consideré otra vez su apariencia: se veía mucho más atractiva maquillada y con ropa de vestir, pero no era ninguna beldad y la propia Norma, medio gordita y frisando la cincuentena, se prestaba muchísimo más para pensar en una aventura. Y por encima de eso, consideré que se trataba de una muchacha que por innumerables razones (el alcohol, por ejemplo) había podido decir eso de “me gustas” sin pensarlo mucho y, siendo yo una persona que casi le doblaba la edad y que no sentía ningún interés por ella, no tenía sentido mostrarme a la defensiva.

No la volví a ver esa semana, pero sí a la siguiente. Yo, como casi todos los días, estaba almorzando en la cafetería y, de pronto, me preguntó si podía sentarse a mi lado, en el único sitio que había libre en uno de los largos mesones en los que nos confundíamos alumnos, profesores y administrativos. Me saludó con una sonrisa tímida que oportunamente le devolví y, con entusiasmo, la invité a sentarse. Cuando uno no se siente del todo cómodo, es mejor tomar la iniciativa y llevar las riendas de la situación. Por eso le pregunté cómo estaba y un momento después, cuando sonó el timbre y se fueron los alumnos a sus clases, me animé a presentarme y ella también hizo lo mismo. Me dijo lo que ya me había contado Paco. En ese breve diálogo, volví a sentir que me hablaba y me miraba como si algo se dijera a sí misma, internamente, solo que ahora entendí esa actitud como un rasgo de timidez que afloraba acaso por la distancia amable que yo imponía. Me levanté al rato y ella entonces tuvo un gesto que me conmovió: abrió uno de sus táperes y me ofreció uno de los duraznos grandes y rosados

que allí había. Pude negarme, pero se veían tan tiernos y apetitosos que no solo cogí uno, sino que me lo fui comiendo camino al carro.

En ese mes coincidimos para el almuerzo un par de veces más, y en cada una de esas oportunidades, fuera del saludo cordial, o no hubo diálogo o fue breve o general o estuvo diluido por las intervenciones de las otras personas que también estaban en la mesa. Algo distinto, sin embargo, pasó en cierta ocasión. Antes de que me parara para irme, me extendió un pequeño sobre morado. Ese fin de semana, me explicó, se graduaba en su instituto como administradora de empresas y quería, si no fuera molestia, que la acompañara. Me tomó por sorpresa y le dije que haría todo lo posible, aunque lo veía difícil. De todas formas, la felicitaba porque sin duda se trataba de un logro importante. Me fui pensando en eso. ¿Por qué me invitaba? ¿No era esa una reunión a la que por lo general asistían solo familiares o amigos muy cercanos? ¿Quería demostrarme su afán de superación a través del estudio? Y si era así, ¿qué ganaba con eso? Otra vez me entraba una ansiedad que me parecía fuera de lugar, así que al llegar al estacionamiento de la universidad me bajé del carro con el sobre en la mano y me dirigí con él hasta el primer tacho de basura que encontré para botarlo. Pero algo, una sensación que hasta ahora no puedo definir, me impidió hacerlo.

TOC-TOC-TOC. Tres golpecitos suaves, temerosos, son los que me despiertan ahora en esta tarde. Es Sandrita. Me trae el menú que es a la vez mi almuerzo y mi desayuno. La que cocina es su abuelita, quien tiene un puesto en el mercadito que hay al frente de este departamento y quien hace, además, con la ayuda de sus nietos, labores de limpieza en el edificio cada quincena. La niña viene con el uniforme escolar aún puesto y yo por ella, para que me encuentre presentable, nunca olvido ponerme el pijama antes de dormir. Le abro y la hago pasar brevemente para que ponga las cosas sobre la mesa. Le sonrío porque si a alguien me da gusto ver, es ella.

- ¿Cómo van las cosas en tu colegio? –le digo- ¿Terminaste el trabajo que te dejaron?

- Sí –me contesta con los ojos achispados-. ¿Se acuerda de que me dijo que le cambiara el final a mi composición? Pues se lo cambié. Le puse así mucho sentimiento como usted me dijo.

- ¿Y qué tal?

- A mi profesora le gustó -se sonrió-. Es una historia bien bonita, me dijo. La pegó en el periódico mural para que mis compañeros la leyeran. A ellos también les gustó.

- Entonces tienes que traérmela. Quiero ver cómo ha quedado. Y también deberías mostrársela a tu abuelita. Y a tu hermano. Tienes que enseñársela a todo el mundo.

Baja la mirada y su carita, de pronto, se demuda.

- Mi abuelita está preocupada por el Sebas. Bien rebelde se ha puesto. Nada quiere hacer y le contesta mal. El sábado se fue a una fiesta y tomó un montón.

El Sebas. Quince años. Un adolescente medio callado, retraído, pero con unas ganas tremendas de conocer el mundo. Como todos los adolescentes. A Sandrita y a su abuelita las tiene inquietas que se haya empezado a juntar con la patota del barrio. Chicos fiesteros, movidos, algunos fumones.

- Yo he trabajado con jóvenes casi toda mi vida -le digo para animarla un poco-. Y te aseguro que tu hermano es un buen muchacho. Solo está probando. Es lo normal. Y si ya vemos que se pone medio malandrín, puedo hablar con él si quieres. Algo sé de estas cosas.

Sandrita me mira con sus ojos saltones y otra vez veo brotar en ellos esa chispa, esa como una alegre vivacidad. Me dice que estaría bien y se despide recalcándome que han hecho arroz con pollo, que está bien rico y que no lo deje enfriar mucho.

Cierro la puerta y entonces me paro frente a la ventana. Desde allí, abriendo un poco la cortina que he cerrado bien para crear una sensación de oscuridad, la veo cruzar la pista y llegar hasta el mercadito. Hay varios por el barrio, pero este es un corralón lleno de puestitos precarios, hechos de maderas y calaminas mal enlazadas. No parece que tuviera muchos años como dicen, sino que lo hubieran instalado recientemente. Ayer mismo.

Fue por el tiempo del colegio en que volví a comprarme ropa. En realidad, siempre lo hacía, pero el impulso regresó entonces con nuevos bríos. Mi debilidad eran los sacos. Iba a las tiendas por departamento, los domingos o los feriados, luego de haber estado muchas horas en un café corrigiendo exámenes, y me ponía a probármelos. Algunos eran muy caros y no harían más que abultar mis astronómicas deudas; aun así, diciéndome que los necesitaba para trabajar, que era un profesor y que un saco podía darme el principio de autoridad que a veces el ánimo me negaba, los compraba. A veces quería llevarme varios modelos, o uno mismo en diferentes colores, y los llegaba a coger pero de golpe me detenía frente a la caja al recordar que para pagarlos tendría que dictar muchas horas o, peor aun, que ese gasto significaría un

nuevo eslabón en mi encadenamiento a un régimen de vida que terminaría matándome. Al cabo de unos días, sin embargo, regresaba y me los compraba, y si había algún tipo de descuento, ya no tenía la menor duda de que estaba haciendo lo correcto.

De esa manera fui acumulando unos setenta sacos, la mayoría de los cuales entraban apiñados en el único clóset que teníamos en el departamento y el resto –casi una treintena– los sepultaba en la maleta del carro o los llevaba colgados en los respaldares de los asientos delanteros. Eran de todo tipo: de lana o casimir para el invierno, de algodón pima para las estaciones intermedias, y muy delgaditos para las temporadas de verano. Algunos me los ponía solo un par de veces, refundidos como quedaban en los respaldares que me servían de perchero, y todo el que veía o se subía a mi carro se llevaba una rara sensación de incomodidad, no solo por lo reducido del espacio que quedaba sino por estar como invadiendo una extensión de mi cuarto.

Un día el carro se me volvió a malograr y, por sugerencia del mecánico, tuve que sacar mis cosas y cargar con todos mis sacos, algunos de los cuales observaba embobado porque casi no los recordaba. “¿Por qué tanta locura?”, me dije bajo aquella montaña de ropa en el taxi que tomé para que me llevara a mi casa. Esos sacos representaban una máscara, la careta bajo la cual me escondía para no ser borrado por todas mis ocupaciones, pero también simbolizaban la necesidad de un cambio: la necesidad que yo tenía de ser otra persona.

Durante aquellos días volví también a la cocaína. La había tenido muy cerca de joven, en los primeros años de la universidad, más por influencia de los amigos que por otra cosa. Pero la retomé con fuerza justamente en los años en que trabajé con Paco, cuando era capaz de dictar sesenta o setenta horas a la semana y, luego de estar doce o más horas hablándole de lo mismo a los chicos que abarrotaban la academia durante el verano, me iba con él, otros profesores y el director a comer y a tomar a Miraflores o Barranco para, luego de un duchazo y una jalada feroz, repetir la jornada del día anterior. Como muchos, la tomaba para pararme o mantenerme despierto sin sentir el trajín demencial al que me sometía, pero era innegable que me gustaba. Me encantaba estar lúcido, con la palabra precisa o ingeniosa en la punta de la lengua y, sobre todo, me parecía delicioso sentir esa taquicardia de baja frecuencia, como en sordina, que a uno lo asalta cuando la sustancia ha llegado a cierta región del cerebro. Desde luego que a veces rebotaba, me ponía duro o paranoico o sin ganas de comer, pero en mi caso había buena tolerancia. Por eso me llamó la atención la respuesta que tuve al mes de volver a

frecuentarla. Un día, me entraron unos sofocos y unas sudoraciones que nunca antes había sentido y que se intensificaron durante las madrugadas, desvelándome o haciendo que durmiera mal. Cuando eso sucedió, dejé de meterme las dos líneas diarias que me aplicaba cuando me venía el cansancio, pero como en los días siguientes los calores no se atenuaron, continué con mi régimen. Peor era ser un fantasma aletargado. Quizá con el tiempo se me pasaría.

No dejaba de ser curioso que sin saberlo a ciencia cierta los chicos del colegio bromearan con que era un consumidor redomado. Tenían el prejuicio de que, por ser escritor y andar todo el día trabajando (Paco les había contado), la coca me era familiar y por eso me preguntaban, siempre entre sonrisas, cuándo me había iniciado o quién era mi proveedor. Solo unos cuantos la consumían (la moneda corriente era la marihuana y los barbitúricos), pero les resultaba atractiva o prestigiosa, a tal punto que a veces entraba al salón y me encontraba a un grupo de alumnos con unas líneas blancas sobre la carpeta, hechas con tizas o pastillas chancadas por ellos mismos, y me ofrecían darle una probada. Yo no les hacía caso, aunque en ciertas ocasiones les seguía la corriente y les comentaba algo sobre el tema. Era una forma más de caerles bien y de ganar su atención. De sobrevivir.

Esos repentinos afiebramientos coincidieron con la época en que me encontraba con Ingrid en la cafetería. Pero entonces no establecí ninguna conexión. No todavía. Luego de que me diera el sobre, eché sinceramente al olvido su invitación. Yo no tenía nada que hacer en su graduación y si me aparecía, podía ser interpretado como que estaba interesado en ella. Ese día, el sábado, Micaela y Tadeo se fueron como siempre a la iglesia desde temprano y yo tenía proyectado quedarme todo el día en casa corrigiendo exámenes y trabajos y, en las pausas, leyendo algún libro. Y así lo hice hasta que en determinado momento una sensación de urgencia se apoderó de mí. No sé cómo explicarlo bien, pero el calor y la agitación arreciaron hasta un punto inimaginable y algo me decía que debía moverme, salir de allí.

Me puse la ropa de vestir con una especie de inconsciencia nueva y me trepé al carro. La graduación era en el local de CAFAE en Jesús María y llegué allí a las cuatro y media de la tarde, poco después de que se iniciara la ceremonia. El auditorio estaba lleno, pero encontré un asiento libre en la última filia. Nada de especial hubo durante esa hora y media en la que me pasé mirando, salvo los discursos del padrino y el decano que eran insoportablemente engolados e insulsos. Ni siquiera me volví a preguntar por qué estaba allí; solo esperé a que concluyera la entrega de diplomas para acercarme a Ingrid. Se alegró de verme, me presentó a su círculo de amigas y a los dos únicos familiares que la acompañaban: su madrina y una tía,

ambas personas muy mayores. Me presentó como un amigo y compañero del trabajo y yo no quise hacer ninguna precisión o comentario. Con sonreír y ser amable era suficiente.

Mientras servían champán y algunos bocaditos, los graduados se tomaban fotos con todo el mundo y hubo un par de estas en las que salí con Ingrid, una solos (a pedido de ella) y otra con el grupo con el que estábamos. Al cabo de un rato la gente empezó a retirarse y yo me disponía a hacer lo mismo cuando Ingrid me dijo, delante de sus amigas, que había una reunión en casa de una de sus compañeras y que le gustaría que yo fuera. Me quedé unos instantes en silencio, tras lo cual dije que sí. No tanto por sus amigas que muy contentas y risueñas me alentaban a hacerlo, sino porque algo extraordinario había ocurrido desde el momento en que la vi y me había acercado a ella: físicamente, me sentía muy bien.

Embarcamos a la tía y a la madrina en un taxi rumbo a sus casas (no se plantearon ni por un momento ir a aquella reunión) y el resto se subió a mi carro. Ingrid se sentó a mi lado, pero casi no hablamos durante el trayecto. Ella y sus amigas conversaban entre risas sobre los entretelones de la ceremonia y algunos inconvenientes de último momento que habían logrado sortear con ingenio. Yo no hablaba tampoco porque trataba de descifrar si el olor rarísimo pero al mismo tiempo tan rico que desprendía el pelo de Ingrid era natural o artificial. Tras preguntar y equivocarme, llegamos a la casa que quedaba en Mangomarca, en San Juan de Lurigancho, un distrito distante al que jamás había ido y al que ingresé con un comprensible temor ante lo desconocido. No tuve que decir que temía por la seguridad de mi carro, porque en el mismo momento en que nos estacionamos, la dueña de la casa se posó sobre la ventanilla para explicarnos que le había dado una propina al guachimán de la cuadra para que cuidara los carros.

Sé muy bien a qué atenerme en una reunión con desconocidos y con esa experiencia me moví por la casa. Ingrid me presentaba a todas las personas con las que nos cruzábamos y yo ponía mi mejor cara. Comprendí que ella no era especialmente popular, por lo que tampoco nadie se hacía grandes expectativas conmigo. Sin separarme de ella ni de sus amigas, conversé sobre cualquier cosa, me tomé varias copas de vino, bailé en tres ocasiones (una de ellas con Ingrid) y di por concluida mi visita. “Ya es tarde y mañana trabajo”, le dije a Ingrid a eso de las once de la noche. “Yo también trabajo y estoy cansada”, me respondió, “¿me jalas por allí?” Vivía en Lince, de camino a mi casa, así que le propuse llevarla. Nos despedimos de sus amigas, de los que estaban cerca y nos fuimos.

Salimos de aquel distrito como quien atraviesa un camino sinuoso y polvoriento a cuyos lados se proyectaban montículos de casas a medio construir, grupos de chicos bebiendo en las

esquinas y perros asustados que ladraban a las llantas. La modernidad asomaba como un estímulo bienhechor, y yo no solo me sentía distinto por eso. Mi corazón latía como si se me fuera a desprender del pecho, como si me hubiera metido un kilo de cocaína. Ingrid no parecía darse cuenta de lo que me pasaba. Somnolienta, dándome indicaciones sobre el camino cuando era necesario, se esforzaba en estar atenta para poder guiarme sin equivocarse. Algo confuso e ingobernable me invadía. De pronto, detenidos en un semáforo, me pegué a ella y la besé en la boca con ansiedad. Ella no me rechazó, pero sí se sorprendió. La besé con un apasionamiento tal que rondaba la violencia hasta que las bocinas de los otros carros empezaron a sonar y tuve que retomar la marcha. Entonces, sin decirle nada, me salí de la pista y me estacioné al lado de un corralón, bajo el ramaje de unos árboles pelados y la oscuridad cerrada de un poste malogrado. Allí la volví a besar con una especie de sed afiebrada, como si en esa boca de labios finos hubiese algún elixir que calmara la revolución sensorial que experimentaba. Avancé más y le palpé los pechos pequeños cuya tensión y agitación me confirmaron que su corazón también latía con fuerza. “Quiero acostarme contigo”, le dije con claridad, y solo entonces me aparté un poco para mirarla a la cara. Estaba asombrada, asombrada pero contenta, y su gesto de placidez me decía que estaba de acuerdo.

En Próceres con Nueve de Octubre, a unos cinco minutos de donde estábamos, nos metimos a un hostel que me pareció confiable. Y a la luz de un foco amarillento cubierto por una pantalla anaranjada, me trepé sobre ella y la desnudé. Lo que vi fue peor de lo que imaginaba. Era flaca, flácida, y en distintas partes de aquel cuerpo inatractivo había manchas, huellas de cicatrices, marcas de una piel triste y desencantada. Y sin embargo, por encima de esa constatación visual, había algo en él que me arrojaba a poseerlo sin concesiones. No, no era virgen, pero tampoco nada hacía pensar que estuviera habituada al contacto sexual. Le hice el amor dos veces seguidas y ya después no quise saber nada. Me bañé, me vestí y le dije para irnos.

En el carro no hablamos mucho. “Me ha venido todo el cansancio encima”, le comenté con una brizna de ánimo, y ella parecía conforme con eso. La dejé en la modesta quinta en la que vivía, en un cuartito con pocas cosas en el que, por lo que pude ver al vuelo desde la puerta, no habitaba nadie más. Me despedí dándole un beso en la mejilla y prometiéndome a mí mismo que aquella escena no se repetiría nunca más. Pero no bien me alejé, tuve la certeza de que eso no sería posible.

ESA NOCHE NO PUDE dormir bien. Había llegado a mi casa pasada la medianoche y, para no despertar a Micaela, me acosté, como otras veces, en el futón rojo de la sala. No era que pensara o me arrepintiera de lo que había hecho hacía unas horas, sino que me volvían los malestares en el cuerpo. El corazón me latía de una manera desacompañada, sudaba a chorros y por momentos sentía que no podía respirar. Entonces abrí las ventanas, caminé como un animal enjaulado por entre los muebles y cuando ya me sentí mejor, me volví a acostar para al rato repetir la misma operación. En una de esas mi celular vibró. Nadie contestó y ante mis preguntas solo se oía el fuelle de una respiración también agitada. Si en algún momento pude perder la conciencia fue porque el agotamiento me ayudó.

Me levanté tempranísimo por ese reloj interno que ignora el descanso y apremia a cumplir con los horarios. Como nunca, le dejé una nota a Micaela diciéndole que estaba bien, que había tenido que salir a dictar unas clases particulares y que ahora me iba a dictar otra, y al entrar al cuarto de Tadeo, lo vi dormir, lo saqué sin despertarlo de esos extraños cruces de manos que solía adoptar y lo besé en la mejilla. Me pasé el domingo en blanco, sin pensar en nada, dictando un taller de redacción al personal de una agencia de turismo. El lunes volví al colegio y por primera vez el alboroto de los chicos, sus ritos ridículos y la manera excesivamente confiada con que algunos me trataban me llenaron de tranquilidad. Nada había cambiado. Nadie se había dado cuenta de nada. En el segundo recreo, envuelto en la conversación insustancial de un alumno que me hablaba de sus notas, ni siquiera sentí aprensión o incomodidad cuando bajé al patio. Allí estaba Ingrid, almorzando como siempre alrededor de otras personas. Juana, la cocinera, me ofreció servirme y yo me fui a la mesa a buscarme un lugar. Saludé a los presentes y, por supuesto, a Ingrid, que me recibió de la manera habitual, aunque con algo distinto en los ojos y en la expresión. Una quietud, un relajamiento. No sé cómo describirlo. No hablamos nada más allá del tema de conversación de la mesa, que era un baile que estaban preparando las alumnas de quinto, y al rato me volví a los salones a completar las tres horas que me faltaban. A las tres de la tarde era libre y en la puerta de la entrada me descubrí listo a continuar con mi rutina sin mayores trámites. Pero antes de subir al carro, un impulso incontrolable me llevó hasta las oficinas del colegio a plantarme delante del escritorio de Ingrid. Con sigilo le dije que quería verla, que nos encontráramos en algún lado después de las nueve de la noche. Me miró en silencio, con algo que podía ser una sonrisa o el resplandor de una placidez nueva, y luego de pensar en qué lugar nos resultaría cercano para ambos, acordamos una cita.

Fue el inicio de una nueva rutina. Casi todos los días de entre semana nos veíamos en algún lugar a las nueve o diez de la noche, conversábamos un rato en mi carro y nos íbamos a un cuarto de hotel, o en ciertas ocasiones a su cuarto, muy pocas en realidad por mi temor a que se levantaran chismes en su barrio. A veces, los sábados en que Micaela y Tadeo estaban en la iglesia, pasábamos más horas juntos, pero siempre terminábamos metidos en la cama. Lo he dicho ya: su cuerpo no me atraía, físicamente incluso me resultaba un poco desagradable (¿eran sus rasgos, su color de piel?, quiero creer que no) y, sin embargo, necesitaba estar cerca de ella. Penetrarla era una forma de mezclarme con su organismo, de calmar la fiebre y la locura que me carcomían cuando no estaba a su lado. Y lo que ella obtenía de mí era aun más incierto. Placer, sí, pero también la consumación de una fuerza oscura y desconocida. No me hacía preguntas, no me pedía ni me ofrecía nada, y era yo más bien quien le hablaba de mis horarios inhumanos, de mi situación con Micaela y Tadeo, de cómo había aprendido a bracear y no hundirme en las olas de un mar ciego, embravecido. “Giovanni, si te sientes bien así conmigo, yo feliz”, me decía y brillaba en sus ojos una luz que no era de ternura o de compasión sino de complacencia. Al principio la dejaba en su propia casa, pero más tarde, para tranquilidad de ambos, prefería hacerla bajar unas cuerdas antes o embarcarla en un taxi. Y yo me volvía a la mía confuso y agotado, diciéndome que ya no más, que esa sería la última vez, que no repetiría el infierno de la doble vida que había llevado con Tamara.

Micaela no se daba cuenta de nada, o no parecía hacerlo. Andaba solo preocupaba en Tadeo, llevándolo a sus terapias, probando nuevas comidas para él, dándole sus suplementos y vitaminas, hablando con el médico que lo veía o con sus amigas de la iglesia, en cuyo seno se introducía cada vez más y más. Rara vez teníamos sexo desde hacía un buen tiempo, y si lo teníamos era porque yo se lo pedía y ella consideraba un deber complacerme de vez en cuando, casi siempre en los momentos en que Tadeo parecía más estable o había mostrado alguna mejoría. Yo tenía la esperanza de que en algún momento encontraríamos un equilibrio y saldríamos de ese estado de provisionalidad en el que habíamos caído por las deudas y la frágil salud de nuestro hijo, y que dejaba ver nuestro lado más inseguro y vulnerable. Solo había que aguantar, sortear la ola negra y nadar hasta alcanzar un horizonte más calmo y luminoso.

Me di cuenta de que no podía seguir así cuando una mañana, en una hora en que ambos estábamos libres, Paco me invitó a conversar en su oficina. Me preguntó cómo me estaba yendo con los alumnos y si habían cometido algún tipo de malacrianza que él pudiera castigar o reprimir. Le dije que no, que siempre estaban movidos y que eso era más notorio en algunos salones, pero que no había tenido ningún problema en especial, que más bien había encontrado

una fórmula que me permitía hacer que las clases funcionaran y que a su manera los chicos me respetaban. “¿Por qué?”, le pregunté. “Porque te veo mal”, me contestó poniendo una cara de desaliento que me dejó de una sola pieza, asombro que de inmediato trató de componer ofreciéndome su ayuda en cualquier cosa que estuviera a su alcance. Se lo agradecí y me fui de su oficina diciéndole que estaba a punto de tomar algunas decisiones que me llevarían a una situación mejor, entre ellas dormir más y tomarme unas cuantas cervezas con él. Se sonrió. Esa misma semana, en momentos distintos, dos alumnas responsables e inteligentes de cuarto con quienes había hecho buenas migas porque les gustaba la lectura, me dijeron que descansara más, que me veían medio enfermo o decaído y eso no les gustaba.

Por la noche, cuando fui a ver a Ingrid, me aparecí con una determinación fija en la cabeza. En la penumbra de mi carro, le dije de la mejor manera posible que me agradaba estar a su lado, que le agradecía la calidez y el cariño con que me trataba, pero que ya no podíamos continuar juntos porque me había dado cuenta de que nunca llegaríamos a nada y que la terminaría envolviendo en mis problemas. Ella era joven y se merecía una persona que le ofreciera un futuro más claro. Además, lo que yo debía hacer era estar más tiempo con mi hijo. No me respondió nada, ni siquiera me miró a los ojos, solo se quedó estática en el asiento, examinándose las manos que le sudaban copiosamente y procesando en silencio una especie de rabia contra sí misma, como si ella fuese la culpable de lo que estaba pasando. Quise tocarla, acariciarle el pelo para que se volviera a mirarme, pero antes de poder hacerlo abrió la puerta y se fue. Su silueta pequeña y delgada se perdió en la penumbra amarillenta de aquel parque en el que nos habíamos encontrado varias veces.

Estuve a las diez de la noche en mi casa, mucho más temprano que en las últimas semanas, y me encontré, sin que se dieran cuenta de mi presencia, a Tadeo y a Micaela discutiendo en el cuarto de este porque el libro que ella le estaba leyendo tenía una página doblada. No era propiamente una discusión, sino un diálogo sordo que nacía de la terquedad de Tadeo para aceptar pequeños cambios que para otros niños resultarían imperceptibles, intransigencia que Micaela trataba de desvanecer dándole explicaciones que lo hiciesen entrar en razón. Una escena común, mil veces vista y vivida. Y eso, el comprobar que la rutina de mi familia seguía siendo la misma, me hizo sentir menos tenso. Fui a la sala, me senté en el fúton rojo y encendí la televisión para ver las noticias. Al poco rato dejé de escuchar las voces de Tadeo y Micaela. Regresé al cuarto y ambos estaban dormidos. Al sentirme entrar, Micaela se despertó, me saludó con una sonrisa vaga y se fue como una zombie a nuestro cuarto

diciéndome que estaba agotaba. Yo me quedé un rato más en la sala hasta que el sueño me venció.

Lo que pasó luego es como si lo estuviera viendo. Estoy en la cama al lado de Micaela que ya está profundamente dormida, y el corazón me empieza a latir con violencia, con más fuerza de la que había sentido hasta entonces y me incorporo como si estuviese sucediendo un terremoto. Todo está tranquilo, una luz blanquecina se filtra con suavidad por las persianas que dan al jardín y no hay murmullo de insectos ni sonidos provenientes de las casas aledañas, pero dentro de mi pecho vibra un animal enloquecido, el puño de un ser que no soy yo y que golpea mis vértebras pugnando por salir. Me paro de la cama y me voy hacia la sala. De pronto todo mi cuerpo está rojo, ardiendo, estoy bañado en sudor y me pongo a dar vueltas descalzo en la sala como un energúmeno, con la insensata idea de que tengo algo metido adentro que debo desalojar. Entonces suena el teléfono. No lo dejo timbrar más de una vez. Del otro lado nadie responde, solo se oye un borboteo que se va transformando en una risa demencial, carcajadas de una voz oscura y pedregosa que me hace temblar de miedo. Desconecto el cable. Salgo del departamento y no atravieso la cocina sino que me voy corriendo por el comedor de mis suegros tratando de emparejar mi paso con el bombeo que ahora se ha trasladado también a los oídos. La puerta de la calle está sin llave y a unos metros el vigilante de la cuadra duerme en su garita, envuelto en una frazada. Cruzo el umbral en penumbras, la vereda y siento el aire frío de la madrugada que me acaricia la piel, pero el incendio y el puño interior que quiere romperme el pecho no me abandonan. Descalzo, con solo un short puesto a la mala, veo fascinado los autos que corren vertiginosos barriendo la pista con sus luces altas encendidas. Entonces espero a que una camioneta pase cerca de mí y me arrojo.

DE CHICO, IBA todos los veranos a la playa con mi mamá y no con mi papá porque no le gustaba. Nos íbamos al sur de Lima, a las aguas limpias y a veces encrespadas de Puerto Viejo. Me llevó desde mis primeros años, pero solo tomé conciencia de ello a los tres. Me metía al mar con ella y yo chapaleaba feliz en la superficie salada, metía las piernas y hasta casi medio cuerpo con la misma alegría con que me duchaba, hasta que de pronto una ola grande que mi mamá no alcanzó a ver a tiempo me cubrió por completo. Aún recuerdo con claridad los instantes en que se hizo un silencio sordo, todo se volvió negro y pesado y ya no pude

respirar. Me dio un miedo tremendo y no quise entrar nunca más al mar. Pasaron así varios veranos en los que lo veía desde una prudente distancia y mi máximo contacto con él era en las pocitas que mi mamá me hacía en la arena caliente. Pero ella no perdía la esperanza de que se me pasara el miedo y volviera a entrar. Probó muchas estrategias y la que le funcionó fue cogerme del brazo y llevarme a la orilla a tocar el agua con las manos y los pies, explicándome que así como la temperatura de mi cuerpo iba adaptándose a la del mar, acomodándose, mis movimientos también podían sincronizarse con los de él. Solo tenía que lanzarme cuando la ola se recogía y prepararme con sus restos para la formación de una nueva. Yo podía integrarme a la energía del mar, ser el mar.

Aquella noche en que no sabía qué hacer con mi vida tal vez quise hacer algo parecido. Acoplarme a la materia fulgurante de ese auto que venía a mí a toda velocidad en la oscuridad. Convertirme en su potencia y su luz. Pero no fue así. El conductor de la camioneta tuvo buenos reflejos y giró a tiempo para dejarme como paralizado en el aire y luego tumbado en la pista, con la sensación indescriptible de que algo helado y turbulento había pasado por mis narices. Un motociclista que venía detrás se paró y se bajó para ver si me había caído o me habían atropellado o asaltado. Entonces el vigilante de la cuadra también se dio cuenta de mi estado y ambos me llevaron hasta la entrada de la casa. “Estoy bien”, les dije mientras miraban con asombro mi rostro desesperado y mi casi desnudez. “No me ha pasado nada”, les repetía tratando de recuperar la compostura. El motociclista hizo un gesto de cansancio y se regresó a su vehículo y yo también quise volverme a mi casa no sin antes reiterarle al guachimán que no se preocupara, que todo no había pasado de una confusión y un susto.

Me volví a echar en el futón rojo. Y no sé qué poder extraño hizo que pudiera perder la conciencia y desconectarme por algunas horas. Me despertó el ajetreo de Tadeo preparándose para la escuela, las pequeñas discusiones con Micaela porque este se tardaba una vida en desayunar o cambiarse, y yo no intervine, no porque no quisiera caer en el círculo vicioso de casi todas las mañanas, sino porque no terminaba de entender qué me pasaba. Ya no sentía el calor ni las palpitations afiebradas, sino que ahora me dolía todo el cuerpo como si una manada de animales salvajes me hubiese pasado encima. Me demoré una eternidad en llegar al cuarto a cambiarme y ya no entré al baño porque sería un suplicio que me retrasaría más. Pensé en quedarme en casa, en dejar de trabajar ese día, pero tuve la sensación pavorosa de que si no me movía, me quedaría así para toda la vida. Me despedí de Micaela y de Tadeo deseándoles que les vaya bien y ambos me respondieron sin mirarme, concentrados como estaban en sus cosas. El ritual diario de abrir la puerta del garaje, sentarme al carro, manejar, me costó un

esfuerzo enorme, y aun así pude llegar a la farmacia que había a tres cuadras. Uno de los chicos que atendía me conocía y, ante la descripción de mi cuadro, me hizo el favor de inyectarme un analgésico. Más que desaparecer el dolor, lo que se esfumó fue la sensación de tener un cuerpo. De pronto era un fantasma, un vaho sucio y espectral que flotaba en el aire. Y así me presenté al colegio y dicté las clases que tenía programadas para ese día. No quería cruzarme con Ingrid y por eso no pasé por la cafetería: me iba de frente de un salón a otro, quedándome sentado en el aula en los recreos. Pude cumplir así también con mis clases en la universidad, aunque las dicté más rápido que nunca y cuando se presentó la ocasión, evité darles la cara a mis colegas.

El efecto del narcótico fue cediendo progresivamente y al llegar al estacionamiento, como si de un plazo perentorio se tratara, me volvieron los dolores en el cuerpo. Algo tenía que hacer, así que a pesar de mi reticencia a consultar un médico si me sentía enfermo, me fui a la clínica. Como no tenía un seguro particular, me iba a representar un gasto no programado (que iba a pagar al crédito, por supuesto), pero era impensable tener una consulta pronta o hacerme un chequeo rápido en el seguro social. Me vio un médico general, le pareció que atravesaba un cuadro de estrés muy fuerte y, más por mi insistencia que por prescripción suya, me programó varias pruebas. Las que no requerían estar en ayunas me las hice el mismo día y las otras las dejé para la mañana siguiente. El dolor lo calmaría con analgésicos orales que tomaría a discreción. Y claro, debía tratar a toda costa de no estresarme más.

Esa debió de ser la peor semana de mi vida. Mi cuerpo era una sustancia que no me pertenecía; yo era un alma en pena que vagaba de aquí allá cargando un peso invisible insoportable, o que gravitaba en torno a un centro que lo atraía sin explicación. Aunque en el colegio seguía dictando como si me fuesen a raptar y trataba de no relacionarme con nadie más que con los alumnos, aquello en lo que me había convertido tenía unas ganas enormes, desesperantes, de volver al lado de Ingrid. Mientras les dictaba a los alumnos, o cuando me iba al baño y me miraba en el espejo, me veía a mí mismo acercándome a ella, encontrándonos de nuevo, acostándonos y diciéndole con lágrimas en los ojos, conturbado pero ya finalmente tranquilo, como un leproso que gozaba tocándose hasta arrancarse la piel, que me había equivocado, que me perdonara y me permitiera estar otra vez con ella. Tenía unos deseos locos de hacer eso y al mismo tiempo algún resto de lucidez me decía que sería lo peor. Por eso me venían unos accesos feroces de rabia que se dirigían hacia mí mismo pero que luchaban por proyectarse a todo lo que me rodeaba. A una alumna, por ejemplo, que se maquillaba mientras yo hablaba –algo que ya había hecho otras veces, por lo demás- le grité de mala manera y con los ojos inyectados de odio. Y a un par de chicos que jugaban a darse de golpes -otra escena

típica- los boté como a perros y yo mismo los llevé a empellones hasta la puerta. El resto del salón me miró asustado pero no se quejó ni hizo nada, pensando quizá que todo profesor tiene un límite y que al fin habían conocido el mío.

O quizá no se daban cuenta de nada. Metidos en su mundito, no podían percibir nada. Porque un día de esos fueron demasiado lejos. Llegué al quinto C, el más desenfadado de todos, y me encontré con una atmósfera más inquieta que la de costumbre. Un chico que estaba sentado delante, y que era conocido por ser un vago siempre a punto de repetir de año, jugaba con un frasco de pastillas y las chancaba como siempre. Le pregunté de qué era ese frasco y me dijo que de sus pastillas para la concentración. Dejé mi termo con café en el pupitre y me puse a dictar. Solo entonces me di cuenta de que otro muchacho, también relajado y que tenía una fama de donjuán que trascendía el ámbito del colegio, estaba profundamente dormido: el cuerpo laxo, la cabeza enterrada entre los brazos. A su lado una chica con la que este chico solía coquetear velaba por su sueño, acariciándole el cabello. Le pregunté a ella si se trataba de la resaca de alguna borrachera y, dudando un poco pero sonriente, me respondió que sí. Llené la pizarra con apuntes, me senté y cogí el termo para tomar un poco de café. Entonces la muchacha más seria y aplicada del salón se me acercó y me advirtió que no tomara porque el muchacho de las pastillas le había metido algo a mi termo mientras yo estaba de espaldas. No creía que eso fuera posible y, como hice el ademán de levantar el termo, otra chica corrió a decirme que, en efecto, algo habían introducido en él. Aún incrédulo, le pregunté con seriedad al muchacho del frasco si era verdad, si había hecho eso que decían. Algo incómodo, se negó, pero aceptó que sí había cogido el termo y que como broma había fingido meter en él el polvo de sus pastillas. Y para probar que era cierto lo que decía, cogió su frasco de medicamentos, le echó un poco de café de mi termo y se lo bebió de un envión. “Nada”, dijo. “Solo estaba jugando”.

Podía haberles lanzado un sermón sobre las excesivas confianzas que se tomaban. Podía haber registrado el hecho en el cuaderno de incidencias del aula para que su tutor les impusiese alguna medida. Pero no hice nada: me parecía inútil. Cuando sonó el timbre, cogí mis cosas y me fui. Tenía que empezar mis horas de dictado en la universidad y apenas si me daba tiempo para llegar. En el carro agarré el termo, tomé como siempre café mientras manejaba y no sentí nada raro. Y sin embargo, un profundo, invencible cansancio me invadía y en una fracción de segundos choqué. No fue más que un golpe de parachoques y el conductor del otro carro se limitó a insultarme, quizá porque el auto no era suyo o porque estaba tan maltratado que no se notaba nada a simple vista o porque mi cara de desesperación era para llorar. Calma, tenía que

estar en calma. En el estacionamiento de la universidad me dije que era preferible llegar tarde antes que entrar así al aula, así que decidí tomarme una siesta de cinco minutos que programé con la alarma del celular. Era un recurso que ya antes me había funcionado. Pero para cuando desperté, habían pasado casi dos horas, y tuve que justificar mi falta explicando a los alumnos y al personal de apoyo al docente que había tenido un choque.

Al otro día supe lo que había estado sucediendo en el colegio. Tres alumnos de diferentes salones, incluido el que estaba dormido en mi clase, se habían tomado cada uno cuatro pastillas de clonazepán durante el primer recreo. Se descubrió todo cuando uno de ellos, pálido y babeante, fue mandado por otro profesor a lavarse la cara y, al intentar pararse, se derrumbó estrepitosamente. Los tres fueron expulsados, junto con el muchacho del frasco que, si bien no consumió, fue el que les dio las pastillas. Fui llamado a declarar a la dirección y conté con cierto detalle lo que había pasado, omitiendo la parte del choque y el hecho de que me había quedado dormido, porque podía tratarse de una sugestión mía o el efecto de todas las drogas y maltratos que yo mismo me autoinfligía. Total, los posibles culpables ya habían sido castigados...

Retomé mis clases sin volver a tocar el tema. Y me comporté como si nada extraordinario hubiese ocurrido, aun cuando sintiese que era un habitante del infierno y que las llamas y los seres siniestros que me rodeaban eran menos temibles que esa cosa sin nombre que me crecía en las entrañas.

Una tarde toda esa furia se volvió a reconcentrar y estalló en mi casa. Yo había maldormido durante la madrugada, apertrechado como en los últimos días en el futón rojo, y el llanto y los gritos de Tadeo me sacudieron como si de pronto me hubiese dado cuenta de que estaba en medio de una balacera. No quería levantarse y lloraba con los ojos cerrados poniendo condiciones absurdas para salir de la cama. Le dije a Micaela que lo tranquilizara, que le siguiera la corriente o de lo contrario su papá empezaría a gritar desde su cuarto para callarlo. Los gritos y el llanto no se atenuaron sino que se convirtieron en un escándalo y el papá de Micaela se puso, en efecto, a dar gritos como un loco. En ese momento algo –un músculo tenso, un nervio recóndito– se quebró dentro de mí y me vi haciendo una de estas dos cosas: golpeando al papá de Micaela con toda la furia acumulada hasta matarlo, o yendo donde Tadeo para callarlo de cualquier manera. Debí hacer lo primero porque era lo más justo y porque de algún modo –me daría cuenta después– era como acabar conmigo mismo. Pero no: hice lo segundo. Sin decir nada me metí al cuarto de Tadeo y le ordené que dejase de gritar y, como no me hizo caso, lo cogí del polo, lo levanté en el aire y lo llevé a rastras hasta la ducha mientras Micaela

me miraba con expresión atónita pero sin decirme nada. Abrí la llave y lo metí al agua con ropa y todo y mis manos entonces se deslizaron hacia su boca para callarlo, fueron apretándose bajo el agua fría hasta alcanzar ese ansiado silencio que no habíamos tenido durante años. No había otra cosa en mi cabeza que la posibilidad de ese silencio y juro que no me di cuenta de lo que estaba haciendo hasta que Micaela se abalanzó sobre mí y me sacó del baño dándome de manotazos y gritándome que me alejara de ellos y que estaba loco, loco.

Desde el umbral vi cómo lo abrazaba y lo levantaba y su rostro amoratado temblaba con un grito ronco y entrecortado que poco a poco iba equilibrando su respiración. No pude decir nada. No tenía palabras. Y lo único que se me vino a la cabeza fue irme de allí. Sin cambiarme, con el polo y el short que me había puesto para dormir, cogí el carro y me puse a manejar sin rumbo fijo y con un confuso sentimiento de culpa y de desesperación. Había cruzado la última frontera, ya estaba del otro lado de la cordura, y era imposible pensar en ir al colegio o en encontrar algún punto en que pudiera retomar mi rutina de todos los días. Cogí el Corregidor y la Javier Prado que no estaban tan congestionadas y en instantes me encontré en la Panamericana Sur acelerando y acelerando con todas las ansias que llevaba en el cuerpo y recibiendo el aire fragoroso que entraba por las ventanillas entreabiertas. Sorteaba a los otros carros como si estuviera en una competencia y hubiera seguido así, esperando a que algo o alguien me detuviera, si no hubiera visto una especie de cartel mágico en medio de la carretera. Fui bajando la velocidad e introduciéndome por aquel recodo que conocía tan bien pero al que no había vuelto en mucho tiempo. El camino polvoso, las siluetas oscuras de los peñascos, el silencio me provocaron un principio de calma. La playa de Puerto Viejo estaba vacía y yo me cuadré a unos metros de la orilla. Contemplé el verde gris del agua, las olas que nacían en un punto claro del horizonte despejado y morían en una correntada espumosa, y una punzada precisa en el corazón me recordó quién o qué cosa era yo en ese momento. Entonces abrí la guantera, saqué el frasco de analgésicos que el médico me había recetado y, con la ayuda del café frío que tenía en el termo, me los tomé todos. En manojos. Como si fueran caramelos. Y de pronto todo fue tan sencillo. Y aún ahora que escribo esto me viene esa sensación reconfortante. El mar parece detenido por la brisa, un tenue fulgor dorado se despunta en lo alto, y allá, a unos metros, detrás del parabrisas, está mi mamá, de espaldas a mí pero mirando de vez en cuando a los lados. Es joven, tiene el negro pelo lacio largo que llevó hasta los treinta años y está esperando a alguien. Y entonces yo, o mi alma, o aquello que todavía vive en mí, sale del carro y camina despacio bajo un sol que de golpe se ha vuelto más intenso y un aire que es ahora sereno y transparente. Y mi mamá avanza hacia al mar y yo la sigo. Y ya no tengo

miedo. Y ya no hay nada que se interponga a mis movimientos salvo la suave sensación del agua sobre mi cuerpo. Y de las olas. Y del ondular del viento que todo lo arrulla y todo lo cura: dulce morada para tanto cansancio.

LA PRIMERA VEZ que vi tus enormes ojos abiertos, brillantes, no me miraste. Estabas como ido, ausente, pues habías regresado de un largo sueño. Entonces puse mi dedo entre tus manitas y lo apretaste con fuerza. “Es un acto reflejo”, me dije, pero desde ese momento supe que nos mantendríamos unidos, que así estuvieras concentrado en tus cosas y no me prestaras atención, siempre tomarías mi mano y reconocerías que no somos dos desconocidos, que estamos hechos de una misma materia. Porque yo antes era como un cuerpo a la deriva, una piedra negra y húmeda que alguien había arrojado al vacío y que deambulaba por la sombra tratando de encontrar alguna dirección. Y de pronto te apareciste, surgiste como un astro enano que habría de mostrarme su cauce secreto, volver claro lo turbio y darle un orden a lo que no lo tenía. Tienes que saber, mi pequeñito, que me esfuerzo cada día por superarme, que hago hasta lo indecible por seguirte y que quisiera ser ese leve viento que te acompaña, esa energía que llega a ti cuando más lo necesitas. Ser más que estos huesos que a duras penas arrastro, estas palabras que balbuceo para no quedarme en silencio. Una torpeza que se entrapa en sus pasos y que no aprende.

Y a pesar de tener un norte, la vida continúa como un puente roto. Caminamos, corremos, vamos rompiendo el aire con el calor y la fuerza de nuestro cuerpo. Algo hay allá lejos, o quizá no lo hay, pero igual nos movemos esperanzados, ilusionados a veces, arrojados por el instinto casi siempre. Y en el trayecto debemos recomponer aquello que falta, construir ese piso que nos permita continuar. Difícilmente nos detenemos a mirar atrás, salvo que nos tropecemos o nos demos cuenta de que hemos actuado mal, de que algo hemos perdido de vista y entonces debemos resanar la falla, poner la pieza faltante allí donde surgieron el peligro y el abismo. Y apenas hemos hecho eso, ya estamos pensando en cómo seguir adelante, en cómo sortear el nuevo bache que habrá de venir. Y el recorrido puede tornarse interminable si es que no nos fijamos un punto de partida. Tenemos que fijarnos un inicio, encontrar el centro desde

donde alguna vez soñamos o avistamos el horizonte que ahora nos resulta esquivo y remoto, ese lugar que nos cobijará y nos sobrevivirá cuando ya nada importe...

Hubo un hueco, o un vacío, en aquella escena de la playa. No tengo idea de cuántas horas dormí ni de que pasó exactamente en ese lapso. Lo cierto es que cuando abrí los ojos, un viento de arena entraba por las puertas abiertas del carro, y mi cuello y mi pecho estaban cubiertos por una baba reseca, y como me di cuenta después, ya no estaban la radio ni mi celular ni algunos otros objetos de valor que guardaba en la guantera y en la maleta. Las demás partes del auto estaban intactas y yo también, aunque el malestar –ahora más vago, más vaporoso– volvía conforme recuperaba la conciencia de todas las cosas. Me bajé y tuve la insospechada satisfacción de poder pararme sobre mis pies, de caminar sobre la arena húmeda y de comprobar que, al igual que en el mar, algo misterioso y antiguo había en mí que me impedía morir. Regresé al asiento y manejé hasta llegar al primer restaurancito que encontré abierto. Eran poco más de las seis de la mañana y solo cuando me metí el primer pedazo de pan caliente en la boca, fui consciente de cuántos días llevaba sin sentarme a comer sin apuro y de cuán placentero puede ser dejar caer algo en el estómago vacío. Suelo poner la billetera y los documentos del carro debajo del asiento, en una suerte de bolsa secreta, y gracias a eso no me los robaron y pude pagar la cuenta y evitarme el dolor de cabeza de tener que cancelar tarjetas y hacer otros trámites.

Agarré otra vez la carretera y a pesar del ruido del viento y de las llantas deslizándose a toda velocidad, sentí que esa especie de silencio que me acompañaba era bueno. Había también silencio en mi casa. Todo estaba en orden, como si la acabaran de limpiar. Eran casi las nueve de la mañana y lo más probable era que Tadeo ya estuviera en el colegio y que Micaela, como casi siempre hacía, se hubiera ido al mercado a comprar. Aproveché para darme un baño y cambiarme y luego me senté en el mueble que había en el cuarto a leer un libro que había dejado a medias. Por un momento pensé en las clases que había abandonado, en las miles de llamadas que me debían de haber hecho y en las personas que debían de estar reemplazándome en ese momento, pero me dije a mí mismo que eso lo vería después y que lo primero que tenía que hacer era recuperar el equilibrio con mi familia. Dieron la una, las tres de la tarde y ni Micaela ni Tadeo llegaron. Para matar el tiempo me puse a ver televisión mientras comía unas galletas que encontré en la despensa. Quizá Micaela había ido a recoger a Tadeo al colegio y de allí se habían ido a la terapia y, al término de esta, a dar una vuelta por el parque. Era también una de sus costumbres. Oscurecía cuando se me ocurrió entrar al cuarto de mi hijo. Me gustaba hacerlo: examinar sus juguetes y sus ropas, reconocer esa huella tenue

que dejamos de nuestra vida en las cosas. Pero ahora, más que del orden que había visto en mi inspección inicial, me di cuenta de que faltaban ciertos objetos: su almohada, la fila de peluches al borde de la cama, la zapatera roja del Hombre Araña colgada de un clavo en la pared y en la que solían estar sus zapatos y zapatillas. Inmediatamente abrí el ropero y casi no había ninguna prenda. El estómago se me removió. Fui a nuestro cuarto y el área del ropero que le correspondía a Micaela también estaba vaciada. “Tal vez se han ido a un retiro”, pensé, aunque yo solía saber de esas actividades, que casi siempre se realizaban los fines de semana. Me apresuré entonces a coger el teléfono y llamar a Micaela a su celular. Nada. Durante un par horas solo escuché el sonido de apagado. Ahora sí que algo raro estaba pasando.

Contra mi costumbre, entré a la casa de mis suegros y para variar con el primero que me crucé fue con el papá de Micaela. Nos saludamos al vuelo, no había signos de que supiera que me había desaparecido casi dos días o no le interesaba, y antes de que se pusiera a hablar de sus tonterías, le pregunté por su esposa. Estaba en su cuarto, cosiendo en la máquina, y hacia allá me dirigí. Me saludó muy tranquila, amable como siempre, pero yo estaba muy inquieto. “¿Dónde están Micaela y Tadeo?”, le pregunté. “No sé”, me respondió, “no los he visto en todo el día”. “Se han llevado ropa”, le conté, “y eso solo lo hacen cuando se van a un retiro, pero yo...” “Ah, eso debe de ser”, se sonrió la señora, “me dijo que iba a estar con los de la iglesia y que se iba a llevar algunas cosas”. “¿No le ha dicho nada más?”, le volví a preguntar. Y como vi que no tenía más información ni parecía preocupada por el hecho, me regresé al departamento. Llamé varias veces a un número que tenía de un miembro de la iglesia con el que Micaela a veces hablaba, pero no me contestaron. Estuve dando vueltas por la sala con una excitación creciente hasta que a las diez de la noche cogí el carro y me fui a la iglesia. Estaba cerrada, con las luces apagadas, y mi breve y tensa conversación con el viejito que cuidaba el local fue infructuosa: no sabía de qué personas les estaba hablando, había tanta gente que acudía y a la que...

Rondé la iglesia un par de horas más y luego me regresé al departamento. La casa dormía apaciblemente, nadie parecía preocupado por nada, así que traté de no ponerme paranoico y me senté en el futón rojo a ver televisión. El dolor del cuerpo seguía allí, pero no fue necesario que tomara más analgésicos porque la bruma del sueño me cubrió. Una luz tersa de un sol anaranjado me devolvió a la realidad. ¿Debía seguir esperando o me despreocupaba y volvía al trabajo? Me di un baño y al poco rato, mucho antes de que empezaran mis actividades, estaba en el colegio, en la oficina de Paco. Cuando me vio, su cara osciló entre la sorpresa, la alarma y la molestia. “¿Qué pasó?”, me dijo. Miré hacia un lado y entonces tuve

una respuesta. Me habían asaltado y para hacerlo me habían narcotizado. Paco trató de indagar por más detalles, haciendo encajar las piezas, pero no dudó de lo que le decía. Me recomendó tener más cuidado y supe que había manejado bien mi desaparición porque había encontrado reemplazos entre los profesores a tiempo completo. Se lo agradecí. Y cuando me fui a los salones a retomar mi rutina de dictado, los chicos hicieron algunas bromas con las supuestas vacaciones que me había tomado, pero al cabo estábamos en lo mismo, como si nada hubiese pasado. Donde sí tuve problemas fue en la universidad. En cada clase que fui, me encontré con un profesor reemplazante al que tuve que agradecer y dar explicaciones para poder entrar a dictar. Al término de todo, me presenté ante el coordinador general. Estaba de muy mal humor y solo cuando concluí mi relato del robo y el narcótico (cuya denuncia policial todavía pensaba hacer), tuvo una expresión más neutra. Si había sido así, de todas maneras recibiría una sanción administrativa y económica. Eran las reglas.

A lo largo de ese día, en diversos momentos, llamé al celular de Micaela y nada. Llamé a su mamá para saber si sabía algo y, como su respuesta fue negativa, pasé primero por la iglesia. Había una reunión en una sala y me acerqué a una señora que me pareció haber visto en la única oportunidad en que acepté acompañar a Micaela durante toda una jornada, experiencia que no se repetiría porque, a pesar de que me trataron bien, no le veía mucho sentido (la vida siempre ha sido para mí una enorme interrogante y me es difícil acatar verdades consideradas inamovibles). La mujer pareció reconocerme, pero con impaciencia me dijo que no sabía nada. Me quedé un rato más en el local esperando a ver a alguien conocido o quizá a Tadeo y a Micaela juntos. Pregunté también si había habido algún retiro. Todo en vano. A las nueve de la noche cerraron la iglesia y entonces me fui a mi casa. Me metí al cuarto de Tadeo y estuve un par de horas revisando sus cosas, viendo sus trabajos manuales que estaban sobre su escritorio. Esa noche tampoco vendrían. Y saber eso me provocaba un dolor menos definido pero más intenso que los malestares en el cuerpo. Casi sin darme cuenta me eché en la cama de mi hijo, repetí en silencio aquellos versos de Blanca Varela (“otra vez esta casa vacía.../ adonde no has de volver”) y tuve pensamientos oscuros, angustiantes, que me dejaron como catatónico con la mirada perdida en la puerta y que en algún momento dieron paso al sueño. A un simulacro de sueño.

El día siguiente fue similar al anterior, salvo que por la mañana fui inútilmente al colegio de Tadeo a ver si tenían algún dato y por la tarde recibí un escueto mensaje de texto de Micaela. Decía: “Tadeo y yo estamos bien. No te preocupes”. De inmediato la llamé y, como nunca me contestó, también le escribí. Un mensaje largo, lleno de explicaciones, que empezaba

sereno y se iba volviendo desesperado. Le decía que me disculpara, que me había dado cuenta de mi error. No me contestó. Volví a darme una vuelta por la iglesia, esta vez sin entrar porque comprendí que quizá estaba con ellos, en la casa de alguna hermana quizá, y por eso no me decían nada y se mostraban evasivos. No vi nada nuevo, así que me fui al departamento. Me volví a echar en la cama de Tadeo y esta vez me sentí más esperanzado. Micaela quería que reflexionara, que me diera cuenta de que pese a todos los problemas que teníamos, no debía perder los papeles y menos hacerlo con Tadeo, que era un niño pequeño y que difícilmente, por su situación, podía manejar sus conductas a veces irritantes. Solo me estaba dando un tiempo para pensar y luego volverían.

Una semana estuve en esa espera, llamándola a veces sin obtener respuesta (tenía el celular apagado), o escribiéndole mensajes de texto en los que le decía que había entendido la lección y que no volvería a cometer los mismos errores. Hasta que un día me escribió no por el teléfono sino por el correo electrónico. El tono era muy distinto y el contenido tuve que leerlo muchas veces para comprobar que estaba entendiéndolo bien. Me decía otra vez que estaba loco y que se había enterado de que había estado con otra mujer, es decir que la había vuelto a traicionar. Pero lo que más le preocupaba era mi estado mental. Mi conducta no era la de una persona cuerda, de eso se había dado cuenta ella misma observándome y se lo habían ratificado otras personas como el vigilante de la cuadra, quien había sido testigo de situaciones bastante extrañas. El haber estado a punto de matar a Tadeo, esas fueron sus palabras, no había sido un hecho aislado sino la manifestación de un problema mucho más grave que incluía el consumo de drogas. Por eso no pensaba volver hasta que me curara y sacara el mal de mi alma.

De mi alma negra.

LAS CARTAS. Siempre he creído que son portadoras de una sensibilidad más íntima, más personal y que aun aquellas que son de otro corte pueden abrirse, no obstante, a lo otro. Ahora que cuento esto, se me viene a la memoria una imagen. Estoy en la sala de mi casa leyendo una carta con una noticia desalentadora (una multa enorme por no haber hecho una declaración tributaria) que me va llenando de asombro e indignación y que finalmente me deja inmóvil y derrotado. Tadeo observa la escena. Sale del cuarto y regresa con un lapicero y una ristra de papeles que coloca sobre el piso. No le presto mucha atención hasta que me dice:

“Mira, papá, una carta”. La veo por encima del hombro, incapaz de concentrarme en otra cosa, y vuelvo a las letras que tengo en las manos. Cuando me doy cuenta, las cartas se han multiplicado y están perfectamente selladas y hasta envueltas en papel celofán. “Ahora tienes muchas cartas”, me dice mi hijo mostrándome su trabajo. “Ábrelas”. Le hago caso y lo que encuentro son esbozos de palabras, sílabas sueltas, una constelación de estelas de humo y meteoritos grises en la que lo único claro y reconocible es su nombre. “Pero no se entiende”, le digo y entonces Tadeo se pone a improvisar, a contarme una historia que va componiendo velozmente con situaciones previas y referencias a sus juegos y juguetes. Lo miro hablar y me es imposible no conmoverme ante su capacidad para darse cuenta de lo esencial y devolverme de un solo golpe, y sin perder la gracia, la fe en algo que es como un bálsamo y una promesa, los contornos de un territorio invisible que hay que tratar de preservar a toda costa y que él sabe suyo también... Sonríó; sonreímos.

Con Micaela sucedió algo similar alguna vez. Tadeo estaba por cumplir los dos años y yo le dije para organizarle una fiesta, una reunión que no fuese solo familiar. Ella se opuso con los mismos argumentos del año anterior. Que no estábamos para realizar gastos innecesarios o prescindibles, que estaba muy chiquito y que apenas se acordaría y que mejor nos esperásemos para cuando cumpliera los cuatro o cinco años. Yo me enterqué y logré que aceptara, un poco a regañadientes. Tadeo por entonces era fanático del Osito Gominola y por supuesto lo eligió como tema de su fiesta. Pero ya no estaba de moda y fue necesario mandar a hacer un lote especial de invitaciones, globos y otros adornos con la imagen de aquel osito verde y exageradamente sonriente, que cantaba y bailaba sin más ropa que un calzoncillo amarillo y unas enormes zapatillas blancas. También conseguí que, junto con el mago y las animadoras del show, hubiera alguien disfrazado de él. La fiesta salió muy bien, a pesar de que ni para Micaela ni para mí fue fácil atender a los casi cincuenta niños con sus padres que alborotaron la sala y el jardín de mis suegros. Ambos nos quedamos limpiando y ordenando hasta muy tarde una vez que todos se retiraron, pero hubo un momento en que debí continuar solo porque Micaela se caía de sueño. Lo hice recordando que aquello había sido una idea mía y por lo tanto mi responsabilidad, pero pensando también en esa frase que dice que no hay mayor soledad que la de quien se queda solo en medio de los restos de una gran fiesta. En algún momento debí sentarme en uno de los muebles y fue allí que me quedé dormido. Al despertar, vi a mi lado, en el piso, el tecnopor gigante que recibía a los niños en la entrada de la casa y

que llevaba la estampa del Osito Gominola, pero puesta al revés. En esa superficie blanca había unas líneas en las que Tadeo me agradecía por su fiesta. Sí, era una carta de agradecimiento, una carta encantadora que obviamente Micaela había escrito con su letra enmarañada y pequeña...

Pero esta última carta de Micaela fue muy diferente. Hizo que se agolparan en mí sentimientos encontrados. Por un lado, me indignaba que no se diera cuenta –o no mencionara– que el estado al que había llegado se debía a mis excesivas horas de trabajo, a lo poco que dormía, a la angustia de las deudas, todo lo cual era muy difícil de sobrellevar y que yo, sin embargo, soportaba para sacar adelante a nuestra familia. Al mismo tiempo, comprendía su dolor ante una nueva infidelidad (¿cómo así se habría enterado?) y ante la violencia que yo había ejercido frente a un pequeño con problemas que no era consciente ni culpable de las cosas que hacía y que, al igual que para mí, era el centro de su vida. Entendía también que desde su perspectiva religiosa considerara que algo dentro de mi espíritu se había dañado o pervertido.

Le di muchas vueltas a esa carta y al otro día le respondí con un texto breve diciéndole que tenía razón y que lo primero que haría sería recuperar mi salud física y emocional. Era cierto. Si yo mostraba señales de estar más equilibrado, muy probablemente Tadeo y ella regresarían. De la cocaína ya me había empezado a liberar desde el día en que quise lanzarme a las ruedas de la camioneta, pero el dolor en el cuerpo continuaba y eso me mantenía al filo de la crispación y sujeto a los analgésicos. Como nunca había ido a recoger los resultados de mis exámenes, esa noche, luego del trabajo, fui otra vez a la clínica. Tuve suerte y el mismo médico que había ordenado las pruebas fue quien las revisó. Uno a uno fue leyéndome los resultados, señalándome los valores o índices que podían ser negativos y diciéndome que estaba bien, físicamente bien. Ya con un tono más amistoso, me preguntó cómo me había ido últimamente, hizo comentarios comprensivos y solidarios y concluyó que lo que le tocaba era derivarme a un psiquiatra, pero que quizá no fuese necesario hacerlo porque, por lo que le había contado y como había sido su primera impresión, le parecía que tenía un cuadro de estrés severo del que podría salir tomando unos fármacos para dormir mejor y haciendo unos cambios sustanciales en mi rutina. Luego de despedirme, estuve a punto de sacar una cita con un psiquiatra, pero no lo hice. Solo compré los sedantes y sí, en efecto, esa noche pude dormir mejor.

Los dolores en el cuerpo, sin embargo, volvieron apenas me desperté. Consideré otra vez la posibilidad de visitar a un psiquiatra y me veía tomando el camino de varios amigos y conocidos: sin curarse de verdad, solo eran operativos a condición de esclavizarse a otro tipo de drogas. Y yo tenía una personalidad demasiado proclive a ellas. Buscando otras alternativas, encontré información sobre un centro de medicina alternativa que me pareció completo y confiable. Lo visité. Me vio un médico especializado en medicina tradicional y pasé luego al nutricionista y al acupunturista. Empecé entonces un tratamiento con yerbas y alimentos curativos y sesiones de acupuntura. Me hizo bien, no puedo negarlo, pero los efectos eran pasajeros y si bien lograban desaparecer el dolor focalizado, pronto los sudores, las taquicardias y las fiebres acudían en su reemplazo. Me gustaban, sí, las sesiones de acupuntura, que eran casi todas las noches luego de concluidas mis clases. Me las administraba el señor Mariano, un anciano iqueño medio chino, sin formación médica formal pero con mucho conocimiento y experiencia y que hacía gala de un excelente buen humor. Echado sobre una camilla, con el cuerpo medio desnudo, yo a veces me animaba a comentarle algunos hechos de mi vida y él los contrastaba con pasajes de su propia historia, lo cual hacía que me retirara de su consultorio con una especie de tranquilidad. Una noche, en la que ingresamos a una atmósfera de especial confianza y sinceridad, justo cuando terminábamos, me atreví a preguntarle qué cosa le parecía que tenía yo. Bajó la mirada por un segundo, asintió con la cabeza varias veces y finalmente sentenció: “Yo creo que ti te han hecho brujería. Brujería de la buena... Mejor dicho, de la mala”. Me quedé mudo, con un miedo cerval ante lo desconocido que me hizo temblar y ponerme pálido y a la vez con una vertiginosa consciencia de lo que había estado viviendo. La misteriosa conducta de Ingrid, esos silencios y pensamientos reconcentrados, la fruta que alguna vez me dio, los cambios que luego se sucedieron en mí, esas llamadas de aquel hombre que no hablaba, todo encajaba perfectamente en esa posibilidad. Al verme descompuesto, el señor Mariano me tocó el hombro y atinó a agregar: “Pero hay solución. No la tenemos nosotros pero sí otra gente que te puede ayudar...”

Salí encabalgado en un torbellino de emociones e ideas oscuras y para poder conciliar el sueño tuve que tomar una dosis más fuerte de sedantes. Y acá empieza otro momento que no sé si voy a ser capaz de explicar bien. Ese sábado, siguiendo las indicaciones del señor Mariano, me fui a Chosica, al local de una especie de iglesia que no era a la que iba Micaela sino otra más bien desconocida, al menos para mí. Había un sol débil de primavera, el polvo de las calles se levantaba con un viento cálido, y yo estaba frente a un portón de madera mal pintada preguntando por el nombre de una hermana con la que ya antes me había contactado

por teléfono. Me recibió ella misma, una señora de pocas palabras pero compasiva, y dos jóvenes más, vestidas con falda, chompa y el cabello bien recogido, una apariencia formal pero absolutamente discreta. Me miraron con asombro, como confirmando algo que intuían, y me llevaron a una oficina triste y maltrecha a la que, sin embargo, bañaba una luz rotunda, radiante, que entraba por un ventanal abierto de par en par. Me sentaron en una silla, me rodearon, me hicieron unas cuantas preguntas que he olvidado y me dieron un preparado de yerbas aceitoso y amargo que bebí en dos tiempos, mientras la mujer mayor me propinaba pequeños pero certeros golpes en la cabeza, en el pecho y la espalda y las jóvenes rezaban con rapidez y vehemencia mirando al suelo. Un escepticismo racional obraba en mí, pero también esa fe ciega del que no tiene nada que perder. Algo, de pronto, sucedió. Uno de los golpes en la espalda hizo que expulsara un aire caliente, una especie de bocanada que tenía la concreción y el tamaño de una bola y que me dejó tosiendo y acezando. Entonces las mujeres se detuvieron, se persignaron y me vino una sensación de bienestar como hacía mucho no había experimentado. Me fui contento y agradecido. Y volví tres veces más durante ese mes, y en cada ocasión me sentí cada vez mejor. Hasta que hubo una mañana en que ya nada se atracaba en mi garganta y fue como si la luz del día hubiera penetrado en mí, removido los últimos escombros de oscuridad y pudiera ver el mundo con ojos nuevos.

Aún no estoy seguro de haber padecido un sortilegio feroz, o de haber perdido el contacto con la realidad por las drogas, el estrés y el remordimiento por una nueva infidelidad. Lo cierto es que, por sugestión o por exorcismo verdadero, la tranquilidad y la levedad de estar vivo, la salud -ese regalo del que uno se olvida cuando se siente bien- volvieron a mí. En la que sería la última sesión, salí de aquel lugar con tal capacidad de reconexión con las cosas que me eché a caminar por las calles de Chosica, maravillado de poder moverme sin mayor esfuerzo, respirando todo el aire que podía y sintiendo que era capaz de superar pruebas aun más duras que las que hasta entonces me había impuesto la vida. Por primera vez en mucho tiempo tuve un sueño tranquilo, sin la ansiedad de saber que al otro día tenía muchísimas cosas que hacer y el temor de que en cualquier momento algo malo pudiese pasar. Los alumnos del colegio percibieron ese cambio en mí porque varios me dijeron que había llegado con “buena vibra”. Y fue tal el sentimiento de liberación que me inundaba, que no sentí temor de volver a la cafetería, saludar a todos y conversar y reírme con el buen ánimo que alguna vez me había caracterizado. Ingrid estaba por allí, en alguna de las mesas; la saludé de lo más natural y ya no me volví a fijar en ella hasta que vi su asiento vacío. No sentí ningún impulso de estar a su lado, el extraño imán había desaparecido, y estoy seguro de que ella lo notó.

Lo que quedaba entonces era esperar el retorno de Micaela y de Tadeo. Y yo me seguiría preparando para eso. Me propuse dormir más temprano, comer de la manera que me había recomendado el naturista, y poco a poco lo fui logrando. Me sentía de mejor humor y era tal la nueva energía que me habitaba, que al regresar del trabajo ya no me ponía a ver televisión para distraerme sino a arreglar algunas cosas de la casa que hacía tiempo estaban pendientes. Así, llevé a un técnico para que quitara el feo ruido que hacía la refrigeradora por las noches, hice que un pintor arreglara las paredes corroídas por la humedad y cambié persianas malogradas, ordené mis libros, volví a poner unos cuadros caídos del cuarto de Tadeo y hasta podé el jardín y regué las plantas. Y todo eso lo hice con la satisfacción de lo que es libremente elegido, no con la molestia de las tareas impuestas.

Y sin embargo, no sabía cuán a destiempo puede ir uno respecto de la voluntad del mundo. Un día recibí al fin un nuevo correo de Micaela y la alegría me duró muy poco. Ya no había una voluntad de dialogar, sino de informar simplemente. Tadeo estaba muy bien, vivía en un ambiente tranquilo y rodeado de niños de su edad y era mejor que permaneciera así. No me decía hasta cuándo. Lo que sí precisaba era que no debía preocuparme por el dinero para sus terapias y suplementos porque gente amiga la estaba ayudando con eso. Ya habría tiempo para que lo viera. Ella me avisaría. Y nada más.

¿Qué estaba pasando en realidad? ¿Qué quería que hiciera? ¿Tenía planes en los que yo no entraba? Quise llamarla para acallar las voces negativas que, ineludiblemente, surgían en mí, pero nada: su número telefónico había sido dado de baja. ¿Era justo eso? Si quería darme una lección, ¿hasta qué punto podía llegar? Le respondí el correo con la cabeza fría. Sin ahondar en detalles le conté que había mejorado mi rutina y que me había hecho ver y que estaba mejor, mucho mejor. Con solo verme lo notaría. Y le dije también que los extrañaba mucho, que sentía una gran necesidad de recuperar a mi familia y que cuando volvieran, todo sería para mejor.

Creo tener una gran capacidad de aguante y me impuse persistir. Seguiría mejorando mi vida y los esperaría así en la casa. Fue una decisión que cumplí hasta que una tarde algo se salió de curso y se me cayó la venda de los ojos. Mandé el carro a arreglar y llegué sin abrir la cochera, es decir, entré por la puerta principal sin dar señas de mi presencia. La señora Esther hablaba por teléfono en la cocina y fue inevitable escuchar que lo hacía con Micaela. Me quedé de pie en el espacio de la cochera, sin avanzar, escuchando. Era una conversación que revelaba una cercanía, una conexión nunca perdida, que me hizo entender que Micaela estaba al tanto de todo lo que yo hacía y que la señora Esther apoyaba el que no volviera, no al menos mientras

yo estuviera allí. Entré al departamento por la otra puerta y me puse a pensar, conteniendo cualquier impulso emotivo. Quizá mi suegra había concluido que, a diferencia de su marido, yo ya no tenía remedio y por eso no merecía una nueva oportunidad. Durante el resto de la semana arreglé mis cosas y el domingo –justo en la víspera de mi santo- me fui con ellas sin decir nada, sin despedirme de nadie ni dejar ninguna nota.

Han pasado nueve meses desde aquello, once desde que Micaela y Tadeo abandonaron nuestra casa. A pesar de mi ausencia, no se han vuelto a aparecer ni siquiera para recoger alguna pertenencia. Yo tampoco. Mi comunicación con Micaela no pasa de esos mensajes en que me dice que mi hijo está bien y evita cualquier comentario o referencia a esos textos, cada vez más cortos y espaciados, en los que le digo que todavía tenemos un futuro juntos, los tres. Un par de veces me ha puesto a Tadeo al fono. Lo he escuchado hablar a su manera obsesiva y monologante de pistas de carros, de dibujos o películas que capturan toda su atención. No, no me ha olvidado porque, abriendo un pequeño hueco en ese torrente de palabras, se nota que todavía hay huellas firmes de aquello que hemos vivido como padre e hijo y que, lo sé, es la base a partir de la cual es posible reconstruirlo todo. Un par de veces, también, le he deslizado a Micaela que yo también tengo derecho a estar con mi hijo, a verlo, y ella me ha respondido que eso sucederá pronto, que tenga paciencia para que las cosas salgan bien. Se me ha pasado por la cabeza ser más cortante y exigente, pero me he dado cuenta de que sería peor. Utilizo todas mis energías en llevar una vida más o menos ordenada, en trabajar y pagar mis deudas, y el solo hecho de pensar que una parte de mí puede movilizar algún tipo de violencia contra ellos me produce una sensación que me tironea hacia abajo y me anula.

Es una especie de cansancio. Un cansancio enorme.

MIENTRAS UNO ESCRIBE, nunca está solo. Los fantasmas del pasado, las proyecciones de lo que somos o de lo que queremos ser, las emociones y las ideas y las experiencias que depositamos en ellos, todo eso nos acompaña. Pero, también, los ruidos de la calle, la bruma o el sol de la mañana, las conversaciones que escuchamos al paso, las personas con las que nos cruzamos y cuyo temperamento, sensibilidad y hasta rostro nos dejan anonadados o pensativos y han de filtrarse, de pronto, en las páginas que vamos llenando. La

soledad de quien se pone a juntar palabras está como imantada, porque todo irremisiblemente acude a ella.

Y quizá por eso esta historia no puede terminar conmigo solo en este departamento con poquísimas cosas que me han prestado. Un domingo, yo estaba de asueto tratando de dormir por la noche, como lo hace cualquier persona normal. Había, sin embargo, voces en el aire, el ruido de autos moviéndose y hasta sirenas y gritos destemplados que tronchaban la habitual serenidad de la madrugada. Pensé que era una gresca, una pendencia de borrachines o fumones que estaba siendo intervenida por policías o serenos llamados por los vecinos. Esperé por un buen rato a que se acabara el alboroto y, como eso nunca sucedió, me levanté de la cama para mirar por la ventana. Era algo más grande e inesperado de lo que imaginé.

Estaban desalojando el mercadito del frente, y los dueños de los puestos se defendían como podían, aferrándose a sus cosas y repeliendo con lo que tuvieran a la mano el accionar de policías y matones. En un primer momento me dije que aquello nada tenía que ver conmigo y que en nada podía ayudar, pero luego me acordé de Sandrita y su familia –quienes me traían la comida y limpiaban el edificio- y un impulso incontenible se disparó dentro de mí. Me puse cualquier cosa y me fui corriendo tan rápido como pude hasta llegar al corralón. Un contingente de policías bloqueaba la entrada y entonces se me ocurrió decir que yo era uno de los propietarios de los puestos y que justamente quería entrar para que las personas que tenía como encargadas no se resistieran y abandonaran el local de manera pacífica. Funcionó. Pero el ánimo que me dio esa salida ingeniosa duró solo un instante porque lo que vi adentro fue un espectáculo desolador. Los matones se habían tirado abajo los puestos y las casuchas de esteras, y amenazaban con quemar la mercadería y las otras cosas de valor si aquellos que todavía se resistían no cogían sus pertenencias y se retiraban del lugar. Había una gran confusión, muchos se enfrentaban a golpes a los requisadores y, en medio de todo eso, me puse a buscar a Sandrita y a sus familiares. Cuando los encontré ya era demasiado tarde. El Sebas, su hermano, el jovencito díscolo, había cogido un cuchillo para tratar de amedrentar a un matón y, producto de la lucha en que se vieron envueltos, había sido apuñalado en el brazo con la propia arma que había empuñado. Sandrita, tan despierta ella, le había amarrado con un trapo la herida que no dejaba de sangrar y él seguía resistiéndose, gritando enardecido, mientras que la abuelita estaba parada con dificultad a un lado de lo que había sido su casa, entre los escombros recientes, como empequeñecida por el miedo y murmurando un rezo incomprensible.

“Nada vas a lograr enfrentándote”, le dije al Sebas hablándole al oído y abrazándolo para contenerlo. “A esta gente le pagan solo si cumple con su trabajo y no va a parar hasta

terminarlo”. Trató de sacudirse de mi abrazo, pero algo debieron de decirle mis palabras porque se aquietó y se quedó pensativo. “Y mira cómo están tu hermana y tu abuelita. Mejor nos llevamos lo que no está dañado y ya después se verá cómo se recupera el terreno. Esto se resuelve con abogados, no peleando con gente de mal vivir”. El chico se miró el brazo, que estaba empapado en sangre, y luego se acercó a los artefactos y a la mercadería que habían podido rescatar. “¿Y adónde vamos a llevar las cosas? No tenemos adónde ir”, se quejó. “Pueden llevarlas a mi departamento si quieren”, dije con algo de entusiasmo. “Allí hay espacio y van a estar seguras”. Sandrita y su abuelita me miraron con un gesto de esperanza y agradecieron mi ofrecimiento. Sebastián no dijo nada, pero su cara mostraba que estaba de acuerdo. Y entonces sacamos las cosas a la calle y luego llevamos todo al departamento.

Cuando acabamos el traslado, propuse que la abuelita, visiblemente agotada, se echara a descansar en una de las camas vacías, que Sandrita se quedara con ella y que el Sebas se fuese conmigo a un hospital para que le curaran la herida. Estuvieron de acuerdo, solo que Sandrita quiso ir también al hospital y así lo hicimos. Fuimos en mi carro. Era una madrugada fría, de una humedad espesa y caladora, y el estar fuera de la trifulca nos lo hizo sentir. Yo iba delante, solo y los chicos detrás. “Además de su abuelita”, les pregunté buscando en la radio alguna canción tranquila, “¿no tienen otros familiares en Lima?” “No que sepamos”, dijo Sandrita, que viajaba mirándole la herida a su hermano, mientras este observaba las calles casi desiertas encendidas por los postes de luz amarilla. “Ustedes no son de Lima, ¿no es verdad?”, comenté. “Creo que nunca antes se los había preguntado”. “Nosotros somos de Satipo”, contestó Sandrita. “Somos medio charapas porque en realidad nuestros papás no son de allá sino mi abuelita”. “Y ¿qué es de ellos?”, agregué tratando de no sonar demasiado indiscreto. “Nos abandonaron”, afirmó de pronto el Sebas con rencor. “No es así”, se apresuró en aclarar su hermana.” Mi papá sí nos dejó, se fue con otra mujer, aunque mi abuelita dice que está con los cocaleros y que con ellos se ha hecho otra vida. Lo de nuestra mamá es diferente. Ella está trabajando en el extranjero, no le está yendo bien todavía y por eso no nos manda plata ni se comunica, pero ya le va a ir mejor”. Hubo un silencio, un paréntesis en el aire, y yo miré por el espejo retrovisor al Sebas. Contemplaba a su hermana con una mezcla de asombro y ternura. Ya no quise preguntar más y apreté el acelerador hasta que llegamos al Casimiro Ulloa.

Nos mandaron a Emergencia para menores y fue bueno que los acompañara. Por ser aún menor de edad, Sebastián no podía registrarse solo, por lo que me presenté como su apoderado. No había mucha gente, solo algunos niños enfermos o accidentados con sus familiares, y antes de que nos atendieran tuvimos que referir el incidente y comprometerme yo

por escrito a sentar una denuncia por las lesiones, así como pagar la consulta y firmar un pagaré de garantía. El Sebas fue examinado por un médico general y más tarde pasó a Auxilios Rápidos. Entonces Sandrita y yo nos quedamos en la sala de espera, que estaba en penumbras y con todos medio dormidos, y para hacer el trámite más llevadero le ofrecí tomar algo de las máquinas que había en la entrada. Ella se pidió un té con limón y yo un expreso. Lo curioso fue cuando nos paramos frente a la vitrina de golosinas. Me acordé de Tadeo, de que ese era un lugar vedado para él y que yo jamás le había podido comprar nada de allí, como suelen hacer la mayoría de padres con sus hijos. Me entró un resquemor, pero no dije nada. Sandrita finalmente se decidió por una bolsa de papas fritas y yo metí las monedas para que la recibiera con sus propias manos. Nos fuimos después a sentarnos a las sillas de plástico. En el viejo televisor colgado en una de las esquinas de la sala, se veía sin sonido un capítulo de El Chapulín Colorado, transmitido por un canal de cable. Nos pusimos a mirarlo. Ya lo conocíamos, pero eso no importaba. Sandrita se reía y yo me reía con ella, y de pronto sentí una especie de alegría que no había experimentado en mucho tiempo y que era extraña porque ocurría en ese lugar al que yo asociaba más bien a emociones oscuras, tristes, en esa madrugada que había estado llena además de hechos violentos. Terminamos de ver ese programa y luego empezamos a ver otro de dibujos animados y no sé en qué momento Sandrita se quedó dormida en mi regazo y yo me quedé dormido también, observándola, pensando que cuando un niño duerme algo se detiene en el universo y que al mismo tiempo se van recomponiendo las energías secretas que lo mueven.

Como a las cinco de la mañana, dos horas después de que entrara a Auxilios Rápidos, el Sebas reapareció. Llevaba el brazo vendado, pero no se le veía porque lo cubría la casaca que tenía puesta. El cuchillo no había tocado nervios sensibles, solo le había tasajeado el músculo, y por eso podía irse de inmediato a casa a guardar reposo. Compramos las pastillas y los inyectables que le recetaron contra la infección y nos fuimos al departamento de Jesús María. Había una habitación más libre, así que allí podían dormir Sandrita y su hermano, aunque este prefirió acomodarse en el mueble de la sala. Estábamos cansados, muy cansados, y yo me despedí diciendo que estaban en su casa y que tenía que aprovechar las pocas horas que me quedaban para dormir. Caí rendido, como si hubiera corrido una maratón y, sin embargo, no pasó mucho tiempo para que un rumor de voces me despertara.

Me levanté y me dirigí al cuarto de donde procedía el ruido. Sentada a un lado de la cama, acariciándole el rostro dormido, Sandrita le hablaba a su abuelita, haciéndole una serie de promesas. A un lado, de pie, el Sebas escuchaba en silencio, asintiendo. Tal vez no debía

meterme, pero yo necesitaba dormir. Entré y les dije que no se preocuparan, que debíamos descansar y que al otro día pensaríamos mejor qué haríamos. Sandrita me miró con dulzura, con agradecimiento, pero también con los ojos llorosos. “Todo se puede arreglar”, le susurré tratando de animarla. Entonces dejó de mirarme y dijo con voz bajita: “Ella no está muy bien, los médicos le han dicho que no haga esfuerzo y que descanse pero ella no hace caso y sigue y sigue trabajando. Por nosotros. Por atendernos”.

Me quedé quieto, sin saber qué decir. Pero al instante me aproximé a ellos, los abracé y les dije que podían quedarse en el departamento todo el tiempo que quisieran. Que, aunque no era mío sino de mi amigo Dante, estaba seguro de que él estaría de acuerdo porque era una persona buena. Que encontraríamos otro lugar donde pudieran trabajar y que si era necesario, les prestaría el dinero para que alquilaran un espacio en otro mercado. Que yo era su amigo. Sí, su amigo y no un simple conocido. Que sabía perfectamente cómo se sentían y que no tenían que explicarme ni agradecerme nada, ni mucho menos sentirse incómodos, porque yo también era un sobreviviente como ellos...

Amanecía.

Una hermosa luz se abría paso entre las nubes grises, la mañana palpitaba con todos sus poros abiertos y lo que viniera en adelante tendría que ser distinto.

SE ACERCA MI CUMPLEAÑOS. Si todo estuviera bien, Tadeo estaría diciendo que me ha preparado un regalo –algo construido o dibujado con sus propias manos-, pero yo estaría pensando más bien en qué regalarle a él. Alguna vez escuché decir que Eielson había hecho un hueco en algún lugar de la Plaza de Armas de Lima y metido allí un poema, el poema que sobreviviría a la destrucción del mundo y que atestiguaría de qué estamos hechos realmente los seres humanos. Trascender a través del arte. Dejar una huella que persista. Ribeyro también lo asumía así: “Escribo para que algo de mí quede, para que mi experiencia de vida, así sea pequeña, no sea perdida”. Siendo positivos, tal vez algo de lo que he escrito tenga algún valor para alguien y por eso en estos días me he tomado un momento para colocar en un sobre todas estas páginas y poner con letra grande lo siguiente: “Para Tadeo”. Quiero que mi hijo me lea, quiero que –esté yo vivo o no- le llegue este amasijo de palabras, no para que me reconozca como su padre –si de algo estoy seguro es que sabe que soy su padre-, sino para que se realice

en él esa promesa que creo aún guarda la escritura y que es la que me hace persistir en ella: la de ser un corazón que es capaz de dialogar con otro corazón.